AGATHA CHRISTIE

LOS CUATRO GRANDES

Selecciones de Biblioteca Oro

Hércules Poirot se enfrenta con unos criminales fuera de lo común. No son vulgares asesinos ni simples estafadores. Son líderes organizados a escala internacional, que mueven los hilos de cuanto sucede en el mundo. Se les conoce como «Los cuatro grandes» y el detective tendrá que descubrir su identidad antes de que sea demasiado tarde para la humanidad.

Agatha Christie

Los cuatro grandes

Hércules Poirot - 05

ePUB r1.4
Titivillus 29.12.2014

Título original: *The big four*
Agatha Christie, 1927
Traducción: A. Soler Crespo

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: IbnKhaldun
ePub base r1.0

Capítulo I

UN HUÉSPED INESPERADO

Sé de personas a las que les gusta la travesía del Canal de la Mancha; hombres que se sientan plácidamente en sus sillas de cubierta y, a la llegada, esperan el amarre del barco; sin ponerse nerviosos, recogen luego sus pertenencias y desembarcan. Yo nunca he logrado comportarme así. Desde el momento en que subo a bordo tengo la sensación de que el tiempo es demasiado corto para hacer nada concreto. Traslado mis maletas de un sitio a otro, y si bajo al salón para tomar algo, me trago la comida con la molesta sensación de que el barco puede llegar a puerto inesperadamente mientras estoy abajo. Quizá todo esto sea una simple herencia de los cortos permisos que le daban a uno durante la guerra, cuando parecía muy importante conseguir un lugar cerca de la pasarela y hallarse entre los primeros en desembarcar para no desperdiciar unos cuantos y preciosos minutos del permiso de tres o cinco días.

Aquella mañana de julio a la que me estoy refiriendo, mientras permanecía de pie junto a la barandilla y observaba cómo se acercaban los blancos acantilados de Dover, sentí verdadera admiración por los pasajeros que eran capaces de estar sentados con calma en sus sillas y ni siquiera levantaban los ojos para echar un primer vistazo a su país natal. Es posible que su caso fuera distinto del mío. Probablemente muchos de ellos sólo habían cruzado el canal para pasar el fin de semana en París, mientras que yo había permanecido los últimos dieciocho meses de mi vida en un rancho en la Argentina. Las cosas se me habían dado bien y tanto mi esposa como yo habíamos disfrutado de la vida libre y fácil de Sudamérica. Sin embargo, se me hizo un nudo en la garganta al contemplar

cómo nos íbamos aproximando cada vez más a aquella costa familiar.

Tras desembarcar en Francia dos días antes, había realizado unas gestiones indispensables en ese país. Y ahora me hallaba camino de Londres, donde me proponía pasar unos meses, el tiempo necesario para visitar a unos viejos amigos y sobre todo a uno en particular: un hombrecillo con cabeza en forma de huevo y ojos verdes. ¡Hércules Poirot!

Me proponía darle una sorpresa. En mi última carta desde la Argentina no había hecho mención alguna a mi deseado viaje: mi decisión había sido tomada precipitadamente como consecuencia de ciertas complicaciones comerciales. Y me había entretenido imaginándome su alegría y sorpresa al contemplarme.

Yo sabía que no era probable que se hallase lejos de su cuartel general. Ya había quedado atrás la época en que sus casos le llevaban de un extremo a otro de Inglaterra. Su fama se había extendido y en adelante no permitiría que un caso absorbiera todo su tiempo. A medida que pasaban los años, estaba cada vez más convencido de que lo suyo era ser considerado como un «detective asesor» tan especializado como pueda serlo un médico de Harley Street. Siempre se había burlado de la muy extendida idea del sabueso humano que se disfrazaba admirablemente para seguir la pista de los criminales y que se detiene ante cada huella para medirla.

—No, amigo Hastings —me decía—, eso se lo dejaremos a Giraud y a sus amigos. Hércules Poirot tiene métodos propios. Orden y método y «las celulitas grises». Sentados cómodamente en nuestros sillones vemos las cosas que otros pasan por alto y no sacamos conclusiones precipitadas, como el benemérito Japp.

Así pues, no era de temer que Hércules Poirot se hallara muy lejos. Al llegar a Londres, dejé mi equipaje en el hotel y me dirigí directamente a su antiguo domicilio. ¡Qué conmovedores recuerdos traía aquella casa a mi memoria! Apenas me detuve a saludar a mi antigua patrona; subí a toda prisa las escaleras de dos en dos y llamé a la puerta de Poirot.

—Pase —gritó desde dentro una voz familiar.

Entré y me encontré a Poirot frente a mí. En sus brazos sostenía

una pequeña maleta que dejó caer con estrépito al verme.

—¡*Mon ami*, Hastings! —exclamó—. ¡*Mon ami*, Hastings!

Y lanzándose hacia adelante me dio un gran abrazo. Nuestra conversación, incoherente e inconsecuente, fue una mezcla confusa de exclamaciones, preguntas impacientes, respuestas incompletas, mensajes de mi esposa y explicaciones sobre el objeto de mi viaje.

—¿Supongo que habrá alguien en mis antiguas habitaciones? —pregunté por último, una vez nos hubimos sosegado un poco—. Me gustaría alojarme de nuevo aquí, junto a usted.

La expresión del rostro de Poirot cambió con una rapidez sorprendente.

—*Mon Dieu!* ¡Pero qué *chance épouvantable*! Mire a su alrededor, amigo mío.

Por primera vez me di cuenta de lo que me rodeaba. Junto a la pared había un gran baúl de diseño prehistórico y no muy lejos estaba un conjunto de maletas ordenadas cuidadosamente por tamaños de mayor a menor. La deducción que cabía hacer era inequívoca.

—¿Se va usted?

—Sí.

—¿A dónde?

—A América del Sur.

—*¿Cómo?*

—Sí, es una gran casualidad, ¿verdad? Me dirijo a Río y todos los días me decía: no le diré nada en mis cartas. ¡Qué sorpresa se llevará el bueno de Hastings cuando me vea!

—¿Pero cuándo se va?

Poirot miró el reloj.

—Dentro de una hora.

—¿Pero no decía siempre que no habría nada que le indujera a hacer un largo viaje por mar?

Poirot cerró los ojos y se estremeció.

—No me hable de ello, amigo mío. Mi médico me asegura que nadie se muere por ello, y además es sólo por una vez. ¿Sabe? No volveré nunca… nunca.

Me acercó una silla.

—Siéntese, le explicaré lo que ha sucedido. ¿Sabe quién es el

hombre más rico del mundo? ¿Más rico incluso que Rockefeller? Abe Ryland.

—¿Ese norteamericano rey del jabón?

—Exactamente. Uno de sus secretarios vino a verme. Hay un gran enredo en relación con una importante compañía de Río de Janeiro. Quería que investigase la cuestión sobre el terreno, pero me negué. Le dije que si me exponía los hechos le daría mi opinión como experto. Pero él no estaba facultado para hacerlo. Sólo se me facilitaría la información a mi llegada allí. Lo normal es que con esa contestación hubiese dado por terminado el asunto, pues dictar órdenes a Hércules Poirot es una auténtica impertinencia. Pero la cantidad que me ofrecía era tan increíble que por primera vez en mi vida me tentó el dinero. Lo suficiente como para vivir holgadamente el resto de mis días: ¡una verdadera fortuna! Y luego había un segundo atractivo: *usted*, amigo mío. Durante este último año y medio me he sentido un viejo solitario. Pensé para mí: ¿por qué no? Empiezo a sentirme hastiado de esta interminable resolución de problemas absurdos. He alcanzado fama suficiente. Voy a aceptar ese dinero y me voy a establecer en algún sitio cercano a las tierras de mi viejo amigo.

Aquella muestra de afecto por parte de Poirot me conmovió.

—Así es que acepté —continuó— y dentro de una hora debo salir para tomar el tren que me conducirá al barco. Una de las pequeñas ironías de la vida, ¿no es verdad? Pero he de admitir, Hastings, que de no haber sido tan grande la cifra de dinero que me han ofrecido quizá hubiera dudado, pues se da el caso de que últimamente he iniciado una pequeña investigación por mi cuenta. Dígame, ¿qué suele entenderse con la expresión «los Cuatro Grandes»?

—Supongo que esa expresión tuvo su origen en la Conferencia de Versalles; también están los famosos «Cuatro Grandes» del mundo del cine. Ese término se ha utilizado también para designar a personas de escasa importancia.

—Ya veo —dijo Poirot pensativamente—. He tropezado con la expresión en ciertas circunstancias en las que no es aplicable ninguna de esas explicaciones. Parece referirse a una banda de criminales internacionales o algo parecido. Sólo que…

—¿Qué? —le pregunté al ver que vacilaba.

—Que me imagino que se trata de algo en gran escala. No es más que una pequeña idea mía. ¡Ah! Pero he de terminar mi equipaje. Me queda muy poco tiempo.

—No se vaya —le dije—. Cancele su pasaje y salga en el mismo barco en que yo regreso.

Poirot se detuvo y me dirigió una mirada de reproche.

—¡Ah! Entonces no me ha entendido. He dado mi palabra, ¿comprende?, la palabra de Hércules Poirot. Ahora sólo una cuestión de vida o muerte podría detenerme.

—Y eso no es probable que suceda —murmuré con tristeza—. A menos que en el último instante se abra la puerta y entre un huésped inesperado.

De pronto nos llamó la atención un ruido procedente de la habitación interior.

—¿Qué es eso? —exclamé.

—*Ma foi*! —dijo Poirot—. Parece como si su «huésped inesperado» estuviera en mi dormitorio.

—Pero en su dormitorio no puede haber nadie: no hay más puerta que la que comunica con esta habitación.

—Su memoria es excelente, Hastings. Sólo cabe deducir que…

—¡La ventana! ¿Es un ladrón, entonces? Pero es muy difícil trepar hasta ahí, por no decir imposible.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta, cuando me detuvo el ruido producido por alguien que trataba de abrirla desde el otro lado.

Se abrió la puerta lentamente y el umbral enmarcó la figura de un hombre cubierto de polvo y barro de pies a cabeza. Su cara era delgada y estaba demacrada. Nos miró durante un momento, luego se tambaleó y cayó al suelo. Poirot se precipitó hacia él y levantando la vista me dijo:

—Alcánceme el coñac, deprisa.

Eché enseguida un poco de coñac en un vaso y se lo llevé. Poirot se las arregló para hacerle beber y juntos lo levantamos y llevamos al sofá. Al cabo de unos minutos abrió los ojos y miró a su alrededor con el aspecto del que tiene la mente en blanco.

—¿Qué es lo que desea, *monsieur*? —inquirió Poirot.

El hombre abrió sus labios y habló mecánicamente con voz extraña.

—*Monsieur* Hércules Poirot, calle Farraway 14.

—Sí, sí. Soy yo.

El hombre no parecía entender y se limitó a repetir en el mismo tono:

—*Monsieur* Hércules Poirot, calle Farraway 14.

Poirot le hizo varias preguntas. Unas veces el hombre no contestaba; otras repetía la misma frase. Poirot me hizo señas para que telefonease.

—Llame al doctor Ridgeway.

Afortunadamente el médico estaba en casa, y como ésta se encontraba a la vuelta de la esquina, a los pocos minutos se presentó.

—¿Qué sucede?

Poirot le dio una breve explicación y el médico empezó a examinar a nuestro extraño visitante, el cual no parecía darse cuenta en absoluto de su presencia ni de la nuestra.

—¡Hum! —exclamó el doctor Ridgeway una vez que hubo terminado de examinar a aquel hombre—. Curioso caso.

—¿Fiebre cerebral? —sugerí.

El doctor no pudo ocultar su escepticismo.

—¡Fiebre cerebral! ¡Fiebre cerebral! No existe tal cosa. Eso es una invención de los novelistas. No, este hombre ha sufrido alguna conmoción. Vino aquí impulsado por una idea persistente, la de encontrar a *monsieur* Poirot, calle Farraway 14, y repite esas palabras mecánicamente sin tener la menor idea de lo que significan.

—¿Afasia? —dije con ansiedad.

Esta nueva sugerencia no debió parecerle al doctor tan fuera de lugar como la anterior. No respondió, pero le entregó una hoja de papel y un lápiz.

—Veamos lo que hace con esto —observó.

Aunque durante algunos momentos el hombre no se movió, de pronto empezó a escribir febrilmente. Con igual brusquedad se detuvo y dejó caer el papel y el lápiz al suelo. El médico los recogió y movió negativamente la cabeza.

—Aquí no hay nada. Sólo ha garabateado el número cuatro una docena de veces, cada una de ellas más grande que la anterior. Supongo que pretende escribir el número de esta casa. Es un caso interesante, muy interesante. ¿Puede mantenerle usted aquí hasta esta tarde? He de irme ahora al hospital, pero volveré después y haré lo que sea necesario. No quiero perderme un caso tan curioso.

Le expliqué que Poirot se iba y que yo me proponía acompañarle hasta Southampton.

—No importa. Dejen al hombre aquí. No creará dificultades; está completamente agotado. Probablemente dormirá ocho horas seguidas. Hablaré con esa excelente patrona suya y le diré que le eche un vistazo de vez en cuando.

Y el doctor Ridgeway se marchó con su habitual rapidez. Poirot terminó de hacer su equipaje sin perder de vista el reloj.

—El tiempo pasa con una rapidez increíble. Bueno, Hastings, no puede decirse que le he dejado sin nada que hacer. Es un caso francamente interesante. Un hombre que viene de lo desconocido. ¿Quién es? ¿Qué es? ¡Ah! *Sapristi*, daría dos años de vida porque mi barco retrasara el viaje veinticuatro horas. Pero hay que disponer de tiempo… *tiempo*. Quizá pasen días o incluso meses antes de que pueda contarnos lo que vino a decirnos.

—Haré lo que pueda, Poirot —le aseguré—. Trataré de ser un sustituto eficiente.

—Sí…

En su forma de contestar observé cierta vacilación. Tomé en mis manos la hoja de papel.

—Si tuviera que escribir una novela —dije sin pensarlo mucho —, entretejería esto con su última excentricidad y la denominaría *El Misterio de los Cuatro Grandes*.

Mientras hablaba señalé las cifras escritas con lápiz. Fue entonces cuando me llevé un gran susto, pues nuestro inválido salió de pronto de su estupor, se irguió en su silla y dijo clara y distintamente:

—Li Chang Yen.

Tenía el aspecto de un hombre que ha sido despertado de pronto. Poirot me hizo señas de que me callara. El hombre siguió. Hablaba con voz clara y alta, y algo en su expresión me hizo pensar

que estaba citando algún informe o lección escrita.

—A Li Chang Yen se le puede considerar el cerebro de los Cuatro Grandes. Es la fuerza que los domina y los motiva. Por consiguiente, lo he denominado el Número Uno. El Número Dos rara vez es mencionado por su nombre, su símbolo es una «S» con dos líneas que la atraviesan, es decir, el signo del dólar; también por barras y una estrella. Cabe suponer, por tanto, que se trata de un súbdito estadounidense y que representa el poder de la riqueza. Parece indudable que el Número Tres es una mujer y de nacionalidad francesa. Quizá sea una de las sirenas del *demi-monde*, pero en definitiva nada se sabe de ella. El Número Cuatro…

Su voz desfalleció y se quebró. Poirot se inclinó hacia adelante.

—Sí —apuntó con ansiedad—, ¿el Número Cuatro?

Sus ojos estaban fijos en el rostro del hombre. Un terror invencible parecía dominarle; sus facciones se deformaban y retorcían.

—El *destructor* —dijo el intruso con voz entrecortada. Luego, en una convulsión final, cayó hacia atrás desmayado.

—*Mon Dieu*! —susurró Poirot—, entonces yo tenía razón. Estaba en lo cierto.

—¿Cree usted…?

Me interrumpió.

—Llévelo a mi casa. No puedo perder un minuto más si quiero alcanzar el tren. Aunque a decir verdad preferiría perderlo. ¡Se lo digo en serio! Pero he dado mi palabra ¡Vamos, Hastings!

Dejamos a la señora Pearson, la patrona, encargada de atender al misterioso visitante, nos fuimos y alcanzamos el tren cuando ya estaba a punto de salir. Poirot se mostraba alternativamente silencioso y locuaz. Miraba por la ventanilla como un hombre perdido en sueños, y era evidente que no oía una sola palabra de las que yo le dirigía. Luego, volviendo a animarse de pronto, me abrumaba con órdenes y me recomendaba encarecidamente que le tuviese informado por cable.

Guardamos un largo silencio inmediatamente después de pasar por Woking. Como es costumbre, el tren no hacía ninguna parada hasta llegar a Southampton; sin embargo, una señal lo obligó a detenerse.

—¡Ah! *Sacré mille tonnerres*! —exclamó Poirot de pronto—. He sido un imbécil. Por fin lo veo claro. Es indudable que ha sido la divina providencia quien ha detenido el tren. Salte, Hastings; salte del tren, le digo.

En un instante abrió la puerta del vagón y saltó sobre la vía.

—Tire las maletas y salte usted.

Le obedecí cuando ya el tren reanudaba su marcha.

—Y ahora, Poirot —dije algo exasperado—, ¿puede decirme a qué viene esto?

—Es que, amigo mío, acabo de ver la luz.

—Esa luz —dije irónicamente— me lo aclara todo.

—Así debería ser —agregó Poirot—, pero me temo… me temo mucho que no sea así. Si puede llevar dos de estas maletas, creo que me las arreglaré con las restantes.

Capítulo II

EL HOMBRE DEL MANICOMIO

Afortunadamente, el tren había parado cerca de una estación. No fue preciso andar mucho hasta encontrar un garaje en donde pudimos alquilar un coche. Media hora después regresábamos a toda velocidad hacia Londres. Sólo entonces se dignó Poirot a satisfacer mi curiosidad.

—¿No lo ve? Lo mismo me pasaba a mí. Pero ahora ya lo veo. Hastings, *me estaban quitando de en medio*.

—¿Qué?

—Sí. Con mucha habilidad. Tanto el lugar como el método fueron elegidos con gran conocimiento y perspicacia. Tienen miedo de mí.

—¿Quiénes?

—Esos cuatro genios que se han asociado para actuar fuera de la ley. Un chino, un norteamericano, una francesa y otra persona. Quiera Dios que regresemos a tiempo, Hastings.

—¿Cree que nuestro visitante está en peligro?

—Con toda seguridad.

La señora Pearson nos saludó al llegar. Haciendo caso omiso de las muestras de asombro que dio al ver a Poirot, le pedimos información. Sus noticias nos tranquilizaron. Ni había llamado nadie ni nuestro huésped había dado señales de vida.

Con un suspiro de alivio subimos a las habitaciones. Poirot cruzó el cuarto exterior y entró en el interior. Luego me llamó con voz extrañamente agitada.

—Hastings, ha muerto.

Corrí para reunirme con él. El hombre estaba en donde lo

habíamos dejado, pero muerto, y debía estarlo desde hacía tiempo. Salí a toda prisa a por un médico. Sabía que Ridgeway no habría vuelto todavía. Sin embargo, encontré a un médico casi inmediatamente y volví con él.

—Este pobre hombre está muerto, en efecto. ¿Ha amparado usted a un vagabundo, eh?

—Algo por el estilo —dijo Poirot de un modo evasivo—. ¿Cuál fue la causa de la muerte, doctor?

—Es difícil saberlo. Quizá haya sido algún ataque. Presenta síntomas de asfixia. ¿Tienen gas instalado?

—No, la casa sólo dispone de luz eléctrica.

—Y las dos ventanas están abiertas. Diría que lleva muerto unas dos horas. Supongo que dará usted parte a quien corresponda. ¿No es así?

El médico se marchó y Poirot hizo las gestiones necesarias por teléfono. Después, y con cierta sorpresa por mi parte, llamó a nuestro antiguo amigo el inspector Japp y le rogó que acudiese.

Tan pronto como se completaron los trámites, la señora Pearson apareció con los ojos redondos como platos.

—Se ha presentado aquí un hombre de Hanwell, del manicomio. ¿Ha visto algo semejante? ¿Debo hacerle pasar?

Asentimos, y la patrona trajo a nuestra presencia a un hombre corpulento, vestido de uniforme.

—Buenos días, caballeros —dijo con aire jovial—. Me parece que tienen aquí a uno de mis pájaros. Anoche se nos escapó.

—*Estuvo* aquí —dijo Poirot con calma.

—No se escaparía de nuevo, ¿verdad? —preguntó el individuo, con cierta preocupación.

—Está muerto.

El hombre pareció más aliviado que otra cosa.

—¿De veras? Bueno, quizá haya sido mejor para todos.

—¿Era… peligroso?

—¿Quiere decir que si padecía de manía homicida? No, en absoluto. Era inofensivo. Lo que padecía era una muy aguda manía persecutoria. Siempre estuvo diciendo que una sociedad secreta china había hecho que le encerraran. Todos dicen lo mismo.

Sentí un escalofrío.

—¿Cuánto tiempo llevaba encerrado? —preguntó Poirot.

—Unos dos años.

—Comprendo —dijo Poirot con calma—. ¿No se le ocurrió a nadie que pudiera estar cuerdo?

El loquero se echó a reír.

—Si hubiera estado en sus cabales, ¿por qué habríamos de tenerlo en un manicomio? Todos *dicen* que están en su sano juicio, ya sabe usted.

Poirot no añadió nada más. Condujo al hombre para que viera el cadáver. Lo identificó inmediatamente.

—Es él, desde luego —dijo el empleado del manicomio, y añadió cruelmente—: Era un tipo divertido, ¿eh? Bueno, caballeros, será mejor que me marche y tome las medidas necesarias. Les liberaremos del cadáver lo antes posible. Me temo que si se realiza una investigación judicial tendrán ustedes que comparecer. Buenos días, señores.

E inclinándose con bastante torpeza salió de la habitación arrastrando los pies.

Minutos después llegó Japp, el inspector de Scotland Yard, tan desenvuelto y atildado como de costumbre.

—Aquí me tiene, *monsieur* Poirot. ¿En qué puedo serle útil? Tenía entendido que se había marchado a no sé qué playas tropicales.

—Mi buen Japp, quiero saber si ha visto antes a este hombre.

Llevó a Japp al dormitorio. Con cara de asombro, el inspector miró fijamente al cadáver que se hallaba sobre la cama.

—Veamos, me resulta familiar… y además me precio de tener buena memoria. ¡Cómo! ¡Pero si es Mayerling!

—¿Y quién es, o era, Mayerling?

—No es ninguno de los nuestros. Se trata de un muchacho del servicio secreto que se fue a Rusia hace cinco años. Nunca volvimos a saber nada de él. Siempre supusimos que los bolcheviques se lo habían cargado.

—Todo encaja —dijo Poirot, cuando Japp se marchó—, salvo el hecho de que parece haber muerto de muerte natural.

Con un entrecejo fruncido, que revelaba su insatisfacción, Poirot se quedó contemplando el cadáver. Un soplo de aire levantó los

visillos de la ventana y mi amigo dirigió una mirada penetrante hacia ellos.

—Supongo que abrió usted las ventanas cuando lo puso en la cama, ¿verdad, Hastings?

—No, no lo hice —repliqué—. Me parece recordar que estaban cerradas.

Poirot levantó la cabeza de pronto.

—Cerradas… y ahora están abiertas. ¿Qué puede significar eso?

—Que alguien entró por ellas —sugerí.

—Es posible —concedió Poirot. Hablaba distraídamente y sin convicción. Después de unos momentos añadió:

—No es eso exactamente lo que pienso, Hastings. No me intrigaría este hecho si sólo estuviera abierta una ventana. Lo que resulta curioso es que estén abiertas las dos.

Penetró rápidamente en la otra habitación.

—La ventana de la sala de estar está abierta también y la habíamos dejado cerrada ¡Vaya!

Se inclinó sobre el hombre muerto y examinó las comisuras de su boca minuciosamente. De pronto levantó la vista.

—Ha estado amordazado, Hastings. Lo amordazaron y luego lo envenenaron.

—¡Cielo santo! —exclamé asombrado—. Supongo que cuando le hagan la autopsia averiguaremos lo que ha pasado.

—No averiguaremos nada. Lo asesinaron haciéndole inhalar ácido cianhídrico concentrado. Le obstruyeron con él la nariz. Luego los asesinos abrieron todas las ventanas y se fueron. El ácido cianhídrico es extremadamente volátil, pero tiene un acentuado olor de almendras amargas. Al no dejar rastro alguno de olor ni de juego sucio, los médicos podrían atribuir la muerte a cualquier causa natural. De modo que este hombre pertenecía al Servicio Secreto, Hastings. Y hace cinco años desapareció en Rusia.

—Los dos últimos años ha estado en el manicomio —dije—. ¿Pero en dónde estuvo durante los tres años anteriores?

Poirot negó con la cabeza y luego me asió del brazo.

—El reloj, Hastings, mire el reloj.

Seguí su mirada hasta la repisa de la chimenea. El reloj estaba parado y señalaba las cuatro.

—*Mon ami*, alguien lo ha tocado. Todavía tenía cuerda para tres días. Es un reloj con cuerda para ocho días. ¿Comprende?

—¿Y qué pretendían con eso? ¿Darnos una pista falsa para que pareciera que el crimen tuvo lugar a las cuatro?

—No, no. Ponga en orden sus ideas, *mon ami*. Ponga a trabajar sus celulitas grises. Es usted Mayerling. Ha oído usted algo, quizá, y se da perfecta cuenta de que está condenado. Dispone del tiempo justo para dejar una señal. Las *cuatro*, Hastings. El Número Cuatro, el *destructor*. ¡Ah! ¡Una idea!

Entró deprisa en la otra habitación y descolgando el teléfono pidió que le pusieran con Hanwell.

—¿Hablo con el manicomio? Tengo entendido que hoy se ha producido una fuga. ¿Qué dice? Un momento, por favor. ¿Quiere repetirme eso? ¡Ah!, *parfaitement*.

Colgó el auricular y se volvió hacia mí.

—¿Ha oído, Hastings? *No se ha producido ninguna fuga*.

—¿Pero el hombre que vino… el empleado? —dije.

—Me pregunto… Me sorprende mucho.

—¿Quiere decir…?

—El Número Cuatro; el destructor.

Me quedé pasmado mirando a Poirot. Momentos después, al recuperar el habla dije:

—Lo reconoceremos en cuanto le veamos de nuevo, y eso ya es algo. Era un hombre de una personalidad muy marcada.

—¿Lo era, *mon ami*? Yo creo que no. Parece fornido y francote, y tenía la cara roja, un grueso bigote y voz ronca. A estas horas ya no concurrirá en él ninguna de esas circunstancias; por lo demás, sus ojos son inclasificables y otro tanto ocurre con sus orejas. Usa una perfecta dentadura postiza. La identificación no es una cosa tan fácil como usted cree. La próxima vez…

—¿Cree usted que habrá una próxima vez? —le interrumpí. Poirot se puso muy serio.

—Es un duelo a muerte, *mon ami*. Usted y yo de un lado, los Cuatro Grandes del otro. Han ganado la primera baza; pero su plan para quitarme de en medio ha fracasado. En el futuro… ¡tendrán que habérselas con Hércules Poirot!

Capítulo III

MÁS NOTICIAS SOBRE LI CHANG YEN

Durante los días que siguieron a la visita del falso empleado del manicomio, tuve la esperanza de que volvería y me negué a abandonar el apartamento, siquiera fuera por un momento. Por lo que yo sabía, él no tenía ninguna razón para sospechar que hubiéramos caído en la cuenta de su artimaña. Pensé que podría volver y tratar de llevarse el cadáver, pero Poirot se burló de mi razonamiento.

—*Mon ami* —dijo—, puede perder el tiempo en eso si quiere, pero yo tengo otras cosas que hacer.

—Entonces, Poirot —razoné—, ¿por qué corrió el riesgo de venir? Su visita tendría algún sentido si estuviera destinada a volver más tarde a por el cadáver. De ese modo podría al menos eliminar pruebas contra él; sin embargo, y tal como están las cosas, no parece haber logrado nada.

Poirot se encogió de hombros de un modo muy francés.

—Pero no se pone usted en el lugar del Número Cuatro, Hastings —dijo—. Habla de pruebas, pero ¿qué pruebas hay contra él? Es verdad que tenemos el cadáver. Pero ni siquiera podemos demostrar que el hombre fue asesinado: el ácido cianhídrico, cuando se inhala, no deja rastro. Además, no conocemos a ningún testigo que viera entrar a alguien en el apartamento durante nuestra ausencia ni hemos averiguado nada sobre los movimientos de nuestro difunto amigo Mayerling…

»No, Hastings, el Número Cuatro no ha dejado rastros, y él lo sabe. Su visita no fue más que una operación de reconocimiento. Quizá deseaba asegurarse de que Mayerling había muerto, pero lo

más probable, creo yo, es que viniera a ver a Hércules Poirot para tener una conversación con el único adversario al que debe temer.

El razonamiento de Poirot me pareció típicamente egocéntrico, pero me abstuve de discutir.

—¿Y qué me dice de la investigación judicial? —pregunté—. Supongo que allí explicará usted las cosas claramente y que facilitará a la policía una descripción completa del Número Cuatro.

—¿Y con qué fin? ¿Podemos presentar algo que impresione a un jurado indagador integrado por ingleses formalistas? ¿Tiene alguna utilidad nuestra descripción del Número Cuatro? No, les dejaremos que califiquen el hecho como «muerte accidental». Aunque no tengo muchas esperanzas, tal vez nuestro hábil asesino se felicite por haber engañado a Hércules Poirot en el primer asalto.

Como de costumbre, Poirot tuvo razón. No volvimos a ver al supuesto empleado, y la indagación judicial, en la que presté declaración, pero a la que Poirot ni siquiera asistió, no despertó interés alguno en el público.

Como, en vista de su proyectado viaje a América del Sur, Poirot había dado por concluidos sus asuntos antes de mi llegada, en este momento no tenía ningún caso entre manos; aunque él pasaba la mayor parte del tiempo en su apartamento, no conseguí que me comunicase gran cosa. Permanecía sentado en su sillón, absorto en meditaciones, y no daba pie a mis deseos de conversación.

Una mañana, aproximadamente una semana después del crimen, me preguntó si no me importaría acompañarle en una visita que deseaba hacer. Me complació, pues en mi opinión cometía una equivocación tratando de resolver las cosas enteramente por sí mismo. Además, yo deseaba cambiar impresiones con él sobre el caso. Pero no se mostró muy comunicativo. Ni siquiera me contestó cuando le pregunté adónde íbamos.

A Poirot le gusta envolverse en misterio. Si está en su mano no facilita una información hasta el último momento. En este caso, después de haber tomado sucesivamente un autobús y dos trenes y haber llegado a la vecindad de uno de los suburbios meridionales más deprimentes de Londres, aceptó por fin explicar el asunto.

—Vamos a ver, Hastings, al hombre que en este país sabe más de la vida clandestina de China.

—¿De veras? ¿De quién se trata?

—Un hombre del que usted nunca ha oído hablar, un tal John Ingles. En realidad, es un funcionario civil retirado, de inteligencia mediocre, que tiene la casa llena de curiosidades chinas con las que aburre a amigos y conocidos. Sin embargo, los que le conocen me han asegurado que el único hombre capaz de facilitarme la información que busco en este John Ingles.

Pocos momentos después subíamos los escalones de «Los Laureles», residencia del señor Ingles. No advertí la existencia de ningún arbusto de laurel, por lo que deduje que el nombre se lo habían puesto con arreglo a la acostumbrada y oscura nomenclatura de los barrios periféricos de Londres.

Un sirviente de cara inexpresiva nos hizo pasar hasta la habitación en que se hallaba su patrono. El señor Ingles era un hombre fornido, de cara algo amarilla, con unos ojos hundidos de naturaleza particularmente reflexiva. Se levantó para recibimos, dejando a un lado una carta abierta que había tenido en la mano y a la que hizo referencia después de saludarnos.

—¿Quieren sentarse? Halsey me ha dicho que desean ustedes cierta información que quizá yo pueda facilitarles.

—Así es, *monsieur*. Quisiera saber si conoce a un hombre llamado Li Chang Yen.

—Eso es raro… muy raro. ¿Cómo ha podido oír hablar de ese hombre?

—Entonces, ¿le conoce?

—Lo vi una vez. Sé algo de él, aunque no tanto como quisiera. Me sorprende sin embargo que ninguna otra persona en Inglaterra haya tenido noticias suyas. Es un gran hombre a su modo, pertenece a la clase de los mandarines y ya sabe usted; pero esto no es lo esencial del asunto. Hay buenas razones para suponer que él es el hombre que está detrás de todo ello.

—¿Detrás de qué?

—De todo. De la intranquilidad mundial, de los problemas laborales que acosan a todas las naciones y de las revoluciones que estallan en algunos países. Hay personas, y no me refiero a los alarmistas sino a quienes saben de lo que hablan, que dicen que existe una fuerza oculta que tiene por objetivo nada menos que

desintegrar la civilización. En Rusia, ya sabe usted, se pusieron de manifiesto muchos indicios que revelaban que Lenin y Trotsky eran simples marionetas al servicio de otro cerebro. Carezco de pruebas concretas que pudieran ser consideradas como válidas, pero estoy completamente convencido de que ese cerebro fue el de Li Chang Yen.

—¡Vamos! —protesté—. ¿No es eso un poco improbable? ¿Cómo pudo un chino tener tanta influencia en Rusia?

Evidentemente enfadado conmigo, Poirot frunció el ceño.

—Para usted, Hastings —dijo—, todo lo que no procede de su propia imaginación es improbable; yo, en cambio, estoy de acuerdo con este caballero. Pero continúe, se lo ruego, *monsieur*.

—No puedo asegurar qué es lo que espera conseguir exactamente de todo ello —prosiguió el señor Ingles—; pero supongo que su enfermedad es la misma que atacó a los grandes cerebros desde la época de Akbar y Alejandro hasta la de Napoleón: la codicia de poder y de supremacía personal. Hasta los tiempos modernos, para conquistar el mundo era necesario el concurso de una fuerza armada; pero, en este siglo de desasosiego, un hombre como Li Chang Yen puede utilizar otros medios. Tengo pruebas de que disponemos de cantidades ilimitadas de dinero para emplearlo en sobornos y en propaganda, y existen indicios de que domina alguna fuerza científica mucho más poderosa de lo que el mundo ha podido jamás imaginar.

Poirot seguía las palabras del señor Ingles con la mayor atención.

—¿Y en China? —preguntó—. ¿Actúa también allí?

El otro asintió con énfasis.

—También allí —dijo—, aunque me es imposible presentar una prueba válida ante un tribunal. Conozco personalmente a todos los hombres que pueden ejercer alguna influencia en la China actual, y puedo decirles esto: los hombres que ocupan los puestos más importantes carecen de personalidad. Son marionetas que mueve una mano maestra y esa mano es la de Li Chang Yen. Él es el cerebro que domina el Oriente actual. Nosotros no comprendemos el Oriente ni lo comprenderemos nunca. Li Chang Yen es, en cualquier caso, su espíritu impulsor. Como cabía esperar, nunca sale

a escena; jamás abandona su palacio de Pekín. Es el que mueve los hilos. Los mueve desde allí y los efectos se sienten muy lejos.

—¿Y no existe nadie que se le oponga? —preguntó Poirot.

El señor Ingles se inclinó hacia adelante en su silla.

—En los últimos cuatro años lo han intentado cuatro hombres —dijo lentamente—; hombres de carácter, honrados y con gran capacidad intelectual. Con el tiempo, cualquiera de ellos podría haber obstaculizado sus planes.

—¿Y bien? —pregunté.

—Todos están muertos. Uno escribió un artículo y mencionó el nombre de Li Chang Yen en relación con los disturbios de Pekín; no habían transcurrido dos días cuando fue apuñalado en la calle. No se logró capturar al asesino. Las ofensas hechas por los otros dos fueron análogas. En una conferencia o en un artículo, o simplemente en una conversación, cada uno de ellos relacionó el nombre de Li Chang Yen con motines o revoluciones. Una semana después todos ellos estaban muertos. Uno fue envenenado, otro murió de cólera sin existir epidemia y el tercero fue encontrado muerto en su lecho. La causa de la última muerte no pudo determinarse; pero un médico que vio el cadáver me dijo que estaba quemado y apergaminado como si una onda de energía eléctrica de increíble potencia hubiera pasado a través de él.

—¿Y Li Chang Yen? —preguntó Poirot—. Como es natural, no habrá ninguna pista que conduzca hacia él. Pero habrá algún tipo de indicios, ¿no?

El señor Ingles se encogió de hombros.

—Indicios… sí, por supuesto. Una vez encontré a un hombre que estaba dispuesto a hablar, un joven chino que, protegido de Li Chang Yen, había destacado por sus conocimientos de química. Acudió a mí un día y pude comprobar que estaba al borde de una crisis nerviosa. Me habló de unos experimentos en los que había intervenido en el palacio de Li Chang Yen bajo su dirección; se trataba de experimentos con culíes en los que se había puesto de manifiesto el desprecio más repugnante por la vida y el sufrimiento humanos. Sus nervios estaban completamente deshechos y se hallaba en el más lamentable estado de terror. Hice que se instalara en una habitación del piso alto de mi propia casa, con la intención

de interrogarle al día siguiente; por supuesto, fue una estupidez por mi parte.

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Poirot.

—Nunca lo sabré. Aquella noche me despertó el incendio de mi propia casa y tuve la suerte de escapar con vida. La investigación reveló que el fuego de sorprendente intensidad se había producido en el piso superior y que los restos de mi joven amigo químico habían quedado reducidos a cenizas.

Por la ansiedad con que había estado hablando, pude comprobar que habíamos tocado el tema favorito del señor Ingles y que incluso él se había dado cuenta de que había ido demasiado lejos; parecía como si se riera con el aire del que pide perdón.

—Pero, por supuesto —continuó—, carezco de pruebas y ustedes, como los otros, dirán simplemente que soy víctima de una obsesión.

—Nada de eso —dijo Poirot con calma—, tenemos fundadas razones para creer en lo que usted nos cuenta. Estamos particularmente interesados por Li Chang Yen.

—Es muy singular que usted le conozca. No imaginaba que pudiera haber una sola persona en Inglaterra que tuviera alguna información sobre él. Me agradaría saber cómo consiguió enterarse de estas cosas… si no es indiscreción.

—No, *monsieur*, en absoluto. Un hombre buscó refugio en mi residencia. Sufría una grave conmoción, pero consiguió decirnos lo suficiente como para interesarnos por ese Li Chang Yen. Describió a cuatro personas, los Cuatro Grandes, una organización de la que hasta ahora no habíamos tenido noticias. El Número Uno es Li Chang Yen, el Número Dos un norteamericano desconocido y el Número Tres una francesa igualmente desconocida; el Número Cuatro podría designarse como el ejecutivo de la organización: el *destructor*. Mi informante murió. Dígame, *monsieur*, ¿conocía usted acaso la expresión «Los Cuatro Grandes»?

—Sí, pero no la relacionaba con Li Chang Yen. He oído hablar de ella, o he leído algo hace poco… y también en circunstancias extrañas. ¡Ah!, ya sé.

Se levantó y se dirigió a un precioso armario taraceado y barnizado con laca. Volvió con una carta en la mano.

—Aquí tiene usted. Es una nota de un viejo marino con el que me encontré una vez en Shanghai. Un viejo vicioso de pelo cano al que supongo ya borracho y lloroso. Esto lo escribió en sus desvaríos de alcohólico.

En voz alta leyó la siguiente carta:

Querido señor:

Quizá no me recuerde, pero una vez le hice un gran favor en Shanghai. Hágame usted ahora uno a mí. Necesito dinero para salir del país. Aunque estoy bien escondido aquí, o por lo menos eso creo, cualquier día pueden matarme. Me refiero a los Cuatro Grandes. Es una cuestión de vida o muerte. Dispongo de mucho dinero; pero no me atrevo a llegar a él por temor a que averigüen en dónde estoy. Envíeme doscientas libras en billetes. Tenga la seguridad de que se las devolveré. Se lo prometo. Le saluda atentamente.

Jonathan Whalley.

—Está fechada en el Chalet de Granito, Hoppaton, Dartmoor. Creí que se trataba de un método burdo de sacarme doscientas libras, cantidad de la que no me hubiera sido fácil prescindir. Si le sirve de algo…

Y le entregó la carta a Poirot.

—*Je vous remercie, monsieur*. Voy a Hoppaton ahora mismo.

—¡Caramba! Esto es muy interesante. ¿Le importaría que les acompañase?

—Me encantaría contar con su compañía, pero debemos ponernos en camino inmediatamente. Saliendo ahora mismo no llegaremos a Dartmoor hasta el anochecer.

John Ingles se apresuró y no tardamos en salir los tres de Paddington en tren, con dirección a la parte occidental del país. Hoppaton era un pueblecito que se arracimaba en una hondonada situada justamente enfrente de unos terrenos pantanosos. Al pueblo se llegaba por una carretera de nueve millas que nacía en Moretonhampstead. A pesar de que llegamos alrededor de las ocho, como era una tarde del mes de julio, la luz diurna era intensa

todavía.

Pasamos por la estrecha calle del pueblo y nos detuvimos para preguntar a un viejo aldeano sobre el camino que debíamos seguir.

—El Chalet de Granito —dijo el viejo reflexionando—, ¿quieren ir al Chalet de Granito? ¿eh?

Le aseguramos que eso era efectivamente lo que queríamos.

El viejo señaló un pequeño chalet gris situado al final de la calle.

—Allí está el chalet. ¿Quieren ver al inspector?

—¿Qué inspector? —preguntó Poirot bruscamente—; ¿qué quiere decir?

—Entonces, ¿todavía no se han enterado del crimen? Al parecer es un asunto muy grave. Hablan de charcos de sangre.

—*Mon Dieu*! —murmuró Poirot—. Entonces tengo que ver enseguida a ese inspector.

Cinco minutos más tarde nos encerrábamos con el inspector Meadows. Éste adoptó al principio una actitud un tanto fría, pero ante el nombre mágico del inspector Japp de Scotland Yard sus modales se suavizaron.

—Sí, señor, fue asesinado esta mañana. Un asunto chocante. Telefonearon a Moreton y vine enseguida. A primera vista parecía un caso misterioso. El viejo, que tenía unos setenta años y por lo que he oído era aficionado a empinar el codo, yacía en el suelo del cuarto de estar. Se le apreciaba una contusión en la cabeza y le habían cortado la garganta de oreja a oreja. Había sangre por todas partes, como puede usted comprender. La mujer que le guisaba, Betsy Andrews, nos dijo que su patrono tenía varias figuritas chinas de jade, que le dijo eran muy valiosas. Pues bien, las figuritas han desaparecido. Hasta ahí parecía tratarse de un caso de agresión y robo; pero esta solución ofrecía toda clase de dificultades. El viejo tenía dos personas en la casa. Una de ellas era la ya mencionada Betsy Andrews, una mujer de Hoppaton. Pero estaba también una especie de criado, Robert Grant. Grant había ido a la granja en busca de leche, como hace todos los días, y Betsy había salido a charlar con una vecina. Ella sólo estuvo fuera veinte minutos —aproximadamente entre las diez y las diez y media— y el crimen debe haberse cometido en ese lapso de tiempo. Grant fue el primero que volvió a la casa. Entró por la puerta trasera, que estaba abierta

porque aquí nadie las cierra (al menos en pleno día); puso la leche en la despensa y se fue a su habitación a leer el periódico y fumar. No tenía ni la menor idea de que hubiese ocurrido algo inusitado. Por lo menos, eso es lo que dice. Luego llegó Betsy, entró en el cuarto de estar, vio lo que había sucedido y salió gritando como para despertar a los muertos. Y eso es todo lo que ha pasado, contado con absoluta escrupulosidad. Alguien entró mientras ellos dos estaban fuera, y mató al pobre viejo. Pero enseguida me llamó la atención el hecho de que el asesino debía ser un fulano con mucha sangre fría. Tuvo que llegar directamente por la calle del pueblo o saltar a través del patio trasero de alguna casa. Como puede ver, el Chalet de Granito está rodeado de casas por todas partes. ¿Cómo es posible que nadie lo viera?

El inspector hizo una pausa que subrayó con un ademán de triunfo.

—¡Ajá! Ya comprendo lo que quiere decir —dijo Poirot—. ¿Quiere continuar?

—Sí, señor. Aquí hay gato encerrado, me dije. Y empecé a mirar a mi alrededor. Esas figuritas de jade… un vulgar vagabundo, ¿iba a darse cuenta de que tenían valor? En cualquier caso, era una locura intentar una cosa así a plena luz del día. Suponga que el viejo hubiera gritado pidiendo ayuda.

—Supongo, inspector —dijo el señor Ingles—, que la contusión en la cabeza se la hicieron antes de matarlo.

—Exacto, señor. Primero el asesino lo golpeó para hacerle perder el sentido y luego le cortó la garganta. Eso es evidente. ¿Pero cómo demonios llegó o se fue? En un pueblecito como éste, los extraños llaman enseguida la atención. Examiné detenidamente los alrededores. Llovió la noche anterior y había huellas de pisadas bastante claras que iban y venían de la cocina. En el cuarto de estar sólo había dos grupos de huellas (las de Betsy Andrews terminaban en la puerta): las del señor Whalley, que llevaba zapatillas, y las de otro hombre, que había pisado las manchas de sangre. Seguí esas huellas ensangrentadas. Tenían su origen en la cocina, no más allá. Ése es el punto número uno. En el umbral de la puerta de Robert Grant había una mancha apenas perceptible, aunque sin duda se trataba de sangre. Ése es el punto número dos. El punto número tres

es que cuando encontré las botas de Grant (él se las había quitado) vi que coincidían con las huellas. Esto zanjaba la cuestión: había sido un asunto interno. Así pues, detuve a Grant. ¿Y qué cree usted que encontré empaquetado en su baúl de viaje? Las figuritas de jade y un documento que demuestra que Robert Grant es en realidad Abraham Biggs y está en libertad provisional. Fue condenado hace cinco años por delito grave y allanamiento de morada.

El inspector hizo una pausa triunfal.

—¿Qué les parece, caballeros?

—Creo —dijo Poirot—, que el caso parece bastante claro… En realidad, de una claridad sorprendente. Este Biggs, o Grant, debe ser un hombre muy tonto y falto de instrucción, ¿verdad?

—En efecto, es un individuo inculto y vulgar. No tiene idea de lo que puede significar una huella.

—¡Es evidente que no lee novelas policíacas! Bien, inspector, le felicito. ¿Podemos echar una ojeada al lugar del crimen?

—Yo mismo les llevaré allí enseguida. Me gustaría que viera usted las huellas de que le he hablado.

—A mí también me gustaría verlas. Sí, sí, será muy interesante.

Salimos inmediatamente. El señor Ingles y el inspector se adelantaron notablemente. Hice que Poirot se retrasara un poco para poder hablar con él de lo que nos había dicho el inspector.

—¿Qué piensa usted, Poirot? ¿Hay algo más de lo que se ve?

—Ésa es precisamente la cuestión, *mon ami*. Whalley explicaba con bastante claridad en su carta que los Cuatro Grandes andaban en su busca, y usted y yo sabemos que lo de los Cuatro Grandes no es un cuento de duendes para niños. Sin embargo, todo parece indicar que ese Grant fue quien cometió el crimen. ¿Por qué lo hizo? ¿A causa de las figuritas de jade? ¿O es un agente de los Cuatro Grandes? Confieso que esto último parece lo más probable. Por valioso que sea el jade, no es probable que un hombre como él se diera cuenta de ello… En cualquier caso, las figuritas no son lo suficientemente valiosas como para cometer un asesinato por ellas. (Eso, *par exemple*, debió ocurrírsele al inspector). Podía haber robado el jade y haber huido a continuación en lugar de cometer un brutal asesinato. Sí, me temo que nuestro amigo de Devonshire no ha hecho uso de sus celulitas grises. Ha medido las huellas y se ha

olvidado de reflexionar y estructurar sus ideas con el orden y el método necesarios.

Capítulo IV

LA IMPORTANCIA DE UNA PIERNA DE CORDERO

El inspector sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta del Chalet de Granito. El día había sido bueno y seco, por lo que no era probable que nuestros pies dejasen huella alguna. No obstante, los limpiamos cuidadosamente antes de entrar.

De la oscuridad surgió una mujer que habló con el inspector; éste se hizo a un lado. A continuación nos dijo a nosotros:

—Eche usted un buen vistazo por ahí, señor Poirot, y vea todo lo que hay que ver. Volveré dentro de unos diez minutos. Por cierto, aquí está la bota de Grant. La he traído conmigo para que pueda comparar las huellas.

Entramos en el cuarto de estar; fuera, el ruido de los pasos del inspector dejó de oírse al poco. A Ingles le llamaron inmediatamente la atención unos objetos chinos que había en una mesa situada en un rincón y allí se dirigió para examinarlos. No pareció interesarse por la actividad de Poirot. Sin embargo, yo le observaba con profundo interés. El suelo estaba cubierto con linóleo de color verde oscuro que era el ideal para hacer ostensibles las huellas de pisadas. En el extremo más alejado, una puerta conducía a una pequeña cocina. Desde allí otra puerta daba acceso al fregadero (donde se hallaba situada la puerta trasera), y otra al dormitorio que había ocupado Robert Grant. Una vez explorado el terreno, Poirot comenzó sus observaciones con un monólogo en voz baja.

—Aquí es en donde yacía el cuerpo; esa gran mancha oscura y las salpicaduras que la rodean marcan el lugar. Se observan huellas de zapatillas y de botas del «número nueve», aunque en realidad

apenas se distingan. Hay también dos grupos de huellas que van y vienen desde la cocina. Quienquiera que fuese el asesino, entró por aquí. ¿Tiene ahí la bota, Hastings? Démela.

La comparó cuidadosamente con las huellas.

—Sí, ambas las ha hecho el mismo hombre: Robert Grant. Llegó por aquí, mató al viejo y volvió a la cocina. Pisó la sangre. ¿Ve las huellas que dejó al salir? En la cocina no puede verse nada… Todo el pueblo ha pasado por aquí. Él entró en su habitación… no, primero volvió al lugar del crimen… ¿fue para llevarse las figuritas de jade? ¿o había olvidado algo que podría incriminarle?

—Quizá mató al viejo la segunda vez que entró —sugerí.

—*Mais non*, no se ha fijado bien. Sobre una de las huellas manchadas con sangre y producidas al salir hay otra producida al entrar. Me pregunto para qué volvió. ¿Para llevarse las figuritas de jade, en las que pensó después? Todo ello es ridículo… estúpido.

—El caso es que se ha delatado a sí mismo de un modo irremediable.

—*N'est-ce pas*? Le digo, Hastings, que esto va contra toda razón. Ofende a mis células grises. Entremos en su dormitorio… ¡Ah, sí! Aquí está el olor de sangre en el umbral y vestigios de huellas de pisadas manchadas de sangre. Las pisadas de Robert Grant, y solamente las suyas, cerca del cadáver. Y Robert Grant fue el único hombre que se acercó a la casa. Sí, debió ser así.

—¿Y qué me dice de la vieja? —aduje yo de pronto—. Ella estuvo sola en la casa, después de que Grant se fue por la leche. Podía haber cometido el asesinato y haberse marchado a continuación. Sus pies no tenían por qué dejar huellas si no había estado fuera.

—Muy bien, Hastings. Me estaba maravillando que esa hipótesis no se le hubiera ocurrido a usted. Ya pensé en ella y la rechacé. Betsy Andrews es una mujer de este pueblo, muy conocida por aquí. No es posible que esté relacionada con los Cuatro Grandes; además, por lo que dicen todos, el viejo Whalley era un individuo robusto. Esto es obra de un hombre, no de una mujer.

—¿Y si los Cuatro Grandes tuvieran algún dispositivo diabólico oculto en el techo, algo que descendiera automáticamente y cortara la garganta del viejo y luego se retirara de nuevo?

—¿Como la escalera de Jacob? Ya sé, Hastings, que tiene una imaginación de lo más fértil; pero le ruego que la mantenga dentro de unos límites.

Me senté avergonzado. Poirot continuó yendo de un lado para otro, hurgando en las habitaciones y en los armarios con expresión de profunda insatisfacción en su rostro. De pronto profirió un aullido de emoción, que recordaba el de un perro de raza pomerana. Fui corriendo a reunirme con él. Estaba de pie en la despensa en una actitud espectacular. En su mano blandía una pierna de cordero.

—¡Mi querido Poirot! —exclamé—. ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco de pronto?

—Mire, se lo ruego, esta pierna de cordero. ¡Pero mírela de cerca!

La miré lo más cerca que pude, pero no pude encontrar en ella nada fuera de lo común. Me pareció una pierna de cordero muy corriente y así se lo hice saber. Poirot me lanzó una mirada llena de desdén.

—Pero no ve esto… y esto… y esto…

Y mostró cada uno de los «estos» con un golpe en el inofensivo trozo de carne, desalojando de ese modo pequeños trozos de hielo.

Poirot me acababa de acusar de ser en exceso imaginativo, pero ahora era yo quien opinaba que él me superaba con mucho en imaginación. ¿Creía en serio que aquellos pedazos de hielo eran cristales de un veneno mortal? Ésa era la única interpretación que yo podía dar a su extraordinaria agitación.

—Es carne congelada —le expliqué suavemente—. Importada, ya sabe, de Nueva Zelanda.

Me miró durante unos momentos y mostró luego una extraña risa.

—¡Qué maravilloso es mi amigo Hastings! Lo sabe todo, ¡lo que se dice todo! Como se suele decir se facilitan toda clase de informaciones. Éste es mi amigo Hastings.

Arrojó la pierna de cordero sobre su plato y la dejó en la despensa. Luego miró por la ventana.

—Aquí viene nuestro amigo el inspector. Está bien. He visto todo lo que quería ver.

Tamborileó con aire distraído en la mesa como si estuviera absorto en complicados cálculos y preguntó de pronto:

—¿Qué día de la semana es hoy, *mon ami*?

—Lunes —dije bastante asombrado—. ¿Qué…?

—¡Ah!, lunes, ¿no es eso?, un mal día de la semana. Es una equivocación cometer un asesinato en lunes.

Volvió al cuarto de estar, golpeó el barómetro que había en la pared y echó una mirada al termómetro.

—Tiempo estable y veintiún grados. Un día de verano inglés, como es debido.

Ingles todavía estaba examinando piezas de cerámica china.

—No parece tener mucho interés en esta investigación, ¿eh, *monsieur*? —dijo Poirot.

El buen hombre sonrió flemáticamente.

—No es mi oficio. Soy experto en algunas cosas, pero no en todo. Así es que permanezco al margen y procuro no estorbar. En Oriente aprendí a ser paciente.

El inspector llegó con prisa, excusándose por haber estado fuera tanto tiempo. Aunque insistió en que recorriéramos de nuevo la mayor parte del terreno, pronto nos marchamos.

—He de agradecerle sus muchas atenciones, inspector —dijo Poirot, cuando regresábamos por la calle del pueblo—. Sólo hay una cosa más que me gustaría pedirle.

—¿Quiere ver el cadáver quizá, señor?

—¡Oh, no! ¡Válgame Dios! No tengo el menor interés. A quien quiero ver es a Robert Grant.

—Tendrá que volver conmigo a Moreton para verle, señor.

—Muy bien, así lo haré. Pero me gustaría hablar con él a solas.

El inspector se acarició el labio superior.

—Bueno, en cuanto a eso no sé si será posible, señor.

—Le aseguro que si puede usted ponerse en comunicación con Scotland Yard recibirá plena autorización.

—He oído hablar de usted, por supuesto, señor, y sé que nos ha hecho favores de vez en cuando. Pero va contra las normas.

—No obstante, es necesario —dijo Poirot con calma—. Y lo es por una razón: Grant no es el asesino.

—¿Cómo? Entonces, ¿quién es?

—Creo que el asesino es un hombre más joven. Fue hasta el Chalet de Granito en un carro, que dejó fuera. Entró, cometió el crimen, salió y se marchó de nuevo. Llevaba la cabeza descubierta y sus ropas estaban ligeramente manchadas de sangre.

—¡Pero todo el pueblo le habría visto!

—No necesariamente, si se dieron ciertas circunstancias.

—Si hubiese estado oscuro, quizá; pero el crimen se cometió en pleno día.

Poirot se limitó a sonreír.

—Y el caballo y el carro, señor… ¿Cómo podría usted saber eso? Por delante de la casa pasa un gran número de vehículos con ruedas. No puede verse la huella de uno en particular.

—Quizá no con los ojos del cuerpo; pero sí con los ojos de la imaginación.

El inspector me miró sonriendo y se tocó significativamente la frente. Yo estaba completamente desconcertado, pero tenía fe en Poirot. No se discutió más mientras regresábamos a Moreton con el inspector. A Poirot y a mí nos condujeron hasta donde estaba Grant y nos indicaron que durante la entrevista tenía que estar presente un policía. Poirot fue directamente al grano.

—Grant, sé que no ha cometido este crimen. Dígame a su modo, pero exactamente, lo que sucedió.

El detenido era un hombre de mediana estatura y facciones desagradables. Si alguien ha tenido alguna vez aspecto de presidiario era él.

—Le juro que yo no lo hice —gimoteó—. Alguien puso esas figuritas de vidrio entre mis cosas. Ha sido una trampa para echarme la culpa a mí, eso es lo que ha sido. Tal como dije, fui derecho a mis habitaciones cuando entré. No supe nada hasta que Betsy se puso a gritar. Le juro que yo no lo hice.

Poirot se levantó.

—Si no puede decirme la verdad, hemos terminado.

—Pero, jefe…

—Usted entró en el cuarto de estar. Usted sabía que su patrón había muerto y estaba preparándose para huir cuando la buena de Betsy hizo su terrible descubrimiento.

El hombre se quedó mirando fijamente a Poirot con la boca

abierta.

—Vamos, ¿fue así o no? Le digo solemnemente, bajo mi palabra de honor, que su única oportunidad depende de que hable con sinceridad.

—Me arriesgaré —dijo el hombre de pronto—. Fue como dice. Entré, y fui directamente hacia el patrón. Y allí estaba, muerto en el suelo y rodeado de sangre. Entonces me asusté. Ellos descubrirían mis antecedentes y con toda seguridad dirían que había sido yo quien le había matado. Sólo pensé en huir… enseguida… antes de que lo encontraran…

—¿Y las figuritas de jade?

El hombre se mostró indeciso.

—Verá usted…

—¿Las cogió por una especie de regresión al instinto, por decirlo así? Había oído decir a su patrón que las figuritas eran valiosas y pensó que ya puesto era mejor liarse la manta a la cabeza. Eso lo comprendo. Ahora bien, contésteme a esto. Cuando se llevó las figuritas, ¿era la segunda vez que entraba en el cuarto de estar?

—No entré una segunda vez. Con una había tenido bastante.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente seguro.

—De acuerdo. ¿Cuándo salió usted de la cárcel?

—Hace dos meses.

—¿Cómo consiguió ese empleo?

—Por medio de una de esas sociedades de ayuda a los presos. Un individuo vino a mi encuentro cuando salí de la cárcel.

—¿Cómo era?

—No era exactamente un cura, pero lo parecía. Llevaba un sombrero de fieltro negro y hablaba de un modo un tanto rebuscado. Tenía un diente roto y llevaba gafas. Su nombre era Saunders. Dijo que esperaba que yo me hubiera arrepentido y que él me podría encontrar un buen puesto de trabajo. Fui a ver al viejo Whalley con su recomendación.

Poirot se levantó una vez más.

—Gracias. Ahora ya lo sé todo. Tenga paciencia.

Se detuvo en el umbral de la puerta y añadió:

—¿Le dio Saunders un par de botas?

Grant se quedó pasmado.

—Sí, me las dio. ¿Pero cómo lo sabe usted?

—Mi oficio consiste en saber cosas —dijo Poirot muy serio.

Después de conversar brevemente con el inspector, los dos nos fuimos al parador del Ciervo Blanco, y pedimos huevos con tocino y sidra de Devonshire.

—¿Ha aclarado algo ya? —preguntó Ingles con una sonrisa.

—Sí, el caso está ya suficientemente claro; pero me va a costar mucho trabajo demostrar mi teoría. Whalley fue asesinado por orden de los Cuatro Grandes; pero no fue Grant quien lo hizo. Un hombre muy hábil le consiguió a Grant el empleo y planeó deliberadamente hacer de él un chivo expiatorio, lo que no resultó difícil debido a los antecedentes penales de Grant. Compró dos pares de botas. Dio uno de ellos a Grant y se quedó con el otro. Fue muy sencillo. Mientras Grant estaba fuera de la casa y Betsy charlaba en el pueblo (que es lo que probablemente hizo todos los días de su vida), el asesino llegó calzando las botas duplicadas, entró en la cocina, pasó al cuarto de estar y derribó al viejo de un golpe. Luego le cortó la garganta. Volvió a la cocina, se quitó las botas, se puso otro par y llevando en las manos el primer par salió hasta su carro y se marchó.

Ingles miró fijamente a Poirot.

—Queda todavía una pega. ¿Por qué no le vio nadie?

—¡Ah! Estoy convencido de que ahí es en donde entra la habilidad del Número Cuatro. Todo el mundo lo vio y sin embargo nadie lo vio. ¡Se presentó en un carro de carnicero!

Proferí una exclamación.

—¿La pierna de cordero?

—Exactamente, Hastings, la pierna de cordero. Todo el mundo juró que nadie había estado en el Chalet de Granito aquella mañana; sin embargo, en la despensa encontré una pierna de cordero todavía congelada. Era lunes, por lo que la carne debía haber sido repartida aquella mañana. Si la hubieran llevado el sábado, con este tiempo caluroso, no habría permanecido congelada durante el domingo. Por consiguiente, alguien había estado en el chalet: un hombre que no atrajera la atención por dejar aquí o allí una huella de sangre.

—¡Tremendamente ingenioso! —exclamó Ingles aprobando lo que acababa de decir Poirot.

—Sí, el Número Cuatro es muy inteligente.

—¿Tanto como Hércules Poirot?

Mi amigo me lanzó una mirada de reproche con aire solemne.

—Hay bromas que no debe permitirse, Hastings —dijo sentenciosamente—. ¿Acaso no he salvado a un inocente de ser enviado al patíbulo? Para un día de trabajo creo que es más que suficiente.

Capítulo V

LA DESAPARICIÓN DE UN CIENTÍFICO

En mi opinión personal, ni siquiera cuando un jurado absolvió a Robert Grant, alias Biggs, de la acusación de asesinato en la persona de Jonathan Whalley, quedó plenamente convencido el inspector Meadows de su inocencia. Las pruebas que él había acumulado contra Grant (sus antecedentes penales, el jade que había robado, las botas que encajaban tan exactamente en las huellas de las pisadas) eran demasiado completas para perturbar fácilmente su mente práctica; pero Poirot, obligado a prestar declaración muy en contra de sus deseos, convenció al jurado. Fueron presentados dos testigos que habían visto cómo el carro del carnicero llegaba hasta el chalet el lunes por la mañana, y el carnicero local declaró que su carro sólo pasaba por allí los miércoles y los viernes.

También hubo una mujer que, al ser interrogada, recordó haber visto al hombre de la carnicería abandonando el chalet; con todo, no fue capaz de proporcionar una descripción útil del sujeto. La única impresión que parecía haber dejado en la memoria de aquella mujer fue la de que iba bien afeitado, era de estatura mediana y tenía exactamente el mismo aspecto que un dependiente de carnicería. Ante esta descripción, Poirot se encogió de hombros filosóficamente.

—Es tal como se lo digo, Hastings —me señaló después del juicio—. Es un artista. No se disfraza con una barba falsa ni con gafas ahumadas. Altera sus facciones, sí; pero eso es lo menos importante. Por el momento, él *es* el hombre que quiere ser. Vive en su papel.

No tuve más remedio que admitir que el visitante que dijo

proceder del manicomio de Hanwell encajaba perfectamente con la idea que yo tenía de lo que debe parecer un empleado de un centro de esa naturaleza. No hubiera dudado de él ni por un momento.

Todo era un poco desalentador, y la experiencia que tuvimos en Dartmoor no pareció ayudarnos mucho. Así se lo dije a Poirot, pero él no quiso reconocer que hubiéramos perdido el tiempo.

—Progresamos —dijo—, progresamos. Cada vez que entramos en contacto con ese hombre, conocemos un poco mejor su mentalidad y sus métodos. Por el contrario, él no sabe nada de nosotros ni de nuestros planes.

—En eso, Poirot —protesté—, él y yo nos hallamos por lo que parece en la misma situación. Para mí, es como si usted no tuviera ningún plan y estuviera sentado, aguardando a que él haga algo.

Poirot sonrió.

—*Mon ami*, usted no cambia. Siempre es el mismo Hastings, despierto y dispuesto a saltar sobre sus gargantas. Quizá —añadió al oír que llamaban a la puerta— tenga ahora su oportunidad; quizá sea nuestro amigo el que entra.

Y se rió al ver mi decepción cuando los que entraron en la habitación fueron el inspector Japp y otro hombre.

—Buenas noches, *monsieur* —dijo el inspector—. Permítame que le presente al capitán Kent, del Servicio Secreto de los Estados Unidos.

El capitán Kent era un norteamericano alto y delgado, con una cara singularmente impasible que parecía haber sido tallada en madera.

—Encantado de conocerles, caballeros —murmuró mientras estrechaba nuestras manos con gran energía.

Poirot echó otro leño más al fuego, y acercó más sillones. Yo saqué unos vasos, el whisky y el agua de seltz. El capitán bebió un buen trago y manifestó su agradecimiento.

—Afortunadamente, en su país todavía no se ha aprobado ninguna ley seca —observó.

—Y ahora vamos al grano —dijo Japp—. *Monsieur* Poirot me ha hecho cierta petición. Estaba interesado por cierto asunto que llamaremos de «Los Cuatro Grandes», y me pidió que le informara si alguna vez oía mencionar ese término en el curso de mis

actividades oficiales. Aunque apenas intervine en el asunto, recordé su petición y cuando el capitán se presentó con una historia bastante curiosa me dije enseguida: «Vamos a pasarnos por casa de *monsieur* Poirot».

Poirot miró al capitán Kent, y el norteamericano dio principio a su relato.

—Quizá recuerde haber leído, señor Poirot, que cierto número de torpederos y destructores se hundieron por haberse estrellado contra las rocas en la costa estadounidense. Como quiera que esto ocurrió después del terremoto japonés, la explicación oficial señaló que el desastre había sido consecuencia de una marejada originada por dicho terremoto. Sin embargo, hace poco se realizó una redada de maleantes y pistoleros y con ellos fueron aprehendidos ciertos documentos que cambiaron completamente el cariz del asunto. Parecían referirse a una organización denominada los «Cuatro Grandes» y daban una descripción incompleta de una potente instalación de radio: una concentración de energía inalámbrica mucho más potente que cualquier cosa hasta ahora conocida, y capaz de concentrar un haz de gran intensidad sobre un punto determinado. Aunque las afirmaciones que sobre este invento se hacían parecían manifiestamente absurdas, las envié al cuartel general por si allí pudieran interesarles, y uno de nuestros doctos profesores se enfrascó en su estudio. Por lo que parece, un científico británico presentó hace poco en la Asociación Británica una comunicación sobre esta cuestión. Según dicen todos, sus colegas no le concedieron gran importancia y pensaron que todo ello era un poco inverosímil y fantástico; pero el científico siguió en sus trece y declaró que él mismo estaba a punto de obtener éxito en sus experimentos.

—*Eh bien*? —preguntó Poirot, con interés.

—Se sugirió que yo debería venir aquí y entrevistarme con ese caballero. Se trata de un hombre joven que se apellida Halliday. Por lo visto, es la principal autoridad en la materia, y yo tenía que obtener de él información encaminada a saber si la invención propuesta era viable a pesar de todo.

—¿Y lo era? —pregunté con impaciencia.

—Eso es precisamente lo que no sé. No he visto al señor

Halliday y, por lo que me dicen, no es probable que lo vea.

—La verdad es —dijo Japp bruscamente— que Halliday ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Se denunció su desaparición?

—Naturalmente. Su esposa vino a vernos en un estado de gran agitación. Hicimos cuanto pudimos, pero desde el principio sabía que no obtendríamos resultado alguno.

—¿Por qué no?

—Nada podemos hacer… cuando un hombre desaparece en esa dirección. —Y Japp guiñó un ojo.

—¿En qué dirección?

—En la de París.

—¿De modo que Halliday desapareció en París?

—Sí, fue allí con motivo de una investigación científica, o por lo menos eso dijo. Pero ya sabe usted lo que quiere decir que un hombre desaparezca allí. O es obra de delincuentes comunes, lo cual pone punto final a la cuestión, o bien es una desaparición voluntaria, y puedo asegurarles que eso es lo más probable. El alegre París y todo eso, ya saben ustedes. La vida hogareña les pone enfermos. Halliday y su esposa no estaban en buenos términos antes de que él emprendiera el viaje, todo lo cual hace que el caso resulte particularmente claro.

—Me extraña —dijo pensativamente Poirot.

El norteamericano le miraba con curiosidad.

—Dígame, señor —parecía como si arrastrara las palabras—, ¿qué es eso de los Cuatro Grandes?

—Los Cuatro Grandes —respondió Poirot— constituyen una organización internacional dirigida por un chino, al que se le denomina el Número Uno. El Número Dos es un norteamericano. El Número Tres es una francesa. El Número Cuatro, «el destructor», es un inglés.

—¿Conque una francesa, eh? —el americano dio un silbido—. Y Halliday desapareció en Francia. Quizá tenga alguna relación. ¿Cómo se llama ella?

—Lo ignoro. No sé nada sobre ella.

—Pero es una buena idea, ¿no? —sugirió el otro.

Poirot asintió mientras ponía en fila los vasos de la bandeja. Su pasión por el orden parecía más fuerte que nunca.

—¿Qué pretendieron al hundir esos barcos? ¿Son los Cuatro Grandes un truco publicitario alemán?

—Los Cuatro Grandes no actúan por cuenta ajena, *monsieur le capitaine*. Su objetivo es dominar el mundo.

El norteamericano se echó a reír, pero se interrumpió al ver la seriedad del rostro de Poirot.

—Usted se ríe, *monsieur* —dijo Poirot, moviendo negativamente un dedo ante él—. No reflexiona… No utiliza las células grises del cerebro. ¿Quiénes son estos hombres que envían una parte de su armada a la destrucción simplemente como una prueba de su poder? No fue otra cosa, *monsieur*, que un ensayo de esa nueva fuerza de atracción magnética que ellos poseen.

—Continúe, *monsieur* —dijo Japp con buen humor—. He leído trabajos sobre supercriminales en más de una ocasión, pero nunca me he tropezado con ellos. Bueno, ya ha oído usted el relato del capitán Kent. ¿Puedo serle útil en algo más?

—Sí, mi buen amigo. Puede darme las señas de la señora Halliday… y también una tarjeta de presentación, si es tan amable.

Así es que al día siguiente salimos con destino a Chetwynd Lodge, cerca del pueblo de Chobham, en el condado de Surrey.

La señora Halliday nos recibió enseguida. Era una mujer alta y rubia, de ademanes nerviosos e impacientes. La acompañaba una bonita niña de unos cinco años.

Poirot explicó el propósito de su visita.

—¡Oh!, *monsieur* Poirot, no sabe lo que me alegro y lo que le agradezco que haya venido. Ya he oído hablar de usted, por supuesto. Usted no será como esos hombres de Scotland Yard, que no escuchan ni tratan de comprender. Y la policía francesa es igual de mala o quizá peor, creo yo. Todos están convencidos de que mi marido se fue con otra mujer. ¡Pero no fue así! Él estaba entregado por entero a su trabajo. La mitad de nuestras riñas fueron por esa causa. Se interesaba más por sus investigaciones que por mí.

—Los ingleses son así —dijo Poirot suavemente—. Y si no es el trabajo, son los juegos, el deporte. Ellos se toman todas esas cosas

au grand sérieux. Ahora, *madame*, cuénteme exactamente, con todo detalle y lo más metódicamente que le sea posible, las circunstancias exactas de la desaparición de su marido.

—Mi marido se fue a París el jueves 20 de julio. Tenía que visitar a algunas personas relacionadas con su trabajo, entre ellas a *madame* Olivier.

Poirot hizo un gesto de asentimiento al oír el nombre de la famosa química francesa que había eclipsado incluso a *madame* Curie por la brillantez de sus descubrimientos. Había sido condecorada por el gobierno francés y era una de las personalidades más destacadas del momento.

—Mi marido llegó allí al anochecer y se fue enseguida al hotel Castiglione, que está en la calle del mismo nombre. A la mañana siguiente tuvo una entrevista con el profesor Bourgoneau, con el que estaba citado. Su comportamiento fue normal y agradable. Los dos hombres tuvieron una conversación muy interesante y se acordó que él presenciara algunos experimentos en el laboratorio del profesor al día siguiente. Almorzó solo en el café Royal, se fue a dar un paseo por el Bois, y luego visitó a *madame* Olivier en la casa que ésta tiene en Passy. También allí su comportamiento fue completamente normal. Se marchó alrededor de las seis. Probablemente cenó a solas en algún restaurante, aunque esto lo ignoramos. Volvió al hotel alrededor de las siete y se fue directamente a su habitación, tras preguntar si habían llegado cartas para él. A la mañana siguiente salió del hotel y ya no se le volvió a ver.

—¿En qué momento abandonó el hotel? ¿A la hora en que normalmente lo haría para acudir a la cita en el laboratorio del profesor Bourgoneau?

—No se sabe. Nadie le vio salir del hotel. Pero sabemos que no le sirvieron el *petit déjeuner*, lo que parece indicar que salió temprano.

—¿No pudo salir de nuevo durante la noche?

—No lo creo. Su cama estaba deshecha y si hubiera salido a esa hora el portero de noche lo hubiera recordado.

—Es una observación muy acertada, *madame*. Podemos considerar, pues, que él abandonó el hotel a la mañana siguiente

muy temprano y que esto es tranquilizador desde un punto de vista. No es probable que fuera víctima de la agresión de un delincuente a esa hora. Ahora bien, ¿dejó todo su equipaje en el hotel?

La señora Halliday pareció titubear antes de contestar, pero por fin dijo:

—No… debía llevar con él una maleta pequeña.

—Hum —dijo Poirot pensativo—, me pregunto a dónde iría aquella noche. Si lo supiéramos, tendríamos mucho camino adelantado. ¿Con quién se entrevistó?… Ahí está el misterio. *Madame*, personalmente no estoy muy de acuerdo con el punto de vista de la policía. Ellos dicen siempre «*Cherchez la femme*». Sin embargo, es evidente que algo ocurrió aquella noche para que su marido alterase sus planes. Dice usted que preguntó si había cartas para él al volver al hotel. ¿Sabe si recibió alguna?

—Solamente una y debió ser la que yo le había escrito el día en que salió de Inglaterra.

Poirot permaneció sumido en sus pensamientos durante todo un minuto y luego se puso en pie bruscamente.

—Bien, *madame*, la solución del misterio está en París. Me voy allí ahora mismo.

—Ya hace mucho tiempo que desapareció mi marido, *monsieur*.

—Ya, ya. Pero es en París en donde debemos buscarle.

Dio la vuelta para abandonar la habitación; sin embargo, con la mano en el pomo de la puerta, se detuvo.

—Dígame, *madame*, ¿recuerda si su marido habló alguna vez de «los Cuatro Grandes»?

—Los Cuatro Grandes —repitió ella pensativamente—. No, creo que no.

Capítulo VI

LA MUJER DE LA ESCALERA

Ésta fue toda la información que pudimos obtener de la señora Halliday. Volvimos rápidamente a Londres y al día siguiente salimos hacia el continente. Con una sonrisa algo triste, Poirot observó:

—Estos Cuatro Grandes están haciendo que me mueva, *mon ami*. Corro arriba y abajo, por todo el terreno, como nuestro viejo amigo «el sabueso humano».

—Quizá lo encuentre en París —dije, sabiendo que se refería a un tal Giraud, uno de los detectives de más confianza de la Sûreté, a quien Poirot había conocido en una ocasión anterior.

Poirot hizo una mueca.

—Espero que no. No me tiene demasiado afecto.

—¿No será una tarea muy difícil? —pregunté—. Averiguar lo que hizo por la noche un inglés desconocido hace tres meses.

—Muy difícil, *mon ami*. Pero, como sabe muy bien, las dificultades alegran el corazón de Hércules Poirot.

—¿Cree que los Cuatro Grandes lo secuestraron?

Poirot asintió.

Nuestras indagaciones tuvieron que atravesar forzosamente viejos terrenos, y no conseguimos añadir gran cosa a lo que ya nos había dicho la señora Halliday. Poirot mantuvo una larga entrevista con el profesor Bourgoneau. En ella trató de aclarar si Halliday había mencionado algún plan para la noche. A decir verdad no tuvimos éxito alguno.

Nuestra siguiente fuente de información fue la famosa *madame* Olivier. Sentí gran emoción al subir los escalones de su chalet de Passy. Siempre me ha parecido extraordinario que una mujer haya

llegado tan lejos en el mundo de la ciencia, porque siempre he pensado que para desempeñar tareas de esa naturaleza se necesita un cerebro puramente masculino.

La puerta la abrió un muchacho de unos 17 años, que me recordaba vagamente a un monaguillo por lo aparatoso de sus ademanes. Poirot se había tomado la molestia de concertar nuestra entrevista de antemano; sabía que *madame* Olivier nunca recibía a nadie sin cita previa, por hallarse inmersa en su labor de investigación la mayor parte del día.

Se nos hizo pasar a un pequeño salón, y poco después hizo acto de presencia la dueña de la casa. *Madame* Olivier era una mujer de gran estatura, acentuada por la larga bata blanca que usaba y por un gorro de tela a modo de toca de monja con el que se cubría la cabeza. Tenía una cara larga y pálida y unos maravillosos ojos negros que reflejaban el ardor de un entusiasmo casi fanático. Más que una mujer de nuestro tiempo parecía una antigua sacerdotisa. Tenía una mejilla desfigurada por una cicatriz, lo que me hizo recordar que su marido y colaborador había muerto tres años antes de resultas de una explosión en el laboratorio; ella había sufrido terribles quemaduras. Desde entonces se había apartado del mundo y se hallaba entregada con terrible energía a la labor de investigación científica. Nos recibió con fría cortesía.

—La policía me ha entrevistado muchas veces, señores. Me parece muy poco probable que pueda serles de alguna utilidad, ya que no pude ayudarles a ellos.

—*Madame*, es posible que no le haga las mismas preguntas. En primer lugar, me gustaría saber de qué hablaron usted y el señor Halliday.

El deseo de Poirot pareció sorprenderle un poco.

—De qué habíamos de hablar sino de su trabajo. Del suyo y, por supuesto, del mío.

—¿Le mencionó él las teorías que había explicado recientemente en la comunicación que leyó ante la Asociación Británica?

—Claro que sí. Fue principalmente de eso de lo que hablamos.

—Sus ideas eran algo fantásticas, ¿no es así? —preguntó Poirot con tono indiferente.

—Algunas personas lo han creído así. Yo disiento de ese parecer.

—¿Las considera viables?

—Perfectamente viables. Mi propia línea de investigación ha sido algo similar, aunque su finalidad sea distinta. He estado investigando los rayos gamma emitidos por la sustancia usualmente denominada radio C, un producto de la emanación de radio. En mis investigaciones me he encontrado con algunos fenómenos magnéticos muy interesantes. Tengo, claro está, una teoría sobre la verdadera naturaleza de la fuerza que denominamos magnetismo, pero todavía no ha llegado la hora de dar a conocer mis descubrimientos. Los experimentos del señor Halliday y sus puntos de vista fueron extremadamente interesantes para mí.

Poirot asintió. Luego hizo una pregunta que me sorprendió.

—*Madame*, ¿en dónde conversaron sobre esos temas? ¿Fue aquí mismo?

—No, *monsieur*. En el laboratorio.

—¿Puedo verlo?

—Desde luego.

Nos condujo hacia la puerta por la que había entrado. Daba a un pequeño pasillo. Atravesamos dos puertas más y nos encontramos en un gran laboratorio, con una colección impresionante de vasos de precipitación y crisoles así como un centenar de aparatos cuyos nombres sería incapaz de señalar. Allí se encontraban dos personas, ambas muy enfrascadas en un experimento. *Madame* Olivier hizo las presentaciones.

—*Mademoiselle* Claude, una de mis ayudantes.

Una joven alta y de rostro serio nos saludó con una inclinación de la cabeza.

—*Monsieur* Henri, un viejo y leal amigo.

El viejo amigo era un joven bajo y moreno, que se inclinó con cierta brusquedad.

Poirot miró a su alrededor. Además de la puerta por la que acabábamos de entrar había otras dos. Una, explicó *madame*, conducía al jardín, y la otra a una habitación menor dedicada también a la investigación. Poirot tomó nota de todo esto y señaló que ya podíamos volver al salón.

—*Madame*, durante la entrevista con el señor Halliday, ¿estuvieron ustedes solos?

—Sí, *monsieur*. Mis dos ayudantes se hallaban en la habitación contigua, más pequeña.

—¿Pudieron ellos, o cualquier otra persona, oír su conversación?

Madame reflexionó y luego negó con la cabeza.

—No lo creo. Estoy casi segura de que no pudieron oírnos. Todas las puertas estaban cerradas.

—¿Podría haberse ocultado alguien en la habitación?

—Hay un gran armario en el rincón, pero sería absurdo…

—*Pas tout à fait, madame*. Una cosa más: ¿le dijo el señor Halliday qué planes tenía para aquella noche?

—No se refirió para nada a ello, *monsieur*.

—Muchas gracias, *madame*, y perdone las molestias que le haya podido ocasionar. No se moleste; no es necesario que nos acompañe.

Salimos al vestíbulo. En aquel momento entraba una señora por la puerta principal. Subió la escalera con rapidez y me causó impresión el luto riguroso que denota a una viuda francesa.

—Un tipo de mujer poco corriente —observó Poirot cuando salíamos.

—¿*Madame* Olivier? Sí, ella…

—*Mais non*, no me refiero a *madame* Olivier. *Cela va sans dire*! No hay muchos genios de su clase. No, me refería a la otra señora, la que vimos en la escalera.

—No le pude ver la cara —señalé, mirándole fijamente—. Y no comprendo cómo pudo usted vérsela. Ni siquiera nos miró.

—Por eso es por lo que digo que era un tipo poco corriente —dijo Poirot con calma—. Una mujer que entra en su casa (supongo que es su casa, ya que entra con llave) y corre escaleras arriba sin mirar siquiera a dos visitantes extraños que se hallan en el vestíbulo es un tipo de mujer *muy* poco corriente. En realidad, es completamente anormal. *Mille tonnerres*! ¿Qué es esto?

Tiró de mí hacia atrás en el momento justo. Un árbol cayó derribado sobre la acera, no alcanzándonos por muy poco. Pálido y preocupado, Poirot se quedó mirando fijamente la escena.

—¡Nos hemos librado de milagro! Pero fue una torpeza: yo no sospechaba nada. Aunque realmente era difícil sospechar. Sí, pero si no llega a ser por mis rápidos ojos, los ojos de un gato, Hércules

Poirot estaría ahora aplastado, lo que hubiera sido una terrible calamidad para nosotros. Y también usted, *mon ami*, aunque eso no hubiera sido una catástrofe nacional.

—Gracias —dije fríamente—. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿Hacer? —exclamó Poirot—. Vamos a pensar. Sí, aquí y ahora vamos a poner en ejercicio nuestras pequeñas células grises. Este *monsieur* Halliday, vamos a ver, ¿estuvo realmente en París? Sí, ya que el profesor Bourgoneau, que le conoce, le vio y habló con él.

—¿Qué diablos insinúa? —exclamé.

—Eso fue el viernes por la mañana. Se le vio por última vez a las once de la noche del viernes; ¿pero se le vio de verdad entonces?

—El portero…

—Un portero que no había visto antes a Halliday. Entra un hombre, bastante parecido a Halliday: para eso hemos de confiar en el Número Cuatro. Pide sus cartas, sube la escalera, hace la maleta y sale del hotel a la mañana siguiente sin llamar la atención. Aquella noche nadie vio a Halliday. Y nadie le vio porque ya estaba en manos de sus enemigos. ¿Fue a Halliday a quien recibió *madame* Olivier? Sí, pues aunque no lo conocía en persona, un impostor no hubiera podido engañarla hablando de su especialidad. Llegó aquí, se entrevistó con ella y se marchó. ¿Qué sucedió a continuación?

Tomándome por el brazo, Poirot me hizo regresar casi a rastras al chalet.

—Vamos a ver, *mon ami*. Imagine que hoy es el día siguiente a la desaparición y que nos hallamos tras unas huellas de pisadas. A usted le gustan las huellas, ¿no es así? Van por aquí, son las de un hombre, las del señor Halliday… Tuerce a la derecha, como nosotros hicimos, anda deprisa. ¡Ah!, otros pasos le siguen, son pasos muy rápidos, los de una mujer. Vea, ella le alcanza; es una mujer delgada y joven, que usa velo de viuda «Perdone, *monsieur, madame* Olivier desea que vuelva». Él se detiene y se vuelve. Ahora bien, ¿a dónde le lleva la joven? Ella no desea ser vista con él. Es una coincidencia que le haya dado alcance precisamente en donde se abre un estrecho pasadizo que divide dos jardines. Ella le conduce por el pasadizo. «Por aquí llegaremos antes, *monsieur*». A la derecha está el jardín del chalet de *madame* Olivier; a la izquierda, el jardín de otro chalet. Y de ese jardín, fíjese bien, ha caído el árbol

que casi nos aplasta. Las puertas de los dos jardines dan al pasadizo. Aquí es en donde le tienden a Halliday la emboscada. Aparecen unos hombres, lo reducen y lo trasladan al chalet de al lado.

—¡Válgame Dios!, Poirot —exclamé—, ¿pretende estar viendo todo eso?

—Lo veo con los ojos de la mente, *mon ami*. Así, y solamente así, pudo suceder. Vamos, volvamos a la casa.

—¿Quiere ver a *madame* Olivier de nuevo?

Poirot sonrió de un modo curioso.

—No, Hastings, quiero verle la cara a la señora con la que nos hemos cruzado en la escalera.

—¿Quién cree que es, una familiar de *madame* Olivier?

—Probablemente es una secretaria, una secretaria contratada no hace mucho.

El amable monaguillo nos abrió de nuevo la puerta.

—¿Te importa decirme —dijo Poirot— cómo se llama la señora, la señora viuda, que llegó hace un momento?

—¿*Madame* Veroneau? ¿La secretaria de *madame*?

—Eso es. Haz el favor de decirle que queremos hablar con ella un momento.

El muchacho se fue y al poco tiempo reapareció.

—Lo siento, pero *madame* Veroneau debe de haber salido otra vez.

—Creo que no —dijo Poirot con calma—. Dile que me llamo Hércules Poirot y que es importante que la vea enseguida antes de ir a la jefatura de policía.

De nuevo se fue nuestro mensajero. Esta vez la señora bajó. Entró en el salón y la seguimos. Se volvió y levantó su velo. Con gran asombro por mi parte reconocí a nuestra antigua antagonista, una aristócrata rusa, la condesa Rossakoff, que había planeado con gran inteligencia un robo de joyas en Londres.

—En cuanto le vi en el vestíbulo, me temí lo peor —observó lastimeramente.

—Mi querida condesa Rossakoff…

Ella hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—Ahora Inez Veroneau —murmuró—. Española, casada con un francés. ¿Qué quiere de mí, *monsieur* Poirot? Es usted un hombre

terrible. Me ha seguido desde Londres. Ahora, supongo, le contará a nuestra maravillosa *madame* Olivier quién soy yo y continuará con su persecución. Nosotros los pobres exiliados rusos hemos de ganarnos la vida, ya sabe.

—Se trata de algo más serio que eso, *madame* —dijo Poirot, observándola—. Me propongo entrar en el chalet de al lado y liberar a *monsieur* Halliday, si todavía está con vida. Lo sé todo, ya ve.

Ella se puso pálida de pronto y se mordió los labios. Sin embargo, habló con su acostumbrada firmeza.

—Todavía está vivo, pero no en el chalet. Vamos, *monsieur*, quiero hacer un trato con usted. La libertad para mí… y para usted el señor Halliday sano y salvo.

—Acepto —dijo Poirot—. Iba a proponerle el mismo trato. A propósito, ¿son los Cuatro Grandes sus patronos, *madame*?

La condesa volvió a palidecer, pero dejó sin respuesta la pregunta. En su lugar, preguntó si se le permitía telefonear, y cruzando hasta donde se hallaba el teléfono marcó un número.

—Es el número del chalet —explicó— en el que está ahora preso nuestro amigo. Puede dárselo a la policía, porque el nido estará vacío cuando lleguen. ¡Ah!, ya contestan. ¿Eres tú, André? Soy yo, Inez. El detective belga lo sabe todo. Manda a Halliday al hotel y vete.

Colgó el auricular y volvió hacia nosotros, sonriendo.

—¿Tendrá la bondad de acompañarnos al hotel, *madame*?

—Naturalmente. Esperaba que me lo pidiera.

Conseguí un taxi y los tres nos fuimos juntos. Por la cara que tenía Poirot, pude percibir que se hallaba perplejo. Todo resultaba demasiado fácil. Llegamos al hotel, y el portero se dirigió a nosotros.

—Ha llegado un caballero y está en sus habitaciones. Parece muy enfermo. Vino una enfermera con él pero ella se marchó enseguida.

—Perfectamente —dijo Poirot—, es un amigo mío.

Subimos juntos la escalera. Sentado en una silla al lado de la ventana estaba un individuo joven con cara demacrada que parecía hallarse en un estado de agotamiento extremo. Poirot se dirigió a él.

—¿Es usted John Halliday? —el joven asintió—. Enséñeme su brazo izquierdo. John Halliday tiene un lunar justamente debajo del codo izquierdo.

El hombre extendió su brazo. Allí estaba el lunar. Poirot se inclinó ante la condesa. Ésta se volvió y abandonó la habitación.

Una copa de coñac reanimó algo a Halliday.

—¡Dios mío! —murmuró—. He estado en el infierno… Esos hombres son como diablos. ¿Dónde está mi mujer? ¡Qué habrá pensado! Me dijeron que pensaría que… pensaría…

—No lo piensa —terció Poirot con firmeza—. Nunca perdió la fe en usted. Le esperan… ella y la niña.

—Loado sea Dios. Me parece imposible estar libre de nuevo.

—Ahora que ya se ha recuperado un poco, *monsieur*, me gustaría que nos contara desde el principio todo lo que le ha ocurrido.

Halliday le miró con una vaga expresión.

—No recuerdo nada —dijo.

—¿Cómo?

—¿Ha oído hablar de los Cuatro Grandes?

—Sé algo de ellos —dijo Poirot secamente.

—Usted no sabe lo que yo sé. Su poder es ilimitado. Si mantengo la boca cerrada, estaré a salvo; si digo una sola palabra, no sólo yo sino también mis seres más cercanos y queridos sufrirán de un modo espantoso. Es inútil discutir conmigo. Lo único *que yo sé*… es que no recuerdo nada.

Y poniéndose en pie salió de la habitación.

La cara de Poirot reflejaba su frustración.

—¿De modo que así están las cosas? —murmuró—. Los Cuatro Grandes han ganado de nuevo. ¿Qué es lo que tiene en la mano, Hastings?

Se lo entregué.

—La condesa escribió algo en este papel antes de marcharse —expliqué.

Lo leyó.

—*Au revoir. I.V.*

Firmada con sus iniciales: I.V. Quizá no sea nada más que una coincidencia, pero, en números romanos representan un *cuatro*. Es extraño, Hastings, muy extraño.

Capítulo VII

LOS LADRONES DE RADIO

La noche de su liberación, Halliday durmió en el hotel en la habitación contigua a la nuestra; oímos cómo gemía y protestaba constantemente durante su sueño. Sin ningún género de dudas, su experiencia en el chalet le había destrozado los nervios. Por la mañana no conseguimos obtener de él ni la menor información. Sólo repetía su declaración sobre el poder ilimitado que tenían a su disposición los Cuatro Grandes acompañándola con alusiones a su certeza de que si hablaba ellos se vengarían.

Después de comer se marchó para reunirse con su esposa en Inglaterra. Poirot y yo permanecimos en París. Yo era partidario de emplear procedimientos enérgicos, del tipo que fueran, y la pasividad de Poirot me disgustaba.

—¡Por Dios!, Poirot —le insté—, hay que pasar al ataque.

—¡Admirable, *mon ami*, admirable! Ir ¿a dónde?, y atacar ¿a quién? Sea más preciso, se lo ruego.

—A los Cuatro Grandes, por supuesto.

—*Cela va sans dire*. ¿Y cómo empezaría usted?

—Acudiendo a la policía —aventuré titubeando.

Poirot sonrió.

—Nos acusarían de embusteros. No tenemos nada en qué basarnos. Hemos de esperar.

—¿Esperar a qué?

—Esperar a que ellos se muevan. Mire, en Inglaterra todos ustedes comprenden y adoran el boxeo. Si uno de los púgiles no hace un movimiento, el otro debe hacerlo; al permitir que el adversario ataque uno sabe algo de él. Ése es ahora nuestro papel:

dejar que el adversario ataque.

—¿Cree usted que lo harán? —pregunté con cierta vacilación.

—No me cabe ninguna duda de ello. Empezaron por tratar de alejarme de Inglaterra. Eso falló. Luego, en el asunto de Dartmoor, intervinimos y salvamos a su víctima del patíbulo. Y ayer, una vez más, obstaculizamos sus planes. Que no le quepa duda de que no van a dejar las cosas así.

Cuando reflexionaba sobre lo que acababa de decir Poirot, llamaron a la puerta. Sin esperar respuesta, un hombre entró en la habitación y cerró la puerta. Era un individuo alto y delgado, con la nariz ligeramente ganchuda y el cutis amarillento. Llevaba un abrigo abrochado hasta la barbilla y un sombrero de fieltro echado hacia los ojos.

—Perdónenme, caballeros, por mi entrada tan poco ceremoniosa —dijo en voz baja—, pero lo que me trae aquí es algo bastante especial.

Sonriendo, avanzó hasta la mesa y se sentó junto a ella. Yo estaba a punto de saltar, pero Poirot me contuvo con un gesto.

—Como usted dice, *monsieur*, su entrada no ha sido muy ceremoniosa. ¿Quiere hacer el favor de decirnos a qué ha venido?

—Mi querido *monsieur* Poirot, es muy sencillo. Usted ha estado molestando a mis amigos.

—¿De qué modo?

—Vamos, vamos, *monsieur* Poirot. ¿No me hará esa pregunta en serio? Lo sabe tan bien como yo.

—Depende, *monsieur*, de quiénes sean esos amigos suyos.

Sin decir una palabra, el hombre sacó de su bolsillo una pitillera y abriéndola tomó cuatro cigarrillos y los arrojó sobre la mesa. Luego los puso de nuevo en la pitillera y guardó ésta en su bolsillo.

—¡Vaya! —dijo Poirot—, ¿así es que se trata de eso? ¿Y qué es lo que sugieren sus amigos?

—Sugieren, *monsieur*, que emplee usted su talento, su considerable talento, en el descubrimiento de verdaderos crímenes, que vuelva a sus antiguas ocupaciones y resuelva los problemas de las señoras de la alta sociedad londinense.

—Un programa muy tranquilo —dijo Poirot—. ¿Y suponiendo que no esté de acuerdo?

El hombre hizo un gesto elocuente.

—Lo sentiríamos mucho, por supuesto —respondió—. Lo mismo que todos los amigos y admiradores del gran *monsieur* Hércules Poirot. Pero las condolencias, por conmovedoras que sean, no devuelven un hombre a la vida.

—Expuesto con gran delicadeza —dijo Poirot asintiendo con la cabeza—. ¿Y suponiendo que yo aceptase?

—En ese caso estoy facultado para ofrecerle una recompensa.

Sacó un billetero y lanzó diez billetes sobre la mesa. Eran billetes de diez mil francos.

—Esto es simplemente una muestra de buena fe —aclaró—. Se le pagará diez veces esta cantidad.

Lancé una imprecación mientras me ponía en pie de un salto y dije:

—¡Cómo se atreve a pensar…!

—Siéntese, Hastings —ordenó Poirot autoritariamente—. Domine sus clásicos y honrados impulsos y siéntese. En cuanto a usted, *monsieur*, le diré esto. ¿Qué me impide llamar a la policía para que le detenga, mientras mi amigo evita que se escape?

—No deje de hacerlo, si lo cree conveniente —dijo con calma nuestro visitante.

—¡Oiga, Poirot! —exclamé—. No soporto esta situación. Llame a la policía y acabemos con esto.

Me levanté rápidamente, fui hacia la puerta y me quedé con la espalda contra ella.

—Es evidente que eso es lo que parece más procedente —murmuró Poirot, como si debatiera la cuestión consigo mismo.

—¿Pero no se fía usted de lo que parece más procedente, eh? —agregó nuestro visitante, sonriendo.

—Adelante, Poirot —le insté.

—La responsabilidad será suya, *mon ami*.

Cuando él levantó el auricular, el hombre saltó hacia mí como un gato. Yo estaba preparado para el ataque. Enseguida trabamos nuestros brazos dando tumbos por la habitación. De pronto noté que él resbalaba y vacilaba. Aproveché mi ventaja y le hice caer. Luego, cuando ya me creía victorioso, sucedió algo extraordinario. Me sentí lanzado hacia adelante. Mi cabeza se estrelló contra la

pared y quedé hecho un ovillo. Al punto me levanté, pero ya se había cerrado la puerta tras mi adversario. Me precipité hacia ella y la sacudí, pero estaba cerrada por fuera. Le quité el teléfono a Poirot.

—¿Recepción? Detengan a un hombre que sale en este momento. Es un hombre alto con el abrigo abrochado y un sombrero de fieltro. Lo busca la policía.

Al cabo de unos momentos oímos un ruido fuera, en el pasillo. Alguien hizo girar una llave en la cerradura y la puerta se abrió. El gerente del hotel en persona se hallaba en el umbral.

—El hombre… ¿lo han detenido? —exclamé.

—No, *monsieur*. No ha bajado nadie.

—Deben haberse cruzado con él.

—No nos hemos cruzado con nadie, *monsieur*. Es imposible que pueda haber escapado.

—Tiene usted que haberse cruzado con alguien, creo yo —dijo Poirot con su voz suave—. ¿Quizá con uno de los empleados del hotel?

—Sólo con un camarero que llevaba una bandeja, *monsieur*.

—¡Ah! —dijo Poirot, en un tono que quería decir muchas cosas.

Cuando por fin nos libramos de los nerviosos empleados del hotel, Poirot murmuró:

—De modo que ése fue el motivo de que llevara el abrigo abotonado hasta la barbilla.

—No sabe cuánto lo siento, Poirot —murmuré bastante alicaído —. Pensé que podría sujetarle.

—Sí, me imagino que le hizo una llave japonesa. No se aflija, *mon ami*. Todo salió de acuerdo con un plan: su plan. Eso es lo que yo quería.

—¿Qué es esto? —exclamé precipitándome sobre un objeto de color pardo que se hallaba en el suelo.

Era una delgada cartera de cuero, que evidentemente se le había caído del bolsillo a nuestro visitante durante la lucha. Había en ella dos facturas pagadas por el señor Félix Laon y un trozo de papel doblado que hizo que mi corazón latiese aún más deprisa. Era media hoja de un bloc de notas en la que estaban escritas a lápiz unas cuantas palabras; pero esas palabras eran de suma

importancia.

«La próxima reunión del consejo se celebrará el viernes en la calle de Echelles número 34, a las once de la mañana».

Y estaba firmada con un cuatro de gran tamaño.

Estábamos a viernes, y el reloj de la repisa señalaba las diez y media.

—¡Dios mío, qué gran oportunidad! —exclamé—. ¡Qué suerte hemos tenido! Pero debemos ponernos en marcha enseguida.

—Así que ése fue el motivo de su venida —murmuró Poirot—. Ahora lo comprendo todo.

—¿Qué es lo que comprende? Vamos, Poirot, no se quede ahí soñando despierto.

Poirot me miró y movió lentamente la cabeza sonriendo mientras lo hacía.

—«¿Quieres entrar en mi salita?, le dijo la araña a la mosca». Así dice el cuento infantil inglés, ¿verdad? No, no, ellos son muy sutiles, pero no tanto como Hércules Poirot.

—¿Qué diablos insinúa, Poirot?

—Amigo mío, me he estado preguntando la razón de la visita de esta mañana. ¿Esperaba realmente nuestro visitante que aceptase su soborno o, por el contrario, quería asustarme para que abandonase mi tarea? Me parecía increíble. ¿Por qué vino entonces? Es ahora cuando comprendo todo el plan. Un plan muy ingenioso y muy bonito; la razón ostensible de sobornarme o asustarme; la imprescindible lucha que él no se molestó en evitar y que haría natural y razonable que se le cayera la cartera de cuero. Y, por último, ¡la trampa!: ¿calle de Echelles, a las once de la mañana? Creo que no, *mon ami*. Hércules Poirot no cae tan fácilmente en la trampa.

—¡Cielo santo! —dije entrecortadamente.

Poirot fruncía el entrecejo, como cuando no estaba satisfecho de sí mismo.

—Hay todavía una cosa que no entiendo.

—¿Cuál es?

—El momento elegido, Hastings. ¿No hubiera sido mejor

atraerme de noche? ¿Por qué a esta hora tan temprana? ¿Es posible que algo esté a punto de ocurrir esta mañana? ¿Algo con respecto a lo cual están particularmente interesados de que Hércules Poirot se mantenga alejado?

Movió negativamente la cabeza.

—Ya lo veremos. Me voy a quedar aquí, *mon ami*. Esta mañana no pienso moverme. Aguardaré aquí a que se produzcan los acontecimientos.

El requerimiento llegó exactamente a las once y media y en forma de telegrama. Poirot lo abrió y luego me lo dio. Era de *madame* Olivier, la famosa investigadora a quien habíamos visitado el día anterior en relación con el caso de Halliday. Nos pedía que fuéramos a Passy enseguida.

Obedecimos el requerimiento sin demorarnos un instante. *Madame* Olivier nos recibió en el mismo saloncito. De nuevo me sorprendió el maravilloso poder de esta mujer, con su larga cara de monja y sus ojos fulgurantes, la brillante sucesora de Becquerel y de los Curie. Fue al grano directamente.

—Señores, ustedes me entrevistaron ayer acerca de la desaparición del señor Halliday. He sabido ahora que ustedes volvieron a mi casa una segunda vez y manifestaron su deseo de ver a mi secretaria, Inez Veroneau. Ella abandonó la casa con ustedes y desde entonces no ha vuelto.

—¿Eso es todo, madame?

—No, *monsieur*; no lo es. Anoche entró alguien en el laboratorio y fueron sustraídos varios documentos valiosos. Los ladrones intentaron llevarse algo más precioso todavía, pero afortunadamente no consiguieron abrir la caja fuerte.

—*Madame*, permítame que le ponga en antecedentes. Su última secretaria, *madame* Veroneau, era en realidad la condesa Rossakoff, una experta ladrona, y fue ella la responsable de la desaparición del señor Halliday. ¿Cuánto tiempo llevaba con usted?

—Cinco meses, *monsieur*. Lo que dice me asombra.

—Sin embargo, es verdad. Esos documentos, ¿eran fáciles de encontrar? ¿No cree que los ladrones fueron informados del lugar en que se hallaban por alguna persona de la casa?

—Es bastante curioso que los ladrones supieran exactamente

dónde tenían que buscar. ¿Cree que Inez…?

—Sí, no me cabe duda de que los ladrones actuaron basándose en la información que ella les facilitó. Pero, si no es indiscreción, ¿qué es lo que los ladrones no consiguieron encontrar? ¿Joyas?

Madame Olivier movió negativamente la cabeza sonriendo ligeramente.

—Algo mucho más precioso que eso —ella miró a su alrededor, luego se inclinó y bajando la voz, dijo—: radio, *monsieur*.

—¿Radio?

—Sí, *monsieur*. Estoy ahora en el punto más crítico de mis experimentos. Poseo personalmente una pequeña porción de radio y he conseguido más para el proceso en el que estoy trabajando. Aunque la cantidad real es pequeña, supone una gran parte de las existencias mundiales y representa un valor de millones de francos.

—¿Y dónde está?

—En una caja de plomo dentro de la caja fuerte. Ésta se construyó a propósito para que pareciera un modelo antiguo y estropeado, pero en realidad es un triunfo de la técnica de construcción de cajas de caudales. Probablemente ésa es la razón por la que los ladrones no consiguieron abrirla.

—¿Por cuánto tiempo ha de conservar ese radio en su poder?

—Solamente durante dos días más, *monsieur*. Para entonces habrán terminado mis experimentos.

Los ojos de Poirot brillaron.

—¿Y está enterada de ello Inez Veroneau? Porque entonces nuestros amigos volverán. No diga a nadie ni una palabra de mí, *madame*. Pero tenga la seguridad de que evitaré que le roben el radio. ¿Tiene usted una llave de la puerta que comunica el laboratorio con el jardín?

—Sí, *monsieur*. Aquí está, tengo un duplicado para mí. Y ésta es la llave de la puerta del jardín por la que se sale al pasadizo que hay entre este chalet y el siguiente.

—Gracias, *madame*. Esta noche acuéstese como de costumbre. No tema nada y confíe en mí. Pero no diga nada a nadie, ni siquiera a sus ayudantes… ¿*mademoiselle* Claude y *monsieur* Henri, no es así? Sobre todo ni una palabra a ellos.

Poirot salió del chalet frotándose las manos de satisfacción.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté.

—Ahora, Hastings, nos disponemos a salir de París en dirección a Inglaterra.

—¿Cómo?

—Haremos nuestras maletas, comeremos y nos dirigiremos a la Estación del Norte.

—Pero… ¿y el radio?

—He dicho que nos disponemos a salir hacia Inglaterra, no que vayamos a llegar allí. Reflexione un momento, Hastings. Con toda seguridad nos vigilan y siguen. Nuestros enemigos deben creer que regresamos a Inglaterra y, por supuesto, no lo creerán a menos que nos vean subir al tren y partir.

—¿Quiere decir que nos escabulliremos en el último minuto?

—No, Hastings. Nuestros enemigos no quedarán satisfechos si no salimos de *bona fide*.

—¡Pero el tren no para hasta Calais!

—Parará si pagamos para que lo haga.

—¡Vamos, Poirot! No pensará usted en pagar para que le detengan el expreso. Se negarían.

—Mi querido amigo, ¿no se ha fijado nunca en la manivela de la señal de alarma? Tengo entendido que la multa por su uso indebido es de 100 francos.

—¿Va usted a tirar de ella?

—Lo hará más bien un amigo mío, Pierre Combeau. Entonces, mientras él discuta con el revisor y dé todo un espectáculo, cuando todos los pasajeros estén ansiosos por saber lo que ocurre, usted y yo desapareceremos tranquilamente.

Llevamos a cabo el plan de Poirot tal como estaba previsto. Pierre Combeau, un antiguo e íntimo conocido de Poirot, y que evidentemente conocía a la perfección los métodos de mi amigo, dio su conformidad al plan. Hizo sonar la señal de alarma justamente cuando llegamos a las afueras de París. Combeau «hizo una escena» al estilo francés, y Poirot y yo pudimos abandonar el tren sin que nadie se interesara por nuestra partida. Lo primero que hicimos fue adoptar un aspecto completamente distinto. Poirot había traído consigo en un maletín las prendas necesarias. Nos convertimos en dos vagabundos vestidos con ropas oscuras y sucias. Cenamos en un

oscuro mesón y a continuación emprendimos el regreso a París.

Eran cerca de las once de la noche cuando llegamos a las proximidades del chalet de *madame* Olivier. Antes de deslizarnos en el pasadizo miramos en las dos direcciones de la calle. El lugar se hallaba perfectamente desierto. Si de una cosa podíamos estar seguros era de que nadie nos seguía.

—No creo que estén aquí todavía —me susurró Poirot—. Es posible que no vengan hasta mañana por la noche, pero ellos saben perfectamente bien que el radio sólo estará aquí durante dos noches.

Con mucho cuidado hicimos girar la llave en la cerradura de la puerta del jardín. Se abrió sin ningún ruido y entramos.

Ocurrió entonces algo completamente inesperado. Eran más de diez los hombres que nos habían estado esperando y en un momento nos rodearon. La resistencia era inútil, por lo que tuvimos que dejarnos amordazar y maniatar. Como dos fardos desvalidos nos levantaron del suelo y, con gran sorpresa por mi parte, nos llevaron en dirección a la casa, en lugar de alejarnos de ella. Con una llave abrieron la puerta que conducía al laboratorio y nos introdujeron en él. Uno de los hombres se agachó ante una gran caja fuerte. La puerta de ésta se abrió. Sentí una desagradable sensación en la columna vertebral. ¿Irían a metemos allí como fardos y dejar que nos asfixiáramos lentamente?

Sin embargo, ante mi sorpresa, vi que en el interior de la caja fuerte había unos peldaños que conducían a un nivel inferior al del suelo. Fuimos empujados por este estrecho paso y finalmente salimos a una gran cámara subterránea. Allí estaba de pie una mujer, alta e imponente, que tenía cubierto el rostro con una máscara de terciopelo negro. Por sus gestos autoritarios se veía claramente que ella era la que mandaba. Los hombres nos arrojaron al suelo y nos dejaron solos con la misteriosa criatura enmascarada. Había pocas dudas sobre su identidad. Ésta era la francesa desconocida, el Número Tres de los Cuatro Grandes.

Ella se arrodilló junto a nosotros y nos libró de las mordazas, pero no así de las ataduras. Luego, levantándose y situándose delante de nosotros, se quitó de pronto la máscara con un rápido gesto.

¡Era *madame* Olivier!

—*Monsieur* Poirot —dijo en tono burlón—. El gran, el maravilloso y único *monsieur* Poirot. Ayer por la mañana le hice llegar un aviso. Usted prefirió hacer caso omiso de él pensando que su inteligencia podría vencernos. ¡Y ahora le tengo aquí!

En su rostro se reflejaba una fría malignidad que me dejó helado hasta la médula. ¡Qué contraste tan grande con el fulgor de sus ojos! Estaba loca… loca… ¡con la locura del genio!

Poirot no dijo nada. Tenía la boca abierta y miraba fijamente a *madame* Olivier.

—Bien —dijo ella suavemente—, esto es el fin. NOSOTROS no podemos permitir que nuestros planes sean obstaculizados. ¿Tiene usted alguna última petición que hacer?

Nunca, ni antes ni después de entonces, me he sentido tan cerca de la muerte. Poirot estuvo espléndido. Ni se acobardó, ni palideció; simplemente la miraba fijamente, con gran interés.

—Me interesa enormemente su psicología, *madame* —dijo con calma—. Es una lástima que disponga de tan poco tiempo para estudiarla. Sí, tengo que hacerle una petición. Según tengo entendido, al condenado siempre se le permite fumar un último cigarrillo. Llevo encima mi pitillera. Si usted me permitiera… —y miró hacia sus ligaduras.

—¡Ah, sí! —dijo ella riendo—. ¿Le gustaría que le desatara las manos, no es así? Es usted muy inteligente, *monsieur* Hércules Poirot, ya lo sé. No le desataré las manos; pero le buscaré un cigarrillo.

Ella se arrodilló junto a Poirot, sacó la pitillera, cogió un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Y ahora una cerilla —dijo ella, levantándose.

—No es necesario, *madame* —el tono de voz de Poirot me sorprendió. Ella lo observó también, porque se detuvo.

—No se mueva, se lo ruego, *madame*. Si lo hace, lo sentirá. ¿Conoce las propiedades del curare? Los indios de América del Sur lo utilizan como veneno para las flechas. Basta un arañazo para ocasionar la muerte. Algunas tribus emplean una pequeña cerbatana. Yo también tengo una pequeña cerbatana construida de forma que parezca un cigarrillo. Sólo tengo que soplar… ¡Ah!, se

sobresalta usted. No se mueva, *madame*. El mecanismo de este cigarrillo es muy ingenioso. Se sopla y un diminuto dardo parecido a una espina de pescado atraviesa rápidamente el aire y da en el objetivo. Usted no desea morir, *madame*. Por consiguiente, le ruego que libere a mi amigo Hastings de sus ataduras. No puedo usar mis manos, pero puedo volver la cabeza… así… de modo que sigue usted dentro del radio de acción de esta arma, *madame*. No cometa ningún error, se lo ruego.

Lentamente, con las manos temblorosas y la cara convulsa por la rabia y el odio, se inclinó e hizo lo que se le había ordenado. Quedé libre. Poirot me dio instrucciones.

—Sus ataduras servirán ahora para la señora, Hastings. Eso es. ¿Está bien sujeta? Haga entonces el favor de desatarme. Fue una suerte que ella despidiese a sus secuaces. Confiemos en que la fortuna nos siga sonriendo y nos permita salir de aquí sin obstáculos.

Un minuto después, Poirot estaba de pie a mi lado. Saludó a *madame* con una inclinación.

—A Hércules Poirot no se le elimina tan fácilmente, *madame*. Que pase usted bien la noche.

Aunque la mordaza le impidió replicar, me asustó la mirada feroz que nos dirigió. Deseé fervientemente no volver a caer en sus manos nunca más.

Tres minutos después estábamos fuera del chalet y atravesábamos rápidamente el jardín. La calle estaba desierta y no tardamos en alejarnos de aquella zona:

Luego Poirot dijo, casi a gritos:

—Me merezco todo lo que esa mujer me ha dicho. Soy tres veces imbécil, un desgraciado animal, treinta y seis veces idiota. Me enorgullecía de no haber caído en su trampa. Sabían que adivinaría sus intenciones. Contaban con ello. Eso lo explica todo… La facilidad con que se rindieron. Halliday… todo. *Madame* Olivier era la que daba las órdenes, y Vera Rossakoff, sólo su lugarteniente. *Madame* necesitaba las ideas de Halliday…; ella tenía el talento necesario para rellenar las lagunas que le tenían perplejo. Sí, Hastings, ahora sabemos quién es el Número Tres: ¡probablemente la investigadora más destacada del mundo! Imagínese. La

inteligencia oriental, la ciencia occidental… y otros dos sujetos cuyas identidades desconocemos todavía. Pero debemos averiguarlo. Mañana regresaremos a Londres y pasaremos al ataque.

—¿No va a denunciar a *madame* Olivier a la policía?

—No me creerían. Piense que es uno de los ídolos de Francia. Y nosotros no podemos demostrar nada. Podremos considerarnos afortunados si ella no nos denuncia *a nosotros*.

—¿Cómo?

—Piense en ello. Nos encuentran de noche en el laboratorio con unas llaves que ella jurará que jamás nos entregó. Nos sorprenden en la caja fuerte; la amordazamos y la atamos y a continuación huimos. No se haga ilusiones, Hastings. La bota no está en la pierna que corresponde… ¿no lo dicen así ustedes los ingleses?

Capítulo VIII

EN LA BOCA DEL LOBO

Después de nuestra aventura en el chalet de Passy, volvimos apresuradamente a Londres. Allí le aguardaban a Poirot varias cartas. Leyó una de ellas con una curiosa sonrisa y luego me la entregó.

—Lea esto, *mon ami*.

Miré primero la firma «Abe Ryland», y recordé las palabras de Poirot: «el hombre más rico del mundo». La carta era breve e incisiva. En ella manifestaba su profunda insatisfacción por la razón aducida por Poirot para retirarse en el último momento del asunto que se le había ofrecido en América del Sur.

—Esto da mucho que pensar, ¿no le parece? —dijo Poirot.

—Supongo que es muy natural que se haya molestado un poco.

—No, no, no me ha entendido. Recuerde las palabras de Mayerling, el hombre que se refugió aquí para acabar muriendo en manos de sus enemigos. El Número Dos está representado «por una 'S' con dos líneas que la atraviesan, es decir, el signo del dólar; también por dos barras y una estrella. Cabe suponer, por tanto, que se trata de un súbdito estadounidense y que representa el poder de la riqueza». Añada a esas palabras el hecho de que Ryland me ofreció una enorme suma para que cayera en la tentación de salir de Inglaterra… y… ¿y qué me dice de ello, Hastings?

—Eso significa —dije mirándole— que sospecha usted que Abe Ryland, el multimillonario, es el Número Dos de los Cuatro Grandes.

—Su brillante intelecto ha captado la idea, Hastings. Sí, eso es lo que sospecho. El tono en que ha dicho multimillonario ha sido

elocuente, pero permítame que subraye un hecho. Este asunto lo dirigen hombres situados en las altas esferas, y el señor Ryland tiene fama de no ser muy honrado en sus tratos comerciales. Es un hombre hábil, falto de escrúpulos, que dispone de toda la riqueza que necesita y cuyo deseo de poder no tiene límites.

Indudablemente había que decir algo en relación con lo afirmado por Poirot. Le pregunté cuándo se había formado una opinión definitiva sobre esta cuestión.

—A decir verdad, no puedo afirmar nada con seguridad. No puedo estar seguro, *mon ami*. Permítame asignarle definitivamente el Número Dos a Abe Ryland y nos habremos acercado más a nuestro objetivo.

—Ryland acaba de llegar a Londres, según veo —dije yo señalando la carta—. ¿Irá a verlo para presentarle sus excusas personalmente?

—Podría hacerlo.

Dos días después, Poirot volvió a nuestras habitaciones en un estado de inconcebible agitación.

—Amigo mío, ¡se ha presentado una ocasión asombrosa, sin precedentes, una ocasión que no se repetirá nunca! Pero existe un peligro, un grave peligro. No debería ni siquiera pedirle que lo intentara.

Si Poirot trataba de asustarme no lo iba a conseguir de ese modo, y así se lo hice saber. Expuso entonces, con menos incoherencia, su plan.

Al parecer Ryland buscaba un secretario inglés, alguien que supiera comportarse en sociedad y tuviese buena presencia. Poirot sugirió que solicitara yo el puesto.

—Lo haría yo mismo, *mon ami* —explicó excusándose—. Pero, como comprenderá, para mí es casi imposible disfrazarme del modo adecuado. Hablo muy bien el inglés, salvo cuando estoy emocionado; pero mi pronunciación me traicionaría. Y aunque tuviera que sacrificar mi bigote, no me cabe duda de que seguiría siendo reconocido como Hércules Poirot.

Como sus argumentos me parecieron lógicos, le dije que estaba dispuesto a representar el papel e introducirme entre la gente de Ryland.

—Pero le apuesto diez contra uno a que no me va a contratar —observé.

—Sí, sí lo hará. Prepararé para usted tales recomendaciones que no tendrá más remedio que aceptarle. El propio ministro del interior le recomendará.

A mí me pareció que esto era llevar las cosas un poco lejos, pero Poirot rechazó mis protestas.

—Sí, le recomendará con gusto. Investigué para él un pequeño asunto que podría haber causado un grave escándalo. Todo se resolvió con discreción y delicadeza y ahora, como dicen ustedes los ingleses, se posa en mi mano como un pajarito y come las miguitas.

Lo primero que hicimos fue contratar los servicios de un artista del maquillaje. El hombrecillo tenía una curiosa manera de volver la cabeza, de un modo parecido a como lo hacen las aves. Los movimientos del propio Poirot no eran muy diferentes. Me estuvo estudiando durante algún tiempo en silencio y luego se puso a trabajar. Cuando media hora después me miré en el espejo, me quedé asombrado. Unos zapatos especiales hicieron que mi estatura aumentara por lo menos en cinco centímetros. Mi chaqueta fue reformada con objeto de darme un aspecto larguirucho, flaco y débil. La habilidosa alteración de mis cejas confirió un aspecto totalmente distinto a mi cara. Me puse almohadillas entre los dientes y los carrillos, y el intenso bronceado de mi cara desapareció, así como el bigote. A un lado de la boca destacaba un diente de oro.

—Su nombre —dijo Poirot— es Arthur Neville. Que Dios le guarde, amigo mío: mucho me temo que va usted a moverse por lugares peligrosos.

A la hora indicada por el señor Ryland, me presenté en el Hotel Savoy con el corazón latiéndome fuertemente, y pedí ver al gran magnate.

Tras aguardar unos minutos, me hicieron subir a su suite.

Ryland estaba sentado ante una mesa. Frente a él tenía abierta una carta que con el rabillo del ojo pude ver estaba escrita de puño y letra por el mismísimo ministro del interior. Era la primera vez que veía al millonario norteamericano y, sin poderlo remediar, me causó una excelente impresión. Era un hombre alto y delgado, con

la barbilla prominente y la nariz ligeramente aguileña. Sus ojos brillaban fríos y grises detrás de unas cejas salientes. Tenía el pelo espeso y gris, y en la comisura de la boca llevaba, con una inclinación un tanto chulesca, un largo puro (sin el cual, como supe después, nunca se le veía).

—Siéntese —gruñó.

Me senté. Golpeó con los dedos la carta que tenía frente a él.

—Según me dicen aquí, es usted el hombre adecuado y no es necesario que yo busque más. Dígame, ¿está al tanto de las cuestiones relacionadas con la alta sociedad?

Le dije que creía poderle satisfacer en ese aspecto.

—Quiero decir que, si invito a duques, condes y vizcondes, etc. a la finca que he adquirido en el campo, ¿será usted capaz de clasificarlos correctamente y ponerlos en donde corresponda alrededor de una mesa?

—Naturalmente —repliqué, sonriendo.

Siguió examinándome durante algunos minutos y por último me contrató. Lo que deseaba el señor Ryland era un secretario que estuviera familiarizado con la sociedad inglesa. Ya tenía un secretario y una taquígrafa norteamericanos.

Dos días después fui a Hatton Chase, la residencia del duque de Loamshire, que el norteamericano millonario había alquilado por un período de seis meses.

Mis obligaciones no representaron para mí dificultad alguna. En cierta época de mi vida había sido secretario particular de un antiguo diputado del parlamento, por lo que el papel que tenía que desempeñar me resultaba bastante familiar. Aunque el señor Ryland solía tener muchos invitados durante el fin de semana, los restantes días eran relativamente tranquilos. Veía poco al señor Appleby, el secretario norteamericano, pero me pareció un joven normal y agradable, muy eficiente en su trabajo. Aún veía menos a la señorita Martin, la taquígrafa. Se trataba de una bonita muchacha de unos veintitrés o veinticuatro años, con pelo castaño rojizo y ojos pardos que en algunas ocasiones podían parecer traviesos: bien es verdad que la mayor parte de las veces la joven bajaba formalmente la mirada. Me pareció que su jefe no era santo de su devoción, aunque, por supuesto, tenía un buen cuidado de no dejar traslucir

sus sentimientos. Sin embargo, llegó un momento en que inesperadamente me hizo depositario de su confianza.

Yo, claro está, había estudiado cuidadosamente a todos los miembros de la casa. Algunos de los sirvientes habían sido contratados recientemente: uno de los criados, al parecer, y algunas de las doncellas. El mayordomo, el ama de llaves y el cocinero pertenecían al personal del duque, y habían accedido a seguir en la casa. Descarté a las doncellas por parecerme poco importantes. Examiné muy cuidadosamente a James, el segundo lacayo; pero estaba claro que no era más que un lacayo de segunda clase y solamente eso. Había sido contratado, por supuesto, por el mayordomo. Una de las personas que menos confianza me inspiró fue Deaves, el ayuda de cámara de Ryland, a quien éste se había traído de Nueva York. Aunque inglés de nacimiento y de modales irreprochables, yo abrigaba sin embargo vagas sospechas en relación con su persona.

Llevaba ya tres semanas en Hatton Chase y no se había producido ninguna clase de incidente con el que yo pudiera fundamentar nuestra teoría. No existía ningún indicio de las actividades de los Cuatro Grandes. Aunque el señor Ryland era un hombre de una fuerza y personalidad arrolladoras llegué a creer que Poirot había cometido una equivocación al relacionarlo con aquella terrible organización. De un modo casual oí incluso cómo hablaban de Poirot una noche durante la cena.

—Dicen que es un tipo extraordinario; pero a mí me parece más bien una persona que desiste fácilmente de lo que ha comenzado. ¿Que cómo lo sé? Hice un trato con él y me dejó plantado en el último minuto. No quiero saber nada más de ese *monsieur* Hércules Poirot de ustedes.

En momentos como aquéllos era cuando me parecían más fastidiosas las almohadillas que llevaba entre los dientes y los carrillos.

Por entonces, la señorita Martin me contó una historia bastante curiosa. Ryland había ido a pasar el día a Londres, y se había llevado consigo a Appleby. La señorita Martin y yo paseábamos por el jardín después del té. La joven me gustaba mucho por su modo de ser, natural y poco afectado. Comprendí que había algo que le

preocupaba y ese algo salió por fin a la luz en la conversación.

—¿Sabe, comandante Neville —me dijo—, que estoy pensando en abandonar este empleo?

Me mostré algo asombrado y ella continuó atropelladamente.

—¡Ya sé que en cierto modo es estupendo conseguir un empleo así! Supongo que la mayoría de las personas me considerarían tonta por abandonarlo. Pero no soporto los malos tratos, comandante Neville. Escuchar palabrotas como si estuviéramos entre carreteros es más de lo que puedo aguantar. Ningún caballero haría tal cosa.

—¿Le habla Ryland en esa forma?

Ella afirmó.

—Por supuesto, tiene mal carácter y está siempre irritado. Eso es algo que no puede sorprenderle a nadie durante la jornada de trabajo. Pero dejarse arrebatar por esos accesos de violencia… por nimiedades. ¡Realmente me miró como si se dispusiera a matarme! Y, como ya le digo, por una cosa sin la menor importancia.

—Cuénteme qué pasó —le dije muy interesado.

—Como sabe, abro todas las cartas dirigidas al señor Ryland. Algunas se las paso al señor Appleby, de otras me ocupo yo personalmente; pero soy yo siempre quien hace la clasificación preliminar. Ahora bien, hay ciertas cartas que están escritas en papel azul y con un diminuto cuatro marcado en la esquina… perdón, ¿decía usted?

Yo no pude reprimir una exclamación ahogada, pero me apresuré a negar con la cabeza y le rogué que continuara.

—Bien, pues, como iba diciendo, llegan estas cartas y hay órdenes estrictas de no abrirlas nunca. Debo entregárselas directamente y sin abrir al señor Ryland. Por supuesto, siempre lo he hecho así. Pero ayer por la mañana hubo un volumen inusitadamente grande de correo y yo estaba abriendo las cartas con mucha prisa. Por equivocación abrí una de las cartas azules. Tan pronto como vi lo que había hecho, se la llevé al señor Ryland y le expliqué lo que me había pasado. Con gran sorpresa por mi parte, se puso extraordinariamente furioso. Como le decía me asusté muchísimo.

—¿Qué cree que podía contener la carta para que se alterara de ese modo?

—Absolutamente nada, y eso es lo más curioso del caso. Yo la había leído antes de descubrir mi equivocación. Era muy breve y todavía la recuerdo palabra por palabra; en ella no había nada que pudiera contrariar a nadie.

—¿Dice que puede recordarla? —dije animándola a que la repitiera.

—Sí. —Hizo una pausa durante unos momentos y a continuación repitió lentamente el contenido de la carta mientras yo anotaba las palabras con discreción. La carta decía así:

Distinguido señor:

Lo esencial ahora es que vea la propiedad. Si usted quiere incluir la cantera, entonces parece razonable diecisiete mil. Excesivo el once por ciento. El cuatro es suficiente.

Le saluda atentamente

Arthur Leversham

La señorita Martin siguió diciéndome:

—Se refiere evidentemente a alguna propiedad que el señor Ryland pensaba comprar. Pero, francamente, considero que es peligroso un hombre que por una nimiedad es capaz de montar en cólera de ese modo. ¿Qué cree que debo hacer, señor Neville? Usted tiene más mundo que yo.

Tranquilicé a la joven y le indiqué que el señor Ryland sufría probablemente de la enfermedad propia de los miembros de su clase: la dispepsia. Al final la dejé bastante confortada. Con todo, yo no estaba tan satisfecho de mí mismo. Una vez que la muchacha se hubo ido y pude quedarme solo, saqué mi cuaderno de notas y escribí la carta de la que había tomado nota. ¿Qué significado tendría aquella aparentemente inocente misiva? ¿Se referiría a algún negocio que Ryland había emprendido y del que tenía gran interés en que no se escapara ningún detalle hasta que la operación se hubiera realizado? Esa era una posible explicación. Pero recordé el pequeño cuatro con el que se marcaban los sobres y pensé que, por fin, me hallaba sobre la pista de lo que estábamos buscando.

Toda aquella noche y la mayor parte del día siguiente lo pasé

estudiando la carta… y de pronto hallé la solución. Era muy sencillo. La cifra cuatro era la guía. Leyendo una palabra de cada cuatro en la carta, aparecía un mensaje completamente distinto:

«Esencial vea usted cantera diecisiete once cuatro».

Tampoco era difícil adivinar lo que significaban las tres cifras consecutivas. Diecisiete correspondía al diecisiete de octubre, que era el día siguiente; once era la hora, y cuatro la firma, que podía referirse al propio Número Cuatro o bien a la «marca», por decirlo de algún modo, de los Cuatro Grandes. También lo de la cantera era inteligible. En la finca había una gran cantera abandonada a cosa de media milla de la casa. Era un lugar solitario, ideal para una reunión secreta.

Durante unos momentos estuve tentado de llevar el asunto yo solo. Sería una gran satisfacción apuntarme un tanto, siquiera fuera por una sola vez, para poder jactarme ante Poirot.

Pero al final dominé la tentación. Éste era un gran asunto y yo no tenía derecho a actuar por mi cuenta poniendo quizá en peligro nuestras posibilidades de éxito. Por primera vez nos habíamos adelantado a nuestros enemigos. Ahora se trataba de llevar el asunto a feliz término y, aunque me costara reconocerlo, Poirot era de los dos el más inteligente.

Le escribí inmediatamente exponiéndole los hechos y explicándole lo urgente que era que escucháramos lo que se dijera en la entrevista. Si quería dejármelo a mí, santo y bueno. Pero le daba instrucciones detalladas de cómo llegar hasta la cantera desde la estación para el caso de que juzgase más prudente hallarse presente.

Llevé mi carta al pueblo y la eché al correo personalmente. Durante mi estancia me había podido comunicar con Poirot mediante el simple recurso de echar personalmente mis cartas al correo; pero acordamos que él no debía intentar comunicarse conmigo por si alguien interceptaba mi correspondencia.

Al atardecer del día siguiente yo ardía de impaciencia. No había invitados en la casa y estuve ocupado con el señor Ryland en su estudio durante todas las horas que precedieron a la noche. Había

previsto que esto sería lo que ocurriría, por lo que no tenía esperanzas de poder recibir a Poirot en la estación. Sin embargo, confiaba en que podría terminar el trabajo antes de las once de la noche.

Poco antes de las diez y media, el señor Ryland miró el reloj y dijo que ya no podía más. Yo hice oídos sordos a su insinuación y me retiré discretamente. Me dirigí al piso superior como si fuera a acostarme, pero me deslicé silenciosamente por una escalera lateral y salí al jardín. Había tomado la precaución de ponerme un abrigo oscuro para ocultar la blancura de mi pechera blanca.

Cuando llevaba recorrido un buen trecho miré por casualidad encima de mi hombro y vi que el señor Ryland acababa de salir de su estudio por la ventana francesa que daba al jardín. Se disponía a acudir a la cita. Avivé el paso para poder tomarle una clara delantera y llegué a la cantera casi sin aliento. No parecía haber nadie por allí y serpenteando me metí en una espesa maraña de matorrales, dispuesto a esperar acontecimientos.

Diez minutos después, exactamente a las once, llegó Ryland con el sombrero inclinado sobre los ojos y el inevitable puro en la boca. Echó una rápida ojeada alrededor y a continuación se internó en las oquedades de la cantera que había más abajo. Al momento oí un bajo murmullo de voces. Evidentemente el hombre, u hombres, quienesquiera que fueran, habían llegado antes a la cita. Con precaución salí serpenteando de entre los arbustos, centímetro a centímetro, tomando las máximas precauciones para no hacer ruido y casi arrastrándome avancé por un sendero de fuerte pendiente. Tanto me acerqué que solamente una roca me separaba de los hombres que hablaban. Amparado por la oscuridad rodeé la roca y me encontré frente a ¡la boca de una negra pistola automática de aspecto siniestro!

—¡Manos arriba! —dijo el señor Ryland concisamente—. Le esperaba.

Estaba sentado a la sombra de la roca, por lo que no podía verle la cara; pero el tono amenazador de su voz era desagradable. Luego sentí un aro de frío acero en mi nuca y Ryland bajó su pistola.

—Está bien, George —dijo arrastrando las sílabas—. Tráelo aquí.

Lleno de rabia para mis adentros, fui conducido a un lugar entre

las sombras en el que el invisible George (que supuse sería el impecable Deaves) me amordazó y ató hasta inmovilizarme.

Ryland habló de nuevo en un tono que me resultaba difícil reconocer de tan frío y amenazador que era.

—Éste va a ser el fin de ustedes dos. Se han interpuesto en el camino de los Cuatro Grandes más allá de lo conveniente. ¿Ha oído hablar alguna vez de los corrimientos de tierras? Aquí se produjo uno de ellos hará un par de años. Esta noche se va a producir otro. Lo he preparado todo perfectamente. Ese amigo suyo no parece llegar a las citas con mucha puntualidad.

Me estremecí horrorizado. ¡Poirot! Dentro de unos momentos entraría directamente y por su propio pie en la trampa. A mí me era imposible advertirle. Mi única esperanza residía en que hubiera preferido dejar el asunto en mis manos y se hubiera quedado en Londres. De haber venido, tendría que haber llegado ya.

Con cada minuto que transcurría, mis esperanzas aumentaban. De pronto, esas esperanzas quedaron reducidas a la nada. Oí ruido de pasos, de pasos cautelosos, pero pasos al fin y al cabo. Me retorcí angustiado por mi impotencia. Procedían del sendero. Al poco Poirot en persona apareció, con la cabeza un poco ladeada y escudriñando las sombras.

Oí el gruñido de satisfacción que emitió Ryland al levantar la automática y gritar «Manos arriba». Deaves se lanzó hacia adelante de un salto y quedó a la espalda de Poirot. Se había completado la emboscada.

—Es un placer conocerle, *monsieur* Hércules Poirot —dijo cruelmente el norteamericano.

El dominio de sí mismo del que hacía gala Poirot era maravilloso. No se inmutó lo más mínimo. Pero vi que sus ojos escudriñaban la oscuridad.

—¿Y mi amigo? ¿Está aquí?

—Sí, han caído ustedes dos en la trampa: la trampa de los Cuatro Grandes —y se echó a reír.

—¿Una trampa? —inquirió Poirot.

El norteamericano no quiso perder la oportunidad de hacer un juego de palabras:

—¿Todavía no ha «caído» usted?

—Sí, he entendido que aquí hay una trampa —dijo Poirot suavemente—. Pero está usted equivocado, *monsieur*. Es *usted* quien ha caído en ella, no mi amigo y yo.

—¿Qué?

Aunque Ryland levantó la automática, por la expresión de su mirada comprendí que titubeaba.

—Si dispara, cometerá un asesinato presenciado por diez pares de ojos y será ahorcado por ello. Este lugar está rodeado desde hace una hora por hombres de Scotland Yard. Es un jaque mate, señor Abe Ryland.

Lanzó un curioso silbido y, como por arte de magia, aquel lugar se pobló de policías, que apresaron a Ryland y a su ayuda de cámara y los desarmaron. Tras decir unas cuantas palabras al oficial encargado de la operación, Poirot me asió por el brazo y me alejó de allí.

Una vez fuera de la cantera me estrechó entre sus brazos calurosamente.

—Está usted vivo e ileso. Es estupendo. No sabe cuántas veces me he reprochado el haberle dejado venir.

—Estoy perfectamente bien —dije zafándome de su abrazo—. Pero estoy un poco a oscuras. ¿Cayó en la cuenta de su estratagema, no es así?

—¡Lo esperaba! ¿Por qué otro motivo cree que permití que viniera? Su nombre falso, su disfraz, ¡ni por un momento estaban destinados a engañar a nadie!

—¿Cómo? —exclamé—. Usted no me dijo nada.

—Como ya le he dicho muchas veces, Hastings, tiene usted un carácter tan transparente y honrado que a menos que usted mismo esté engañado, es imposible que engañe a otros. A usted le descubrieron desde el primer momento e hicieron lo que yo esperaba que harían en cuanto pusieran en funcionamiento las células grises: utilizarle como cebo. Le echaron la chica… Por cierto, *mon ami*, como dato interesante desde el punto de vista psicológico, ¿tiene el pelo rojo?

—¿Se refiere a la señorita Martin? —pregunté fríamente—. Su cabello tiene una delicada tonalidad rojiza, pero…

—¡Estos individuos son *épatants*! Hasta han estudiado la

psicología de usted. ¡Oh!, sí, amigo mío, la señorita Martin estaba metida en el asunto. Ella le repite la carta junto con el cuento del ataque de ira del señor Ryland. Usted toma nota de ella, se estruja los sesos. La clave está bien preparada: es difícil pero no demasiado. Usted la descubre y me avisa para que venga.

»Pero lo que ellos no saben es que yo estoy esperando precisamente que todo esto suceda. Inmediatamente voy a ver a Japp, dispongo las cosas y, como ha podido observar, ¡hemos triunfado!

Yo no me sentía especialmente complacido con Poirot y así se lo dije. A primeras horas de la madrugada regresamos a Londres en un tren que transportaba leche; como puede suponerse, el viaje no resultó especialmente agradable.

Acababa de bañarme y estaba entregado a agradables pensamientos relacionados con el desayuno cuando oí la voz de Japp en el cuarto de estar. Me puse una bata y salí corriendo.

—Bonito descubrimiento el que nos ha hecho usted esta vez —decía Japp—. Ha quedado muy mal, Poirot. Es la primera vez que le veo dar un tropezón.

La cara de mi amigo reflejaba su perplejidad. Japp prosiguió:

—Así es que nosotros tomándonos en serio todo eso de la Mano Negra y resulta que desde principio a fin fue cosa del lacayo.

—¿Del lacayo? —dije con voz entrecortada.

—Sí, James o como quiera que se llame. Parece ser que apostó en el comedor de los criados a que «su señoría», eso va por usted, señor Hastings, le tomaría por el viejo y que le haría creer un montón de majaderías sobre una banda denominada los Cuatro Grandes.

—¡Imposible! —exclamé.

—Aunque usted no se lo crea. Llevé a nuestro caballero directamente a Hatton Chase y allí resultó que el verdadero Ryland estaba acostado y dormido; el mayordomo, la cocinera y sabe Dios cuántos más, no dejaban de repetir lo de la apuesta. No fue más que una broma estúpida, eso es lo que fue. El propio ayuda de cámara se prestó a tomar parte en la burla.

—De modo que ése es el motivo de que se mantuviera en la sombra —murmuró Poirot.

Una vez que se hubo marchado Japp, nos miramos mutuamente.

—Hastings, ahora *sabemos* con seguridad —dijo Poirot por último— que Abe Ryland es el Número Dos de los Cuatro Grandes. La mascarada por parte del lacayo tuvo por objeto asegurar una salida en caso de apuro. Y el lacayo…

—Sí —dije en voz baja.

—Es el *Número Cuatro* —dijo Poirot muy serio.

Capítulo IX

EL MISTERIO DEL JAZMÍN AMARILLO

Para Poirot era perfectamente cierta la afirmación de que estábamos adquiriendo constantemente información e hilábamos cada vez más fino en nuestros juicios sobre la forma de actuar de nuestros adversarios; pero yo opinaba que era necesario obtener algún éxito más tangible que éste.

Desde que habíamos entrado en contacto con los Cuatro Grandes, éstos habían cometido dos asesinatos, aparte de secuestrar a Halliday; por lo demás, había faltado muy poco para que mataran al propio Poirot. Nosotros, en cambio, apenas si nos habíamos apuntado un tanto en este juego.

Poirot consideró con ligereza mis quejas.

—Hasta ahora, Hastings —dijo—, son ellos los que se ríen. Es la verdad, pero hay un proverbio que dice «ríe mejor el que ríe el último». ¿No es así? Y al final, *mon ami*, ya lo verá usted…

—Debe recordar, también —añadió—, que no nos enfrentamos con un criminal corriente sino con el segundo cerebro del mundo.

Me abstuve de complacer su engreimiento con la formulación de la pregunta obvia. Conocía la respuesta, o por lo menos sabía cuál iba a ser la respuesta de Poirot, y en lugar de ello traté sin éxito de obtener alguna información en relación con los pasos que estaba dando para seguir la pista del enemigo. Como de costumbre, me había tenido completamente a oscuras en lo que se refería a sus movimientos, pero deduje que estaba en contacto con agentes secretos que operaban en la India, China y Rusia; además sus ocasionales estallidos de vanagloria me hicieron pensar que por lo menos progresaba en su juego favorito de calibrar la mente de su

adversario.

Había abandonado casi del todo el ejercicio de su profesión y sé que por aquel tiempo había tenido ocasión de rechazar algunos honorarios particularmente atrayentes. Aunque es verdad que investigó algunos casos que le intrigaron, los abandonaba en el momento en que se convencía de que no guardaban relación alguna con las actividades de los Cuatro Grandes.

Esta actitud suya era notablemente provechosa para nuestro amigo el inspector Japp, que ganó mucha fama resolviendo algunos casos en los que su éxito se debió en realidad a sugerencias hechas de manera casi despectiva por Poirot.

A cambio de tales servicios, Japp se comprometió a proporcionar detalles completos de cualquier caso que él considerara pudiera ser de interés para Poirot; así, cuando se le encargó el asunto que los periódicos denominaron «Misterio del Jazmín Amarillo», telegrafió a Poirot, preguntándole si no le importaría acercarse y echar una ojeada.

Había transcurrido ya cerca de un mes desde mi aventura en la casa de Abe Ryland, cuando en respuesta a este telegrama nos encontramos solos en un compartimiento de ferrocarril, huyendo del humo y del polvo de Londres y con destino a la pequeña población de Market Handford, en el Worcestershire.

Poirot estaba reclinado en su rincón.

—¿Cuál es exactamente su opinión sobre el asunto, Hastings?

No respondí inmediatamente a esta pregunta. Sentí la necesidad de proceder con cautela.

—Parece todo tan complicado —dije prudentemente.

—¿Verdad? —agregó Poirot, encantado.

—Supongo que el haber salido de esta forma tan precipitada es una clara indicación de que considera que la muerte del señor Paynter es un asesinato y no un suicidio ni el resultado de un accidente.

—No, no. Me interpreta mal, Hastings. Aun concediendo que el señor Paynter murió como consecuencia de un accidente particularmente terrible, quedan todavía por aclarar muchas circunstancias misteriosas.

—Eso es lo que yo quería decir cuando señalé que era tan

complicado.

—Repasemos con calma y método los datos principales. Detállemelos, Hastings, de un modo ordenado y claro.

Empecé inmediatamente, esforzándome en ser todo lo ordenado y claro que me era posible.

—Hablemos en primer lugar —dije— del señor Paynter. Es un hombre de cincuenta y cinco años, rico, culto y un poco trotamundos. Durante los últimos doce años ha vivido poco tiempo en Inglaterra; sin embargo, y de una manera repentina, cansado quizá de sus incesantes desplazamientos, se compró una pequeña finca en el Worcestershire, cerca de Market Handford, y se dispuso a echar raíces allí. Lo primero que hizo fue escribir a su único pariente, un sobrino, Gerald Paynter, hijo de su hermano menor, y sugerirle que se fuera a vivir con él e hiciera de Croftlands su propia casa (Croftlands es el nombre de la finca). Gerald Paynter, que es un joven artista sin dinero, accedió con gusto a la proposición y llevaba ya viviendo con su tío unos siete meses cuando ocurrió la tragedia.

—Su estilo narrativo es magistral —murmuró Poirot—. Según hablaba me estaba diciendo: es un libro el que habla y no mi amigo Hastings.

Sin prestar atención a Poirot, proseguí, entusiasmado con la historia.

—El señor Paynter tenía en Croftlands un servicio bastante completo: seis sirvientes además de su propio criado personal, un chino llamado Ah Ling.

—Su criado chino Ah Ling —murmuró Poirot.

—El pasado martes, el señor Paynter se sintió indispuesto después de cenar y mandó a uno de los criados en busca de un médico. El señor Paynter, que se había negado a acostarse, recibió al médico en su estudio. Lo que pasó entre ellos no se supo entonces; pero antes de que el doctor Quentin se fuera, preguntó por el ama de llaves y mencionó el hecho de que le había puesto al señor Paynter una inyección; por lo que parece su corazón se hallaba muy débil, y el doctor recomendaba que no se le molestase, procediendo a continuación a formular algunas preguntas bastante curiosas acerca de los sirvientes: cuánto tiempo llevaban allí, de dónde procedían, etc.

»El ama de llaves respondió a estas preguntas lo mejor que pudo, aunque estaba algo intrigada en cuanto a su propósito. A la mañana siguiente se hizo un terrible descubrimiento. Una de las doncellas, al bajar, se encontró con un nauseabundo olor a carne quemada que parecía proceder del estudio del señor. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Con ayuda de Gerald Paynter y del chino se consiguió descerrajar la puerta. Al entrar se encontraron con un horrible espectáculo. El señor Paynter había caído sobre la estufa de gas y su cara y toda la cabeza se habían carbonizado de tal modo que era imposible reconocerle.

»En aquel momento no se sospechó de que se tratase de otra cosa que de un terrible accidente. De tener que echarle la culpa a alguien habría que pensar en el doctor Quentin por dar a su paciente un narcótico y dejarle en tan peligrosa posición. Poco después se realizó un curioso descubrimiento.

»Había un periódico en el suelo. Por el lugar en que se encontraba, cabía suponer que se había deslizado desde las rodillas del anciano. Al darle la vuelta, se encontraron unas palabras garabateadas en él, débilmente trazadas con tinta. Cerca de la silla en que había estado sentado el señor Paynter había un escritorio y el dedo índice de la mano derecha de la víctima estaba manchado de tinta hasta su segunda articulación. Era evidente que, demasiado débil para sostener la pluma, el señor Paynter había sumergido su dedo en el tintero y había conseguido garabatear dos palabras en la superficie del periódico que sostenía. Las palabras en sí parecían completamente fantásticas: *Jazmín Amarillo*. No había escrito nada más.

»En Croftlands hay una gran cantidad de jazmines amarillos que trepan por las paredes y se pensó que el mensaje del moribundo hacía referencia a ellos, lo que demostraba que el pobre anciano desvariaba cuando lo escribió. Naturalmente, los periódicos, siempre a la caza de cualquier noticia fuera de lo común, se ocuparon del suceso con calor, refiriéndose al Misterio del Jazmín Amarillo, y ello aunque con toda probabilidad aquellas palabras carecieran por completo de importancia.

—¿Que carecen de importancia, dice usted? —inquirió Poirot—. Bueno, si usted lo dice así será.

Le miré con ciertas dudas, pero no pude descubrir ningún indicio de burla en sus ojos.

—Más tarde —continué— surgían las sorpresas en la indagación judicial.

»Al llegar a este punto, me parece a mí, es en dónde usted lo hubiera pasado en grande.

»Se puso de manifiesto cierta animosidad contra el doctor. Para empezar, no era el médico de cabecera sino un interino contratado por un mes; el doctor Bolitho se hallaba fuera disfrutando unas bien ganadas vacaciones. Se sugería que su negligencia había sido la causa directa del accidente. Con todo, su declaración no tuvo nada de sensacional. El señor Paynter había estado aquejado de mala salud desde su llegada a Croftlands. Aunque el doctor Bolitho le había atendido durante algún tiempo, cuando el doctor Quentin vio por vez primera a su paciente algunos de los síntomas que éste presentaba le desconcertaron. Con anterioridad a la noche en que fue llamado después de la cena, el nuevo médico sólo le había asistido en una ocasión. Tan pronto como se quedó a solas con el señor Paynter, éste le relató una sorprendente historia. Para empezar, no se sentía en absoluto enfermo, según explicó, pero el sabor del curry que había ingerido durante la cena le había parecido extraño. Con una excusa se libró de Ah Ling durante algunos minutos y volcó el contenido de su plato en un tazón que entregó al médico con instrucciones de averiguar si contenía alguna sustancia fuera de lo común.

»A pesar de que el anciano confesaba no sentirse enfermo, el médico observó que la conmoción producida por la sospecha le había afectado manifiestamente y que ello se reflejaba en su corazón. Por consiguiente, le había puesto una inyección, no de un narcótico sino de estricnina.

»Con eso creo yo que queda el caso completado excepto en lo más esencial: el hecho de que el curry no ingerido, debidamente analizado, resultó contener opio en polvo en cantidad suficiente para haber matado a dos hombres.

Hice una pausa.

—¿Y sus conclusiones, Hastings? —preguntó Poirot con calma.

—Es difícil deducir conclusiones. Podría tratarse de un

accidente. Y el hecho de que alguien intentara envenenarle la misma noche podría ser una mera coincidencia.

—¿Pero usted no lo cree así, verdad? ¡Prefiere pensar que se trata de un asesinato!

—¿Usted no?

—*Mon ami*, usted y yo no razonamos del mismo modo. No estoy tratando de decidir entre dos soluciones opuestas —asesinato o accidente—: eso surgirá cuando tengamos resuelto el otro problema, el misterio del «Jazmín Amarillo». Por cierto, ha omitido algo en su exposición.

—¿Se refiere a las dos líneas en ángulo recto que figuraban debajo de las palabras? No creo que puedan tener ninguna importancia.

—Lo que usted cree siempre le parece muy importante, Hastings. Pero pasemos del Misterio del Jazmín Amarillo al Misterio del Curry.

—Ya sé. ¿Quién echó veneno en él? ¿Por qué lo hizo? Podría formularse un centenar de preguntas. Ah Ling, por supuesto, lo preparó. Pero, ¿por qué iba a querer matar a su señor? ¿Es miembro de un *tong* o algo parecido? En los periódicos se mencionan cosas de ese tipo. El *tong* del Jazmín Amarillo. Tampoco hemos de olvidarnos de Gerald Paynter.

Interrumpí bruscamente mi discurso.

—Sí —concluyó Poirot, afirmando con la cabeza—. No hemos de olvidarnos de Paynter, como usted dice. Es el heredero de su tío. Aquella noche, sin embargo, cenaba fuera de casa.

—Podría haber tenido acceso a alguno de los ingredientes del curry —sugerí—. Y habría procurado hallarse fuera para no compartir la comida envenenada.

Creo que mi razonamiento causó cierta impresión en Poirot. Nunca me había prestado una atención más respetuosa.

—Él regresa tarde —dije pausadamente, exponiendo un caso hipotético—. Ve luz en el estudio de su tío, entra y se encuentra con que su plan ha fracasado y empuja al anciano contra el fuego.

—El señor Paynter, que era un hombre vigoroso de cincuenta y cinco años, no se hubiera dejado quemar sin lucha, Hastings. Tal reconstrucción no es factible.

—Bien, Poirot —exclamé—, me temo que aquí se acaban los razonamientos. Veamos qué es lo que piensa usted.

Poirot me dirigió una sonrisa, hizo una profunda inspiración y empezó de modo pomposo.

—Suponiendo que se trata de un asesinato, surge enseguida esta pregunta: ¿por qué elegir precisamente este método? Sólo puede pensarse en una razón: el objetivo es confundir la identidad, quemar la cara hasta hacerla irreconocible.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Cree que…?

—Tenga paciencia, Hastings. Iba a seguir examinando esta teoría. ¿Hay algún motivo para pensar que el cadáver no es el del señor Paynter? ¿Cabe la posibilidad de que se trate del cadáver de otra persona? Examino estas preguntas y acabo por responder a ambas de modo negativo.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Y entonces?

Poirot parpadeó un poco.

—Y entonces me digo: «Puesto que hay algo que no consigo entender, convendría que investigara el asunto. No debo dejarme absorber por completo por el caso de los Cuatro Grandes». ¡Vaya! Estamos llegando. ¿Dónde se ha escondido mi cepillo de ropa? Aquí está. Le ruego que me cepille, amigo mío, y luego le prestaré el mismo servicio.

—Sí —dijo Poirot pensativamente, mientras guardaba el cepillo —, no debe uno dejarse llevar por una idea. He estado corriendo ese peligro. Imagínese, amigo mío, que incluso aquí, en este caso, corro ese peligro. Esas dos líneas que mencionó, un trazo hacia abajo y una línea en ángulo recto con la anterior, ¿no son el comienzo de un cuatro?

—¡Válgame Dios!, Poirot —exclamé riéndome.

—Le parecerá absurdo, pero veo la mano de los Cuatro Grandes en todas partes. Conviene que apliquemos nuestra inteligencia en un *milieu* completamente distinto. ¡Ah! Ahí está Japp, que viene a nuestro encuentro.

Capítulo X

INVESTIGACIÓN EN CROFTLANDS

El inspector de Scotland Yard estaba esperando en el andén y nos saludó calurosamente.

—Bien, *monsieur* Poirot, me alegro de verle. Pensé que le gustaría intervenir en esto. ¿Un caso excelente, no es así?

Interpreté el verdadero significado de esta expresión de Japp en el sentido de que se hallaba perplejo y esperaba recibir alguna indicación de Poirot.

Japp tenía un coche aguardando y en él fuimos hasta Croftlands. Era una casa cuadrada y blanca, nada pretenciosa y cubierta de plantas trepadoras, incluido el rutilante jazmín amarillo. Japp miró hacia las plantas cuando nosotros lo hicimos.

—No debía estar en sus cabales el pobre hombre cuando escribió eso —observó—. Quizá fueran alucinaciones y pensaba que estaba fuera.

Poirot le sonreía.

—Mi buen Japp, ¿qué cree usted que fue, un accidente o un asesinato? —preguntó.

El inspector se sintió un poco incómodo con la pregunta.

—Bueno, si no fuera por el asunto del curry, de todas todas creería que se trata de un accidente. Carece de sentido mantener la cabeza de un hombre vivo en el fuego. Sus gritos hubieran echado abajo la casa.

—¡Ah! —dijo Poirot en voz baja—. Qué tonto he sido. ¡Un perfecto imbécil! Es usted un hombre más listo que yo, Japp.

Este cumplido pilló a Japp un poco desprevenido, pues Poirot solía ser dado exclusivamente al autobombo. Se sonrojó y murmuró

algo acerca de que existían muchas dudas sobre la cuestión.

Atravesando la casa, el policía nos condujo hasta la habitación en la que se había producido la tragedia: el estudio del señor Paynter. Era una habitación amplia y baja con las paredes cubiertas de libros y grandes sillones de cuero.

Poirot miró enseguida a la ventana que daba a la terraza cubierta de grava.

—¿Estaba echado el picaporte de la ventana? —preguntó.

—Ahí está la clave de todo el asunto. Cuando el médico abandonó esta habitación, se limitó a cerrar la puerta tras él. A la mañana siguiente se encontró cerrada por dentro. ¿Quién la cerró? ¿El señor Paynter? Ah Ling dice que la ventana estaba cerrada y tenía echado el picaporte. El doctor Quentin, por otra parte, tiene la impresión de que estaba cerrada pero con el picaporte sin echar. De todos modos no puede jurar ni una cosa ni otra. Si pudiera, la cosa sería muy distinta. En caso de que el hombre haya sido asesinado, alguien debió entrar en la habitación a través de la puerta o de la ventana. Si fue a través de la puerta, se trata de un asunto interno; si entró por la ventana, el asesino pudo ser cualquier persona. La primera cosa que hicieron cuando descerrajaron la puerta fue abrir la ventana, y la doncella que lo hizo cree que el picaporte no estaba echado, aunque no es un buen testigo. ¡Recordará cualquier cosa que se le pida que recuerde!

—¿Qué me dice de la llave?

—De nuevo ha tocado uno de los puntos clave. Estaba en el suelo entre los restos de la puerta. Pudo caer desde el ojo de la cerradura, aunque también podía haberla dejado allí cualquiera de las personas que entraron. Cabe también la posibilidad de que alguien la deslizara por debajo de la puerta desde fuera.

—Por lo que veo todo es hipotético, ¿verdad?

—Ha dado en el clavo, *monsieur* Poirot. Así es precisamente.

Poirot miraba a su alrededor, y su ceño fruncido reflejaba su insatisfacción.

—No consigo ver ningún rayito de luz —murmuró—. De pronto me parece verlo y enseguida vuelvo a hallarme en la más completa oscuridad. Me falta un indicio… el motivo.

—El joven Gerald Paynter tenía un buen motivo —observó Japp

sombríamente—. Ha llevado una vida bastante desordenada, puedo asegurárselo. *Además* de extravagante. Ya sabe cómo son los artistas: completamente amorales.

Poirot no prestó mucha atención a las rigurosas generalizaciones de Japp sobre el temperamento artístico. Se limitó a sonreír con intención.

—Mi buen Japp, ¿es posible que eche barro en mis ojos? Sé perfectamente bien que es del chino de quien sospecha. Pero es usted tan ingenioso que quiere que le ayude y para ello empieza por ofrecerme pistas falsas.

Japp se echó a reír.

—Eso es característico de usted, señor Poirot. Sí, apostaría a que ha sido el chino, tengo que reconocerlo. Lo lógico es suponer que fue él quien preparó el curry, y si aquella noche intentó una vez deshacerse de su amo, pudo intentarlo dos veces.

—Me extraña —dijo Poirot suavemente.

—Lo que no comprendo es el motivo. Supongo que se tratará de alguna salvaje venganza.

—No lo creo así —terció Poirot de nuevo—. ¿No ha habido robo? ¿No ha desaparecido nada? ¿Ni joyas, ni dinero, ni documentos?

—No, ahí está, nada de eso ha ocurrido.

Presté atención con interés, y otro tanto hizo Poirot.

—No hubo robo —explicó Japp—. Pero el viejo estaba escribiendo un libro. No lo supimos hasta esta mañana cuando se recibió una carta de los editores pidiendo el manuscrito. Según parece acababa de terminarlo. El joven Paynter y yo lo hemos buscado por todas partes, pero no aparece ni rastro de él. El fallecido debió esconderlo en algún sitio.

Los ojos de Poirot brillaban con la luz verde que yo tan bien conocía.

—¿Cómo se titulaba ese libro? —preguntó.

—*El Poder Oculto en China*. Creo que así se titulaba.

—¡Vaya! —dijo Poirot, gritando casi de asombro. Luego añadió rápidamente—: Quiero ver a Ah Ling.

Fue requerida la presencia del chino y éste apareció, arrastrando los pies, con los ojos bajos. Su coleta se balanceaba al andar. Su

cara impasible no mostraba ningún indicio de emoción.

—Ah Ling —dijo Poirot—, ¿siente que su amo haya muerto?

—Lo he sentido mucho. Era un buen amo.

—¿Sabe quién le mató?

—No lo sé. Se lo habría dicho a la policía si lo supiera.

Siguieron las preguntas y respuestas. Con la misma cara impasible, Ah Ling describió cómo había preparado el curry. Dijo que la cocinera no había tenido nada que ver con ello, ya que ningunas otras manos salvo las suyas habían tocado la comida. Me pregunté si se daría cuenta del perjuicio que podía causarle esta afirmación. Confirmó también que la ventana que daba al jardín tenía echado el picaporte aquella noche. Si por la mañana estaba abierta es que su amo debía haberla abierto. Por último, Poirot le dio permiso para que se retirara.

—Con eso basta, Ah Ling.

Sin embargo, cuando el chino no había hecho más que llegar a la puerta, Poirot volvió a llamarle.

—¿Y no sabe nada del Jazmín Amarillo?

—No, ¿qué habría de saber?

—¿Tampoco sabe nada del signo que estaba escrito debajo de esas palabras?

Poirot se inclinó hacia adelante según hablaba, y rápidamente trazó algo sobre el polvo de una mesita. Apenas había acabado su dibujo cuando lo borró. Un trazo hacia abajo, una línea en ángulo recto, y luego una segunda línea hacia abajo que completaba un gran cuatro. El efecto sobre el chino fue eléctrico. Durante un momento se reflejó en su cara un miedo insuperable. Luego, con la misma rapidez, se mostró impasible de nuevo y, repitiendo su solemne negativa, se retiró.

Japp salió en busca del joven Paynter y Poirot y yo quedamos a solas.

—Los Cuatro Grandes, Hastings —exclamó Poirot—. Una vez más los Cuatro Grandes. Paynter fue un gran viajero. Su libro contenía sin duda información vital referente a las andanzas del Número Uno, Li Chang Yen, cabeza y cerebro de los Cuatro Grandes.

—Pero quién… cómo…

—¡Silencio! Aquí vienen.

Gerald Paynter era un joven afable de aspecto más bien endeble. Llevaba una suave barba de color castaño y utilizaba una corbata de lazo peculiar. Respondió a las preguntas de Poirot con bastante presteza.

—Cené fuera con unos vecinos nuestros, los Wycherlys —explicó —. ¿Que a qué hora regresé a casa? Alrededor de las once. Disponía de un llavín, ya sabe usted. Todos los sirvientes se habían acostado y, naturalmente, pensé que mi tío había hecho lo mismo. En realidad, creo que atisbé a ese silencioso mendigo chino de Ah Ling merodeando por un rincón del salón, pero es posible que estuviera equivocado.

—¿Cuándo vio por última vez a su tío, señor Paynter? Quiero decir antes de que viniera a vivir con él.

—¡Oh! No le había visto desde que yo era un niño de diez años. Él y su hermano (mi padre) habían reñido.

—Pero él le encontró a usted de nuevo sin dificultad, ¿no es así?, a pesar de todos los años transcurridos.

—Sí, fue una suerte que viera el anuncio del abogado.

Poirot ya no hizo más preguntas.

Nuestro paso siguiente consistió en visitar al doctor Quentin. Lo que nos dijo era sustancialmente lo mismo que había declarado en la investigación judicial, y poco tenía que añadir a ello. Nos recibió en su consulta, ya que habíamos llegado a continuación de sus últimos pacientes. Parecía un hombre inteligente. Aunque sus maneras un poco afectadas cuadraban bien con sus quevedos, pensé que debía de estar al día en lo que a métodos se refiere.

—Me gustaría poder recordar lo de la ventana —dijo con franqueza—. Pero es peligroso pensar las cosas de nuevo, porque acaba uno viendo cosas que no existieron nunca. Eso es psicología, ¿no es así, *monsieur* Poirot? Como ven, he leído todo lo que concierne a sus métodos, y puedo decir que soy un gran admirador suyo. No, supongo que es absolutamente cierto que el chino puso los polvos de opio en el curry, pero nunca lo confesará, y nunca sabremos por qué. Pero sujetar a un hombre contra una estufa es algo que no va con el carácter de nuestro amigo chino. Al menos eso me parece a mí.

Comenté esta última cuestión con Poirot cuando íbamos por la calle principal de Market Handford.

—¿Cree que facilitó la entrada a algún cómplice? —pregunté—. Por cierto, supongo que podremos confiar en que Japp lo mantendrá vigilado. (El inspector se había quedado en la comisaría de policía para resolver unos trámites). Los emisarios de los Cuatro Grandes son muy activos.

—Japp los está vigilando a los dos —dijo Poirot severamente—. Han sido seguidos estrechamente desde que fue descubierto el cadáver.

—Bien, en cualquier caso *nosotros* sabemos que Gerald Paynter no tuvo nada que ver en el asunto.

—Usted siempre sabe mucho más que yo, Hastings, y eso resulta bastante molesto.

—Menudo zorro está usted hecho —dije riéndome—. Nunca se compromete.

—Si he de serle franco, Hastings, el caso lo tengo ahora completamente claro, si dejamos de lado lo relacionado con las palabras *Jazmín Amarillo*. A este último respecto estoy llegando a la misma conclusión que usted: no guardan relación alguna con el crimen. En un caso como éste, uno tiene que decidir quién está mintiendo. Ya he llegado a esa decisión. Y sin embargo…

De repente se apartó muy rápidamente y entró en una librería. Al cabo de unos minutos salió con un gran paquete. Enseguida se nos unió Japp y juntos buscamos alojamiento en la posada.

A la mañana siguiente me desperté tarde. Cuando bajé a la habitación reservada para nosotros, me encontré con que Poirot ya estaba allí, paseando arriba y abajo, con la cara contraída por la angustia.

—No converse conmigo —exclamó, rechazándome con un ademán de su mano—. No me hable hasta que yo sepa que todo está bien, que se ha practicado el arresto. ¡Ah!, mi psicología no ha estado a la altura de las circunstancias. Hastings, si un hombre escribe un mensaje en el momento de su muerte es porque es importante. Todo el mundo ha dicho, «¿Jazmín Amarillo? Eso no significa nada. Hay jazmín amarillo trepando por toda la casa».

»Bien, ¿qué significa eso? Simplemente lo que dice. Escuche —y

levantó un librito que sostenía en la mano.

»Amigo mío, se me ocurrió que haría bien en investigar la cuestión. ¿Qué es exactamente el jazmín amarillo? En este librito lo dice. Escuche.

Y leyó.

«Gelsemini Radix. Jazmín amarillo. Composición: alcaloides, *gelseminina* $C_{22}H_{26}N_2O_3$ (potente veneno que actúa como la coniína), *gelsemina* $C_{12}H_{14}NO_2$ (que actúa como la estricnina), *ácido gelsémico*, etc. El gelsemio es un poderoso depresor del sistema nervioso central. En la última fase de su acción paraliza las terminaciones de los nervios motores, y en grandes dosis causa vértigo y pérdida de la fuerza muscular. La muerte se debe a la parálisis del centro respiratorio».

—¿Ve usted, Hastings? Al principio tuve un atisbo de la verdad cuando Japp me hizo su observación acerca del hecho de que se forzara a un hombre vivo con objeto de que pereciera junto al fuego. Me di cuenta entonces de que lo que había sido quemado era un hombre muerto.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué objeto tuvo?

—Amigo mío, si tuviera usted que disparar a un hombre, o apuñalarle después de muerto, o incluso golpearle la cabeza, estaría claro que las heridas se le infligieron después de la muerte. Pero con la cabeza hecha cenizas, nadie pensaría en buscar causas oscuras para la muerte, y un hombre que evidentemente acaba de escapar de ser envenenado durante la cena no es probable que sea envenenado inmediatamente después. ¿*Quién* miente? Ésa es siempre la pregunta. Decidí creer lo que dijo Ah Ling…

—¡Qué! —exclamé.

—¿Le sorprende, Hastings? Ah Ling conocía la existencia de los Cuatro Grandes, eso era evidente. Tan evidente que se puso de manifiesto que hasta aquel momento él no sabía nada de la relación de los Cuatro Grandes con el crimen. Si él hubiera sido el asesino, habría podido mantener perfectamente su cara impasible. Por consiguiente, decidí confiar en Ah Ling y centrar mis sospechas en Gerald Paynter. Me pareció que para el Número Cuatro resultaría muy fácil hacer el papel de un sobrino perdido mucho tiempo atrás.

—¡Qué! —dije—. ¿El Número Cuatro?

—No, Hastings, no el Número Cuatro. Tan pronto como leí lo del jazmín amarillo comprendí la verdad. En realidad saltó ante mis ojos.

—Como siempre —dije fríamente— no saltó ante los míos.

—Porque usted no quiere utilizar sus pequeñas células grises. ¿Quién tuvo oportunidad de manipular el curry?

—Ah Ling. Nadie más.

—¿Nadie más? ¿*Qué me dice del médico*?

—Pero eso fue *después*.

—Por supuesto que fue después. No había ningún indicio de polvo de opio en el curry servido al señor Paynter, pero actuando de acuerdo con las sospechas que el doctor Quentin había suscitado, el anciano no se lo come y lo guarda para entregárselo al médico interino, al que cita de acuerdo con un plan. Llega el doctor Quentin, se hace cargo del curry y *le pone al señor Paynter una inyección*… Aunque se señala que la inyección es de estricnina, en realidad se trata de jazmín amarillo, una dosis venenosa. Cuando la droga empieza a surtir efecto, él se marcha, después de dejar abierto el cierre de la ventana. Luego, por la noche, vuelve por la ventana, encuentra el manuscrito, y empuja al fuego al señor Paynter. No se fija en el periódico que cae al suelo y que queda cubierto por el cuerpo del anciano. Paynter sabía qué droga le habían dado, y se esforzó en acusar a los Cuatro Grandes de su asesinato. A Quentin le fue fácil mezclar opio con el curry antes de entregarlo para que fuera analizado. Da su versión de la conversación con el viejo y menciona la inyección de estricnina de modo casual, para el caso de que se observe la marca que dejó la aguja hipodérmica. Inmediatamente, y debido al envenenamiento del curry, las sospechas se dividen entre un accidente y la culpabilidad de Ah Ling.

—¡Pero el doctor Quentin no puede ser el Número Cuatro!

—Me figuro que sí. Hay indudablemente un verdadero doctor Quentin que probablemente está en algún lugar alejado. El Número Cuatro ha representado su papel durante un breve tiempo. El acuerdo con el doctor Bolitho se llevó a cabo por correspondencia, porque el hombre que originalmente tenía que sustituirlo enfermó en el último momento.

En ese instante Japp entró precipitadamente con la cara muy colorada.

—¿Lo ha detenido? —exclamó Poirot con ansia.

Japp negó con la cabeza y dijo sin aliento:

—Bolitho volvió de sus vacaciones esta mañana, reclamado por un telegrama. Nadie sabe quién se lo envió. El otro hombre se marchó anoche. Pero lo detendremos.

Poirot movió negativamente la cabeza con calma.

—Creo que no —agregó, y abstraído trazó un gran cuatro sobre la mesa con un tenedor.

Capítulo XI

UN PROBLEMA DE AJEDREZ

Poirot y yo solemos cenar en un pequeño restaurante del barrio de Soho. Estábamos allí una noche, cuando observamos la presencia de un amigo en una mesa contigua. Era el inspector Japp, y como había sitio en nuestra propia mesa, se acercó y se reunió con nosotros. Hacía algún tiempo que no nos veíamos.

—Ya no viene nunca a vernos —dijo Poirot en tono de reproche —. No nos hemos visto desde el asunto del Jazmín Amarillo, y de eso ya hace casi un mes.

—He estado en el norte. Por eso ha sido. ¿Cómo les van las cosas? ¿Los Cuatro Grandes pisan fuerte todavía, eh?

Poirot movió un dedo ante él a manera de reproche.

—¡Ah!, se burla usted de mí, pero los Cuatro Grandes existen.

—No me cabe duda alguna. Pero no son el eje del universo, como usted da a entender.

—Amigo mío, está muy equivocado. La mayor organización del mal en el mundo actual son esos «Cuatro Grandes». Lo que pretenden nadie lo sabe, pero nunca ha existido una organización tan criminal. La mejor inteligencia de China es quien los dirige, un millonario norteamericano y una mujer de ciencia francesa son otros dos miembros, y en cuanto al cuarto…

Japp interrumpió.

—Ya lo sé… ya lo sé. Tiene usted una idea fija acerca de todo esto. Se está convirtiendo en su pequeña manía, *monsieur* Poirot. Hablemos de alguna otra cosa para variar. ¿Le gusta el ajedrez?

—He jugado algunas veces, sí.

—¿Se enteró de ese curioso caso de ayer? Se enfrentaron dos

jugadores de fama mundial y uno de ellos murió durante la partida.

—Algo leí sobre ello. El doctor Savaronoff, el campeón ruso, era uno de los jugadores, y el otro, el que sucumbió por un ataque cardíaco, era el brillante joven norteamericano Gilmour Wilson.

—Exactamente. Savaronoff venció a Rubinstein y de ese modo se convirtió en campeón de Rusia hace unos años. Se dijo que Wilson iba a ser un segundo Capablanca.

—Ha sido un suceso muy curioso —dijo Poirot, distraído—. Si no me equivoco, tiene usted un interés particular en el asunto.

Japp se echó a reír con cierto embarazo.

—Ha dado en el clavo, *monsieur* Poirot. Estoy perplejo, porque Wilson estaba perfectamente sano. No había ningún indicio de que pudiera sufrir del corazón. Su muerte es completamente inexplicable.

—¿Sospecha que el doctor Savaronoff lo haya quitado de en medio? —exclamé.

—No del todo —dijo Japp secamente—. No creo que ningún ruso sea capaz de asesinar a otro hombre con el simple fin de evitar una derrota en una partida de ajedrez; en cualquier caso, por lo que he podido averiguar, Savaronoff hubiera sido una víctima más lógica, ya que se le tiene por un hacha jugando al ajedrez… dicen que es el que le sigue a Lasker.

En actitud pensativa, Poirot hizo un gesto de afirmación con una inclinación de cabeza.

—Entonces, ¿cuál es exactamente su pequeña idea? —preguntó —. ¿Por qué envenenar a Wilson? Me imagino que tiene usted la sospecha de que hay veneno de por medio.

—Naturalmente. Cuando los médicos hablan de un fallo del corazón o de colapso cardíaco, lo único que quieren decir es que el corazón ha dejado de latir. Eso es lo que oficialmente dice un médico en el momento; pero a veces sucede que en privado nos da a entender que no está satisfecho.

—¿Cuándo se va a realizar la autopsia?

—Esta noche. La muerte de Wilson ha sido extraordinariamente repentina. Tenía un aspecto completamente normal y estaba moviendo una de las piezas sobre el tablero cuando de pronto cayó hacia adelante… ¡muerto!

—Hay muy pocos venenos que obren de este modo —objetó Poirot.

—Ya lo sé. Espero que la autopsia nos ayude. Pero, ¿por qué podía desear nadie quitar de en medio a Gilmour Wilson? Eso es lo que me gustaría saber. Era un joven inofensivo y sin pretensiones que acababa de llegar de los Estados Unidos y por lo que sabemos carecía de enemigos.

—Parece increíble —dije pensativamente.

—Nada de eso —terció Poirot, sonriendo—. Estoy seguro de que Japp tiene ya su teoría.

—La tengo, *monsieur* Poirot. No creo que el veneno estuviera destinado a Wilson sino al otro hombre.

—¿Savaronoff?

—Sí. Savaronoff cayó en desgracia con los bolcheviques al estallar la Revolución. Incluso se habló de que lo habían matado. En realidad se escapó y durante tres años sufrió increíbles penalidades en las estepas de Siberia. Sus sufrimientos fueron tan grandes que acabó por convertirse en un hombre distinto. Sus amigos y conocidos dicen que apenas le habrían reconocido. Su cabello blanco y todo su aspecto es el de un hombre terriblemente envejecido. Está casi inválido y rara vez sale de su casa, en la que vive solo con una sobrina, Sonia Daviloff, y un criado ruso, en un piso cerca de Westminster. Es posible que todavía se considere un hombre marcado. Se mostró muy poco dispuesto a aceptar el desafío del norteamericano: se negó categóricamente varias veces y sólo cedió cuando los periódicos empezaron a escandalizarse por su «negativa antideportiva». Gilmour Wilson había estado retándole con una pertinacia verdaderamente yanqui y al final logró su propósito. Ahora yo le pregunto, *monsieur* Poirot, ¿por qué se negaba a jugar? Pues porque no deseaba atraer la atención hacia él. No quería que nadie pudiera ponerse sobre su pista. Ésta es mi solución: Gilmour Wilson fue asesinado por equivocación.

—¿No hay nadie que tenga una razón particular para obtener provecho de la muerte de Savaronoff?

—Bueno, supongo que su sobrina. Recientemente él entró en posesión de una inmensa fortuna que le había dejado *madame* Gospoja, cuyo marido monopolizaba el negocio del azúcar en el

antiguo régimen. Tengo entendido que *madame* Gospoja y Savaronoff tuvieron un amorío, y que ella se negó resueltamente a dar crédito a las noticias que corrían sobre la muerte del doctor en tiempos de la Revolución.

—¿Dónde tuvo lugar el torneo?

—En la propia residencia de Savaronoff. Como ya le he dicho, él está inválido.

—¿Acudieron muchas personas a presenciar la partida?

—Por lo menos una docena; probablemente más.

Poirot hizo una mueca expresiva.

—Mi buen amigo Japp. Me temo que su tarea no va a ser nada fácil.

—Una vez que sepa definitivamente que Wilson fue envenenado, podré continuar.

—Eso siempre que esté usted en lo cierto en cuanto a la suposición de que el veneno estaba destinado a Savaronoff, ¿no se le ha ocurrido pensar, entre tanto, que el asesino puede intentarlo de nuevo?

—Por supuesto que sí. Tengo a dos hombres vigilando la residencia de Savaronoff.

—Eso será muy útil para el caso de que alguien se presente allí con una bomba bajo el brazo —señaló Poirot secamente.

—Le veo muy interesado por este caso, *monsieur* Poirot —dijo Japp con un guiño—. ¿Le importaría darse una vuelta por el depósito de cadáveres y ver el cuerpo de Wilson antes de que los médicos empiecen la autopsia? Quién sabe, su alfiler de corbata puede estar torcido y ello podría darle una pista valiosa para resolver el misterio.

—Mi querido Japp, durante toda la cena mis dedos ardían de impaciencia por colocarle bien a usted su alfiler de corbata. ¿Me permite? ¡Ah!, así está mucho mejor. Sí, ¡no faltaba más!, vayamos al depósito.

Me di cuenta de que la atención de Poirot estaba completamente cautivada por este nuevo problema. Hacía tanto tiempo que no había mostrado interés por ningún caso ajeno al de los Cuatro Grandes que me alegré mucho de verle de nuevo en forma.

Por mi parte, sentí una gran piedad al mirar el cuerpo inmóvil y

la cara convulsa del desventurado joven norteamericano que había encontrado la muerte de un modo tan extraño. Poirot examinó atentamente el cadáver. Salvo una pequeña cicatriz en la mano izquierda, no había rastro de señales en ninguna parte del cuerpo.

—El médico dice que no se trata de un corte, sino de una quemadura —explicó Japp.

La atención de Poirot se desplazó luego al contenido de los bolsillos del muerto, que un agente de policía esparció para facilitar nuestra inspección. No había gran cosa que ver: un pañuelo, llaves, un monedero lleno de billetes y algunas cartas sin importancia. Pero un objeto que se mantenía de pie atrajo el interés de Poirot.

—¡Una pieza de ajedrez! —exclamó—. Un alfil blanco. ¿Lo llevaba en el bolsillo?

—No, lo tenía asido en la mano. Nos costó mucho trabajo quitárselo de entre los dedos. Habrá que devolvérselo al doctor Savaronoff. Forma parte de un hermoso conjunto de piezas de ajedrez talladas en marfil.

—Permítame que sea yo quien se lo devuelva. Será una buena excusa para hacerle una visita.

—¡Vaya! —exclamó Japp—. ¿De modo que quiere intervenir en este caso?

—Lo confieso. Ha despertado usted mi interés con gran habilidad.

—Eso está bien. Así saldrá de su ensimismamiento. Veo que el capitán Hastings también parece complacido.

—Así es —dije riendo.

Poirot se volvió de nuevo hacia el cadáver.

—¿No puede facilitarme ningún otro detalle sobre él?

—No creo.

—¿Ni siquiera que era zurdo?

—Es usted un adivino, *monsieur* Poirot. ¿Cómo lo ha averiguado? Era zurdo, en efecto. Aunque no creo que tenga nada que ver con el caso.

—Absolutamente nada —convino rápidamente Poirot al ver que Japp se enfurruñaba un poco—. No era más que una broma. Ya sabe que me gusta gastárselas.

Salimos de allí en amigable disposición.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino hacia el piso del doctor Savaronoff en Westminster.

—Sonia Daviloff —dije pensativo—. Es un nombre bonito.

Poirot se detuvo y me lanzó una mirada de desesperación.

—¡Siempre buscando aventuras sentimentales! Es usted incorregible. ¿Qué le parecería si Sonia Daviloff resultara ser la condesa Vera Rossakoff, nuestra buena amiga y enemiga?

Al oír mencionar a la condesa, mi cara se ensombreció.

—Poirot, no sospechará usted…

—No, de ningún modo. ¡Era una broma! Diga lo que diga Japp, mi preocupación por los Cuatro Grandes no ha llegado hasta ese extremo.

Un criado de rostro característicamente inexpresivo nos abrió la puerta del piso. Parecía extremadamente difícil que con aquella cara impasible se pudiera expresar alguna vez una emoción.

Poirot le hizo entrega de una tarjeta en la que ya había escrito unas palabras de introducción, y nos hicieron pasar a una habitación amplia y de techo bajo decorada con ricos tapices y curiosos objetos. Varios iconos maravillosos colgaban de las paredes y el suelo estaba cubierto con exquisitas alfombras persas. Sobre una mesa se veía un samovar.

Cuando examinaba uno de los iconos, que juzgaba de un valor considerable, me di la vuelta y observé que Poirot estaba echado boca abajo en el suelo. Por hermosa que fuera la alfombra, no percibí la necesidad de un examen tan próximo.

—¿Tan maravillosa le parece? —pregunté.

—¿Eh? ¡Oh! ¿Se refiere a la alfombra? No, no era la alfombra lo que estaba observando. Pero efectivamente es un bello ejemplar, demasiado bello para haberlo atravesado desconsideradamente con un clavo por su mitad. No, Hastings —dijo Poirot al ver que me acercaba—, el clavo no está ahí ahora. Pero ha quedado el agujero.

Un súbito ruido producido a nuestras espaldas hizo que yo me volviera y que Poirot se pusiera en pie rápidamente. En el umbral de la puerta estaba una muchacha. Nos miraba con atención no exenta de sospecha. Era de mediana estatura, con una cara bella aunque algo malhumorada, ojos azul oscuro y una cabellera muy negra y corta. Su voz parecía rica y sonora y su acento nada tenía

que ver con el inglés.

—Me temo que mi tío no podrá verles. Está casi inválido.

—Es una lástima, aunque quizá tenga usted la amabilidad de ayudarnos. ¿Es usted *mademoiselle* Daviloff, no es así?

—Sí, soy Sonia Daviloff. ¿Qué es lo que desea saber?

—Estoy realizando algunas investigaciones acerca del triste asunto de anteanoche: la muerte del señor Wilson. ¿Qué puede decirme de ello?

La muchacha abrió mucho los ojos.

—Murió de un fallo cardíaco… cuando jugaba al ajedrez.

—La policía no está tan segura de que fuera un fallo cardíaco, *mademoiselle*.

La muchacha hizo un gesto de terror.

—Entonces era cierto —exclamó—. Iván tenía razón.

—¿Quién es Iván y por qué dice que tenía razón?

—Iván es el hombre que les ha abierto la puerta… y ya me había dicho que creía que Gilmour Wilson no había muerto de muerte natural sino que había sido envenenado por equivocación.

—¿Por equivocación?

—Sí, el veneno estaba destinado a mi tío.

Se había olvidado por completo de su desconfianza inicial y hablaba con vehemencia.

—¿Por qué dice eso, *mademoiselle*? ¿Quién podría desear envenenar al doctor Savaronoff?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé. No estoy informada. Y mi tío no querrá confiarse a mí, lo cual es natural, quizá. Él apenas me conoce. Me conoció cuando yo era una niña y desde entonces no ha vuelto a verme hasta que vine a Londres a vivir con él. Pero lo que sí sé es que teme algo. En Rusia tenemos muchas sociedades secretas y en cierta ocasión escuché algo que me hizo pensar que teme precisamente a una de esas sociedades. Dígame, *monsieur* —dio un paso hacia adelante y bajó la voz—, ¿ha oído hablar alguna vez de una sociedad denominada los Cuatro Grandes?

Poirot se llevó una sorpresa mayúscula. El asombro hizo que abriera desmesuradamente los ojos.

—¿Por qué… qué sabe usted de los Cuatro Grandes,

mademoiselle?

—¡Así que esa sociedad existe! Oí por casualidad que hablaban de ella y le pregunté a mi tío después. Nunca he visto un hombre más asustado. Se puso blanco y tembloroso. Les tenía mucho miedo, *monsieur*, un miedo muy grande. Estoy segura de ello. Y, por equivocación, mataron a Wilson.

—Los Cuatro Grandes —murmuró Poirot—. ¡Siempre los Cuatro Grandes! Ha sido una coincidencia sorprendente, *mademoiselle*. Su tío está todavía en peligro. Debo salvarle. Cuénteme ahora lo que sucedió exactamente aquella noche fatal. Enséñeme el tablero de ajedrez, la mesa, explíqueme cómo estaban sentados los hombres, en fin, todo.

La muchacha se dirigió al otro lado de la habitación y sacó una mesita. La parte superior constituía un primoroso trabajo de taracea, realizado a base de cuadros de plata y madera negra que representaban un tablero de ajedrez.

—Esta mesa se la enviaron como regalo a mi tío hace unas semanas, con el ruego de que la utilizara en la partida siguiente que jugase. Estaba en el centro de la habitación… así.

Poirot examinó la mesa con una atención que a mí me pareció completamente innecesaria. Su manera de llevar adelante la investigación no era probablemente la más adecuada. Muchas de las preguntas parecían no tener objeto alguno. Además, el efecto que producía era que saltaba por encima de las cuestiones verdaderamente esenciales. Llegué a la conclusión de que la inesperada mención de los Cuatro Grandes le había sacado de sus casillas.

Tras examinar la mesa durante un minuto y estudiar la posición exacta que había ocupado, pidió se le mostraran las piezas de ajedrez. Sonia Daviloff se las llevó en una caja. Examinó unas cuantas de un modo superficial.

—Un juego exquisito —murmuró algo distraído.

Sin embargo, no hizo ninguna pregunta sobre las bebidas que se habían consumido durante la partida o sobre las personas que habían estado presentes.

Me aclaré la garganta significativamente.

—No cree usted, Poirot, que…

Él me interrumpió perentoriamente.

—No piense, amigo mío. Deje eso para mí. *Mademoiselle*, ¿no podríamos hacer algo para ver a su tío?

Una ligera sonrisa se dibujó en la cara de la muchacha.

—Sí, podrá verle. Comprenda que forma parte de mis obligaciones entrevistar primero a todos los extraños.

Salió de la sala. Oí un murmullo de voces en la habitación contigua y momentos después reapareció y nos condujo a la habitación de la que acababa de salir.

El hombre que se hallaba tendido en un sofá tenía una figura imponente. Era alto y delgado, con enormes y pobladas cejas. Su barba tenía un notable color blanco, y su cara aparecía demacrada como consecuencia del hambre y las penalidades: el doctor Savaronoff tenía una personalidad inequívoca. Observé la forma peculiar de su cabeza, inusitadamente alta. Había oído decir que los jugadores de ajedrez tienen cerebros de gran tamaño. Se comprendía fácilmente que el doctor Savaronoff fuera el segundo mejor jugador del mundo.

Poirot se inclinó.

—*Monsieur le docteur*, ¿podría hablar con usted a solas?

Savaronoff se dirigió a su sobrina.

—Déjanos, Sonia.

Ella abandonó la habitación obedientemente.

—Usted me dirá, señor.

—Doctor Savaronoff, recientemente entró usted en posesión de una enorme fortuna. Si muriese inesperadamente, ¿quién la heredaría?

—He hecho testamento dejándoselo todo a mi sobrina, Sonia Daviloff. No creerá usted…

—No creo nada, pero usted no había visto a su sobrina desde que era niña. No sería difícil que otra persona representase su papel.

Savaronoff quedó estupefacto ante esta indicación. Poirot continuó.

—Respecto a este punto basta con lo que le he dicho. Le pongo sobre aviso. Eso es todo. Me gustaría que me describiera la partida de ajedrez que jugó la otra noche.

—¿Qué entiende por describir?

—Bueno, no soy jugador de ajedrez, pero tengo entendido que existen varios modos de empezar: por ejemplo… el gambito, ¿no lo llaman así?

El doctor Savaronoff sonrió ligeramente.

—¡Ah!, ahora le comprendo. Wilson hizo una apertura Ruy López, que es una de las más seguras que existen y la que se adopta con mayor frecuencia en los torneos y partidas.

—¿Y cuánto tiempo llevaban jugando cuando ocurrió la tragedia?

—Debió ser alrededor del tercer o cuarto movimiento cuando de pronto Wilson cayó sobre la mesa. Parecía fulminado por un rayo.

Poirot se levantó para marcharse. Aunque formuló su última pregunta como si careciera por completo de importancia, yo sabía que no era así.

—¿Comió o bebió alguna cosa?

—Un whisky con soda, me parece.

—Gracias, doctor Savaronoff. No le molesto más.

Iván se hallaba en el vestíbulo, dispuesto a acompañarnos hasta la puerta. Poirot se quedó retrasado en el umbral.

—¿Sabe usted quién vive en el piso de abajo?

—Sir Charles Kingwell, un diputado, señor. Aunque ha sido alquilado recientemente.

—Gracias.

Al salir nos sumergimos en la brillante luz solar invernal.

—Poirot, la verdad es que no creo que su actuación haya sido muy brillante en esta ocasión. Sus preguntas me parecieron fuera de lugar.

—¿Lo cree así, Hastings? —me miró con aire suplicante, y añadió—: Sí, es verdad, me sentí *bouleversé*. ¿Qué habría preguntado usted?

Consideré la cuestión cuidadosamente y luego expuse a grandes rasgos mi plan a Poirot. Él parecía escucharme con gran interés. Mi monólogo duró casi hasta llegar a casa.

—Excelente y muy completo, Hastings —dijo Poirot, mientras introducía su llave en la puerta y me precedía al subir la escalera—. Pero completamente innecesario.

—¡Innecesario! —exclamé asombrado—. Si el hombre fue envenenado…

—¡Vaya! —exclamó Poirot abalanzándose sobre una nota que se hallaba encima de la mesa—. Es de Japp. Lo esperaba.

Me la entregó. Era un mensaje breve y concreto. No se habían encontrado vestigios de veneno y nada parecía indicar de qué forma había muerto el hombre.

—Ya ve —dijo Poirot—, nuestras preguntas hubieran sido completamente innecesarias.

—¿Adivinó esto de antemano?

—«Prediga el probable resultado de la mano» —recordó Poirot un reciente problema de bridge al que yo había dedicado mucho tiempo—. *Mon ami*, cuando uno tiene éxito en una cosa así, no se dice que lo ha adivinado.

—No sea quisquilloso —dije con impaciencia—. ¿Había previsto esto?

—Sí, en efecto.

—¿Por qué?

Poirot metió la mano en el bolsillo y sacó un alfil blanco.

—Se ha olvidado de devolverle su alfil al doctor Savaronoff —exclamé.

—Está en un error, amigo mío. Ese alfil sigue todavía en mi bolsillo izquierdo. Este otro lo tomé de la caja de ajedrez que *mademoiselle* Daviloff tuvo la amabilidad de permitir que examinara. El plural de un alfil es dos alfiles.

Pronunció la «s» final con un gran siseo. Yo estaba completamente desconcertado.

—Pero, ¿por qué se lo llevó?

—*Parbleu*, quería saber si eran exactamente iguales.

Los dejó en la mesa uno junto a otro.

—Bien, por supuesto —dije yo—, son exactamente iguales.

Poirot los miró con la cabeza ladeada.

—Le confieso que lo parecen. Pero uno no debe dar ningún hecho por sentado hasta que lo haya podido comprobar. Tráigame por favor mi pequeña balanza.

Con infinito cuidado pesó las dos piezas de ajedrez. Luego se volvió hacia mí con la cara iluminada por el triunfo.

—Estaba en lo cierto. Ya ve cómo tenía razón. ¡Es imposible engañar a Hércules Poirot!

Se precipitó hacia el teléfono y aguardó con impaciencia.

—¿Es usted, Japp? ¡Ah! Es usted. Aquí Hércules Poirot. Vigile al criado Iván. De ningún modo deje que se le escape de entre las manos. Sí, sí, tal como le digo.

Colgó el auricular y se volvió hacia mí.

—¿Todavía no se ha dado cuenta, Hastings? Se lo explicaré. Wilson no fue envenenado sino electrocutado. Una fina varilla de metal atraviesa cada una de estas piezas de ajedrez. La mesa estaba preparada de antemano y dispuesta en un determinado lugar de la habitación. Al colocar el alfil sobre uno de los cuadrados de plata, la corriente pasó a través del cuerpo de Wilson, matándole instantáneamente. La única huella que dejó en el cuerpo de Wilson fue una quemadura eléctrica en su mano izquierda, porque era zurdo. La «mesa especial» era un mecanismo extremadamente ingenioso. La mesa que yo examiné era un duplicado perfectamente inocente. La reemplazaron por la otra inmediatamente después del crimen. El mecanismo fue accionado desde el piso de abajo que, recuerde, fue alquilado amueblado. Pero por lo menos tuvo que haber un cómplice en el piso de Savaronoff. La muchacha es un agente de los Cuatro Grandes, que trabaja para heredar el dinero de Savaronoff.

—¿E Iván?

—Tengo muy fundadas sospechas de que Iván es nada menos que el famoso Número Cuatro.

—¿*Cómo*?

—Sí. Se trata indudablemente de un maravilloso actor. Lo que entre la gente de teatro se llama una «barba». Puede representar cualquier papel.

Recordé nuestras pasadas aventuras; el empleado del manicomio, el joven de la carnicería, el afable doctor, todos el mismo hombre y todos absolutamente distintos entre sí.

—Es asombroso —dije por fin—. Todo encaja. Savaronoff barruntó que algo se tramaba y por eso es por lo que se mostraba tan poco dispuesto a jugar la partida.

Poirot me miró sin hablar. Luego se volvió bruscamente de

espaldas y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—¿Tiene por casualidad un libro de ajedrez, *mon ami*? —dijo de pronto.

—Creo que lo debo tener por ahí.

Tardé algún tiempo en encontrarlo, pero por fin pude llevárselo a Poirot, el cual se hundió en un sillón y empezó a leerlo con gran atención.

Al cabo de un cuarto de hora sonó el teléfono. Contesté. Era Japp. Iván había abandonado el piso llevando consigo un gran bulto. Saltó a un taxi que le aguardaba y empezó la caza. Con toda evidencia trataba de despistar a sus perseguidores. Al final pareció que lo había logrado y fue entonces cuando se dirigió a una gran casa vacía situada en Hampstead. La casa estaba rodeada.

Le conté todo esto a Poirot. Se limitó a mirarme como si apenas comprendiera lo que le estaba diciendo. Levantó la vista del libro de ajedrez.

—Escuche esto, amigo mío. Ésta es la apertura Ruy López: 1. P4R - P4R; 2. CR3AR - CD3AD; 3. AR5CD. Se plantea entonces la cuestión de cuál es la mejor tercera jugada de las negras. Las negras podían elegir entre varias defensas. Fue la tercera jugada de las blancas la que mató a Gilmour Wilson, es decir, AR5CD. Sólo la tercera jugada… ¿no le dice nada esto?

Yo no tenía ni la menor idea de lo que quería decir y así se lo manifesté.

—Supongo, Hastings, que, mientras estaba usted sentado en esta silla, oyó que se abría y cerraba la puerta principal, ¿que pensaría de ello?

—Pensaría que alguien se fue, supongo.

—Sí. Pero siempre hay dos modos de considerar las cosas. Alguien salió o alguien entró… Son dos cosas totalmente diferentes, Hastings. Con todo, si optó por la solución errónea, al poco tiempo surgirá alguna pequeña discrepancia que le demostrará que estaba equivocado.

—¿Qué quiere decir todo esto?

Poirot se puso en pie de un salto con súbita energía.

—Quiere decir que he sido un perfecto imbécil. ¡Deprisa, deprisa, vamos al piso de Westminster! Quizá lleguemos a tiempo

todavía.

Salimos rápidamente y tomamos un taxi. Poirot no respondió a mis ansiosas preguntas. Subimos las escaleras de dos en dos. Aunque nuestras repetidas llamadas al timbre y golpes en la puerta no obtuvieron respuesta alguna, escuchando atentamente pude distinguir un gemido cavernoso procedente del interior.

El portero disponía de una llave y tras una breve discusión consintió en utilizarla.

Poirot fue directamente a la habitación interior. Nos recibió una bocanada de cloroformo. En el suelo estaba Sonia Daviloff, amordazada y atada, con un gran rollo de algodón saturado de cloroformo sobre la nariz y la boca. Poirot se lo quitó y tomó las medidas necesarias para que se restableciera. Poco después llegó el médico. Poirot le confió la muchacha y se apartó a un lado conmigo. El doctor Savaronoff no apareció por ninguna parte.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté desconcertado.

—Significa que ante dos deducciones iguales elegí la equivocada. Me oyó decir que sería fácil representar el papel de Sonia Daviloff porque su tío no la había visto desde hacía muchos años.

—¿Y bien?

—Pues que la deducción exactamente contraria era también posible. Era igualmente fácil que alguien suplantara al tío.

—¿Cómo?

—Savaronoff murió al estallar la Revolución. El hombre que pretendía haber escapado de tan terribles penalidades, el hombre que estaba tan cambiado «que sus propios amigos apenas lo podían reconocer», el hombre que reclamó y obtuvo una enorme fortuna…

—Sí. ¿Quién era?

—*El Número Cuatro*. No es de extrañar que se asustara cuando Sonia le dijo que había escuchado una de sus conversaciones privadas sobre los «Cuatro Grandes». De nuevo se me ha escapado de entre las manos. Adivinó que al final yo había dado con la verdadera pista, por lo que envió al honrado Iván a un tortuoso recado quimérico, cloroformizó a la muchacha y escapó. A estas horas habrá realizado la mayor parte de los valores que le dejó *madame* Gospoja.

—Entonces ¿quién fue el que intentó matarle?

—Nadie intentó matarle. Wilson fue desde el principio la víctima prevista.

—Pero, ¿por qué?

—Amigo mío, Savaronoff era el segundo gran jugador del mundo. Lo más probable es que el Número Cuatro ni siquiera conociera los rudimentos del ajedrez. Le era imposible jugar una partida de esa categoría. Trató de poner en práctica todo lo que sabía para evitar el desafío. Al fracasar, el destino de Wilson estaba decidido. Debía evitarse a toda costa que se descubriera que el gran Savaronoff no sabía jugar al ajedrez. A Wilson le gustaba mucho la apertura Ruy López y era seguro que la utilizaría. El Número Cuatro dispuso que la muerte llegara a la tercera jugada, antes de que surgieran las complicaciones de la defensa.

—Pero, mi querido Poirot —insistí—, ¿nos enfrentamos con un loco? He seguido el hilo de su razonamiento y admito que debe usted tener razón, pero… ¡matar a un hombre simplemente para mantener una apariencia! Creo que debe haber medios más sencillos para salvar una dificultad como ésa. Podía haber dicho que el médico le había aconsejado que se mantuviera apartado de las tensiones que producen las partidas.

Poirot arrugó la frente.

—*Certainement*, Hastings —dijo—, había otras soluciones, pero ninguna tan convincente. Además, usted parte de la suposición de que siempre hay que evitar el matar a un hombre, ¿no es así? La mente del Número Cuatro no funciona de ese modo. Yo me pongo en su lugar, cosa que a usted le es imposible. Procuro imaginar sus pensamientos. El disfrutar con su papel de maestro en esa partida. Sin duda ha asistido a otros torneos de ajedrez. Se sienta y frunce el entrecejo como si estuviera pensando; da la impresión de que medita grandes planes, y desde el principio hasta el fin se está riendo por dentro. Es consciente de que sólo conoce dos jugadas y de que eso es todo lo que *necesita saber*. Una vez más, le gusta prever los acontecimientos y hacer que su rival sea su propio ejecutor en el momento exacto en que le venga bien al Número Cuatro… Sí, Hastings, empiezo a comprender la psicología de nuestro amigo.

Me encogí de hombros.

—Bueno, supongo que tiene razón, pero no consigo comprender cómo alguien esté dispuesto a correr un riesgo que puede evitar fácilmente.

—¡Riesgo! —bufó Poirot—. ¿Dónde está el riesgo? ¿Sería capaz Japp de resolver el problema? No. Si el Número Cuatro no hubiera cometido una pequeña equivocación no correría ningún riesgo.

—¿Y cuál fue su equivocación? —pregunté, aunque ya suponía cuál era la respuesta.

—*Mon ami*, se olvidó de las células grises de Hércules Poirot.

Poirot tiene sus virtudes, pero la modestia no es precisamente una de ellas.

Capítulo XII

UNA TRAMPA CON UN CEBO

Estábamos a mediados de enero, en un característico día de invierno londinense, húmedo y sucio. Poirot y yo nos hallábamos sentados en sendos sillones bien arrimados al fuego. Yo era consciente de que mi amigo me miraba con una sonrisa burlona, cuyo significado me era imposible penetrar.

—Daría cualquier cosa por saber en qué está usted pensando —dije a la ligera.

—Pensaba, amigo mío, que cuando usted llegó mediado el verano, me dijo que se proponía pasar en este país un par de meses tan sólo.

—¿Dije eso? —pregunté con cierto embarazo—. No lo recuerdo.

La sonrisa de Poirot se hizo más amplia.

—Pues lo dijo, *mon ami*. Desde entonces ha cambiado sus planes, ¿no es así?

—Sí… en efecto.

—¿Y por qué?

Lancé una imprecación y añadí:

—No creerá usted, Poirot, que voy a dejarle solo cuando se enfrenta con algo tan serio como los Cuatro Grandes, ¿verdad?

Poirot asintió suavemente con la cabeza.

—Eso es precisamente lo que pensaba. Usted es un amigo fiel, Hastings. Se ha quedado aquí para ayudarme. Y su esposa, la pequeña Cenicienta como usted la llama, ¿qué dice de todo esto?

—No se lo he contado con detalle, por supuesto, pero lo comprende. Ella sería la última en desear que le volviera la espalda a un amigo.

—Sí, sí, ella es también una amiga leal. Pero es posible que este asunto tarde bastante en resolverse.

Yo asentí, algo desalentado.

—Ya han pasado seis meses —dije pensativo—. ¿Y dónde nos encontramos? Usted sabe, Poirot que no puedo evitar el pensamiento de que debiéramos… bueno, hacer algo.

—¡Siempre tan enérgico, Hastings! ¿Y qué es exactamente lo que usted quisiera que hiciese?

Aunque ésta era una pregunta difícil, yo no pensaba cambiar de actitud.

—Debemos pasar a la ofensiva —insté—. ¿Qué hemos hecho durante todo este tiempo?

—Más de lo que usted cree, amigo mío. Después de todo, hemos establecido la identidad del Número Dos y del Número Tres y conocemos bastante bien los modos y métodos que emplea el Número Cuatro.

Me animé un poco. Tal como lo expresaba Poirot, las cosas no iban tan mal.

—No le quepa duda, Hastings: hemos adelantado mucho. Es verdad que no estoy en situación de acusar ni a Ryland ni a *madame* Olivier… ¿quién me iba a creer? ¿Recuerda que hubo un momento en que pensé que había acorralado a Ryland? Sin embargo, he dado a conocer mis sospechas en ciertas esferas, de las más altas. Lord Aldington, que me contrató para que le ayudara en el asunto del robo de los planos del submarino, conoce perfectamente toda mi información respecto a los Cuatro Grandes; aunque es posible que los demás tengan dudas, él tiene fe en mí. Aunque Ryland, *madame* Olivier y el propio Li Chang Yen sigan actuando como de costumbre, todos sus movimientos son seguidos puntualmente.

—¿Y el Número Cuatro? —pregunté.

—Como acabo de decir, estoy empezando a conocer y a entender sus métodos. Puede usted sonreír, Hastings; pero ahondar en la personalidad de un hombre, saber exactamente lo que hará en determinadas circunstancias… ése es el principio del éxito. Es un duelo entre nosotros dos. Y mientras él está descubriéndome constantemente su mentalidad, yo me esfuerzo en que sepa lo menos posible de la mía. Él se halla en plena luz, yo en la sombra.

Le digo, Hastings, que cada día que paso aparentemente inactivo crece el temor que sienten hacia mí.

—En cualquier caso, nos han dejado en paz —observé—. No han vuelto a atentar contra su vida, Poirot, ni nos han tendido emboscadas de ninguna clase.

—Así es —dijo Poirot pensativamente—. Y a decir verdad eso me sorprende un poco. Tanto más cuanto que existen varios modos evidentes de atacarnos en los que es indudable que ellos tienen que haber pensado ya. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir?

—¿Está pensando en alguna máquina infernal? —aventuré.

Poirot chasqueó la lengua haciendo ostensible su impaciencia.

—¡No, hombre, no! Apelo a su imaginación y no se le ocurre sugerir nada más sutil que bombas en la chimenea. Bueno, necesito unas cerillas. Voy a dar una vuelta a pesar del mal tiempo que hace. Perdone, amigo mío, pero ¿es posible que pueda usted leer simultáneamente *El futuro de la Argentina, Espejo de la sociedad, La cría de ganado, El ovillo de color carmesí* y *Los deportes en las Montañas Rocosas*?

Me eché a reír y admití que el único libro que en aquel momento atraía mi atención era *El ovillo de color carmesí*. Poirot movió la cabeza tristemente.

—¡Pues ponga los otros en la estantería! ¿Será posible que nunca le vea aplicar un orden y un método? *Mon Dieu*, ¿para qué sirve entonces una estantería?

Me excusé humildemente y Poirot, después de colocar cada uno de los ofensivos libros en su sitio, salió y me dejó disfrutar sin interrupciones del volumen elegido.

Debo admitir, sin embargo, que estaba medio dormido cuando la señora Pearson llamó a la puerta y me despertó.

—Un telegrama para usted, señor.

Sin demasiado interés, rasgué el sobre anaranjado.

Luego me sentí como si me hubiera quedado petrificado.

Se trataba de un cable de Bronsen, el administrador de mi rancho sudamericano, y decía lo siguiente:

Señora Hastings desaparecida ayer. Temo haya sido raptada por una banda que se denomina a sí misma los Cuatro Grandes.

Cablegrafíe instrucciones. Policía alertada pero no hay pista todavía. Bronsen.

Con un gesto le indiqué a la señora Pearson que podía marcharse y me senté para leer atónito una y otra vez el contenido del cable. ¡La Cenicienta raptada! ¡En manos de los infames Cuatro Grandes! ¡Dios mío! ¿Qué podía hacer yo?

¡Poirot! Tenía que ver inmediatamente a Poirot. Él me aconsejaría. Los vencería de un modo o de otro. Dentro de unos minutos estaría de regreso. Debía esperar pacientemente hasta entonces. Pero Cenicienta… ¡en poder de los Cuatro Grandes!

Se oyó otra llamada a la puerta. La señora Pearson asomó su cabeza una vez más.

—Una nota para usted, señor. La ha traído un chino que está esperando abajo.

Se la arrebaté de las manos. Era una nota escrita con brevedad y sin rodeos.

Si desea ver de nuevo a su esposa acompañe inmediatamente al portador de esta nota. No deje ningún mensaje a su amigo. De lo contrario, ella sufrirá las consecuencias.

Estaba firmada con un gran cuatro.

¿Qué debía hacer? ¿Qué hubiera hecho cualquiera en mi lugar?

No disponía de tiempo para pensar. Sólo tuve en cuenta una imagen: Cenicienta en poder de aquellos diablos. Debía obedecer. No podía arriesgar ni un solo cabello de su cabeza. Debía acompañar a aquel chino y seguirle hasta donde me condujese. Era una trampa, de eso no cabía duda, y suponía mi captura y posiblemente mi muerte; pero me habían puesto como cebo a la persona que más quería yo en el mundo y no me atreví a vacilar.

Lo que más me molestaba era no poder dejar ni una sola palabra para Poirot. Podía ponerle sobre mi pista y quizá saliera todo bien. ¿Debería arriesgarme? En apariencia no estaba sometido a vigilancia, pero aun así dudé. Para el chino hubiera sido muy fácil subir y asegurarse de que me atenía a las órdenes que se me

indicaban en la carta. ¿Por qué no lo hizo? Su abstención aumentó mis sospechas. Había recibido tantas pruebas de la omnipotencia de los Cuatro Grandes que les atribuía poderes casi sobrehumanos. Teniendo en cuenta lo que sabía de ellos, incluso la pequeña y andrajosa sirvienta podría ser uno de sus agentes.

No, no debía arriesgarme. Pero sí que podía hacer una cosa: dejar el telegrama. Él sabría entonces que la Cenicienta había desaparecido y a quién se debía su desaparición.

Todo esto pasó por mi imaginación en un tiempo menor del que se tarda en contarlo, y en poco más de un minuto me había puesto el sombrero y bajaba las escaleras.

El portador del mensaje era un chino alto e impasible, vestido con ropas limpias pero algo viejas. Hizo una inclinación y me habló. Su inglés era perfecto, aunque no podía evitar una ligera entonación cantarina.

—¿Es usted el capitán Hastings?

—Sí —repliqué.

—Déme la nota, por favor.

Había previsto esta exigencia y le entregué el trozo de papel sin decir una palabra. Pero esto no fue todo.

—¿Recibió un telegrama, verdad? ¿Lo acaba de recibir de América de Sur, no es así?

Aunque quizá fuera tan sólo una sagaz suposición por parte del chino, de nuevo tuve ocasión de comprobar la excelencia de su sistema de espionaje. Bronsen estaba obligado a cablegrafiarme. Ellos esperarían hasta que me fuera entregado el cablegrama para actuar despiadadamente a continuación.

No tenía ningún objeto negar lo que era una verdad palpable.

—Sí —dije—. Recibí un telegrama.

—Tráigalo, por favor. Tráigalo inmediatamente.

Me rechinaron los dientes, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Subí corriendo la escalera y mientras lo hacía pensaba en confiarme a la señora Pearson, por lo menos en lo que se refería a la desaparición de Cenicienta. Se hallaba en el descansillo de la escalera, pero muy cerca de ella estaba una criada y vacilé. Si la mujer fuera una espía… las palabras de la nota saltaban a mis ojos: «… ella sufrirá las consecuencias». Entré en el cuarto de estar sin

hablar.

Recogí el telegrama y estaba a punto de salir de nuevo cuando tuve una idea. ¿No podía dejar algún indicio que no significase nada para mis enemigos pero que Poirot pudiera encontrar significativo? Me abalancé hacia la estantería de libros y tiré cuatro de ellos al suelo. Poirot no dejaría de verlos, y después de su pequeña reconvención el hecho habría de parecerle inusitado. A continuación eché una paletada de carbón en el hogar y me las compuse para formar cuatro montones en el emparrillado. Había hecho todo lo que estaba en mi mano y rogaba a Dios que Poirot interpretara bien aquellos signos.

Bajé precipitadamente la escalera. El chino me pidió el telegrama, lo leyó, lo guardó en su bolsillo y con un movimiento de la cabeza me indicó que le siguiera.

Fue una larga y fatigosa marcha. Tomamos un autobús y fuimos también durante un trecho considerable en tranvía. Nuestro camino nos conducía constantemente hacia el este. Atravesamos barrios extraños cuya existencia ni siquiera había sospechado. Me di cuenta de que marchábamos siguiendo una línea paralela a la de los muelles y de que por fin entrábamos en el corazón del barrio chino.

No pude evitar un estremecimiento. Sin embargo, mi guía continuaba andando trabajosamente, doblando esquinas y serpenteando a través de calles miserables y caminos inesperados. Por fin se detuvo en una casa ruinosa y golpeó cuatro veces en la puerta.

Abrió inmediatamente otro chino que se hizo a un lado para que pudiéramos pasar. El ruido que hizo la puerta al cerrarse tras de mí fue como un toque de difuntos para mis últimas esperanzas. Era indudable que estaba en poder del enemigo.

El segundo chino se hizo cargo de mí. Me condujo por unas desvencijadas escaleras hasta un sótano lleno de fardos y barriles que despedían un penetrante olor, como de especias orientales. Me sentí completamente envuelto en el ambiente tortuoso, sutil y siniestro del Oriente…

De pronto mi guía apartó los barriles y vi una abertura en la pared que daba acceso a un túnel de baja altura. Me hizo señas de que siguiera adelante. El túnel era bastante largo y tan bajo que

tuve que seguir avanzando agachado. Al fin, sin embargo, se ensanchó para convertirse en un corredor y pocos minutos después nos encontramos en otro sótano.

El chino que me conducía se adelantó y golpeó cuatro veces en una de las paredes. Toda una sección del muro giró, dejando al descubierto una puerta estrecha. Pasé a través de ella y con gran asombro por mi parte me encontré en una especie de palacio de las Mil y Una Noches. Era una amplia cámara subterránea de techo bajo, adornada con ricas sedas orientales, brillantemente iluminada y con un olor a perfumes y especias. Había cinco o seis divanes cubiertos de seda y magníficas alfombras de artesanía china cubrían el suelo. En un extremo de la habitación había una especie de alcoba separada con cortinas. De detrás de ésta llegó una voz.

—¿Has traído a nuestro honorable huésped?

—Excelencia, aquí está —replicó mi guía.

—Haz pasar a nuestro huésped —fue la respuesta.

Una mano invisible descorrió las cortinas y me encontré frente a un inmenso diván en el que se hallaba sentado un alto y delgado oriental vestido con ropas maravillosamente bordadas. A juzgar por la longitud de las uñas de los dedos, se trataba de un hombre importante.

—Siéntese, se lo ruego, señor Hastings —dijo, acompañando estas palabras con un ademán—. Me agrada comprobar que ha accedido a mi petición de venir inmediatamente.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Li Chang Yen?

—Claro está que no. No soy sino el más humilde de sus servidores. Cumplo sus mandatos, eso es todo… como lo hacen otros muchos de sus servidores en otros países… en América del Sur, por ejemplo.

Di un paso hacia adelante.

—¿Dónde está mi esposa? ¿Qué han hecho ustedes?

—Se halla en lugar seguro, en donde nadie puede encontrarla. Hasta ahora no ha sufrido daño alguno. Observe que digo *hasta ahora*.

Al verme frente a este demonio sonriente un frío estremecimiento recorrió mi columna vertebral.

—¿Qué quieren ustedes? —exclamé—. ¿Dinero?

—Mi querido señor Hastings. Puedo asegurarle que no tenemos puestas nuestras miras en sus pequeños ahorros. Perdone, pero no es una sugerencia muy inteligente por su parte. Me figuro que su colega no la habría hecho.

—Supongo —dije penosamente— que querían ustedes atraparme en su tela de araña. Pues bien, lo han conseguido. He venido aquí con los ojos abiertos. Hagan lo que quieran conmigo y libérenla. Ella no sabe nada y no tiene ninguna utilidad para ustedes. La han utilizado para atraparme. De acuerdo; ya lo han conseguido y ello zanja la cuestión.

El sonriente oriental se acarició su lisa mejilla, observándome de refilón con sus ojos estrechos.

—Corre usted demasiado —dijo como ronroneando—. Eso no zanja nada en absoluto. En realidad, el «atraparle», como dice, no es realmente nuestro objetivo. Pero a través de usted confiamos en atrapar a su amigo *monsieur* Hércules Poirot.

—Me temo que eso no lo conseguirán —dije con una risa contenida.

—Lo que sugiero es esto —prosiguió el chino como si no me hubiera oído—: escribirá a *monsieur* Poirot una carta que le inducirá a venir apresuradamente a reunirse con usted.

—No haré tal cosa —exclamé furiosamente.

—Las consecuencias de su negativa serán sumamente desagradables.

—¡Al diablo con las consecuencias!

—¡La alternativa podría ser la muerte!

Aunque un desagradable estremecimiento corrió por mi espalda, hice un esfuerzo por conservar una actitud insolente.

—No sirve de nada amenazarme ni intimidarme. Guarde sus amenazas para los chinos cobardes.

—Mis amenazas son muy reales, señor Hastings. Le vuelvo a preguntar, ¿escribirá esa carta?

—No lo haré, y lo que es más, usted no se atreverá a matarme. En seguida tendría a la policía detrás.

Inmediatamente mi interlocutor dio una palmada. Aparecieron dos sirvientes chinos y me maniataron ambos brazos. Su jefe les dijo algo que no pude entender y me arrastraron por el suelo hasta un

lugar situado en un rincón de la gran cámara. Uno de ellos se agachó y de pronto, sin el menor aviso, el piso cedió bajo mis pies. De no haber sido porque el otro hombre me sujetó me hubiera precipitado por la abertura que había debajo de mí. Era negra como la tinta y pude oír el ruido del agua que corría por el fondo.

—El río —dijo mi interrogador desde el diván—. Piénselo bien, capitán Hastings. Si se niega de nuevo, irá de cabeza a la eternidad; encontrará la muerte en las oscuras aguas que corren por ahí abajo. Por última vez, ¿escribirá esa carta?

No soy más valiente que el común de los hombres. He de confesar francamente que estaba mortalmente asustado. Aquel demonio chino hablaba en serio; de eso podía estar seguro. Era el adiós a este amable viejo mundo. Sin poderlo remediar, mi voz vaciló un poco cuando respondí:

—¡Por última vez, no! ¡Al diablo con su carta!

Luego, involuntariamente, cerré los ojos y recé en voz baja.

Capítulo XIII

EL RATÓN CAE EN LA TRAMPA

A lo largo de una vida no es frecuente que el hombre se halle al borde de la eternidad, pero cuando pronuncié aquellas palabras en aquel sótano del East End londinense estaba completamente seguro de que eran las últimas que salían de mis labios en esta vida. Me preparé para el choque con aquellas aguas tenebrosas que corrían por debajo y experimenté por anticipado el horror de la caída.

Sin embargo, con gran sorpresa por mi parte pude oír unas carcajadas emitidas en tono grave. Abrí los ojos. Obedeciendo una señal del hombre del diván, mis dos carceleros me llevaron al lugar que antes había ocupado frente a él.

—Es usted un hombre valiente, señor Hastings —dijo—. Los hombres de Oriente sabemos valorar la valentía. He de confesar que esperaba que usted se comportase tal como lo ha hecho. Eso nos lleva al segundo acto de su pequeño drama. Ha sabido enfrentarse con su propia muerte, pero… ¿se enfrentará de igual modo con la muerte ajena?

—¿Qué quiere decir? —pregunté con voz ronca al tiempo que un miedo horrible me invadía.

—Supongo que no se habrá olvidado de la dama que está en nuestro poder: la Rosa del Jardín.

Mudo de angustia, le miré fijamente.

—Creo, señor Hastings, que escribirá esa carta. Mire, aquí tengo un impreso de cablegrama. El mensaje que escribiré dependerá de usted y significará la vida o la muerte para su esposa.

La frente se me inundó de sudor. Mi torturador prosiguió sonriendo amistosamente y hablando con perfecta sangre fría:

—Vamos, capitán, sólo tiene que empuñar la pluma y escribir. Si no lo hace…

—¿Si no lo hago? —pregunté.

—Si no lo hace, la mujer que usted ama, morirá… y morirá lentamente. Mi jefe, Li Chang Yen, se divierte en sus ratos de ocio ideando nuevos e ingeniosos métodos de tortura…

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Es usted el diablo! Eso no… usted no puede hacer eso…

—¿Quiere que le describa algunos de sus dispositivos?

Sin ocuparse de mi grito de protesta, sus palabras fluyeron uniforme y serenamente hasta que con un grito de horror me tapé los oídos con las manos.

—Ya veo que es suficiente. Tome la pluma y escriba.

—No se atreverá …

—Dice tonterías y usted lo sabe. Tome la pluma y escriba.

—¿Qué sucederá si lo hago?

—Su esposa quedará libre. Haré que envíen el cable inmediatamente.

—¿Cómo sabré que no me engaña?

—Se lo juro sobre las tumbas sagradas de mis antepasados. Además, juzgue por sí mismo: ¿por qué habría de desearle ningún daño? Nos habremos limitado a satisfacer nuestros objetivos.

—¿Y… y Poirot?

—Estará a salvo hasta que hayamos terminado nuestras actividades. Luego le dejaremos marchar.

—¿Jura también esto sobre las tumbas de sus antepasados?

—Lo he jurado una vez. Eso debe bastarle.

Me dio un vuelco el corazón. Estaba traicionando a mi amigo, ¿para qué? Por un momento dudé. Ante mis ojos surgió la terrible alternativa como una pesadilla. Cenicienta, en manos de estos demonios chinos, siendo torturada lentamente hasta morir…

Un gemido subió hasta mis labios. Empuñé la pluma. Quizá redactando cuidadosamente la carta pudiera transmitirle a Poirot un aviso. Era sólo una esperanza, una esperanza que no iba a tardar en desvanecerse sino un momento. La voz del chino surgió afable y cortés.

—Permítame que se la dicte.

Hizo una pausa. Consultó un puñado de notas y luego me dictó las palabras que siguen:

Querido Poirot: creo que estoy sobre la pista del Número Cuatro. Esta tarde vino a verme un chino y logró atraerme hasta aquí con un mensaje falso. Afortunadamente descubrí el engaño a tiempo y conseguí escabullirme. Luego se volvieron las tornas contra él y me las arreglé para seguirle por mi propia cuenta, y puedo decirle que lo hice a conciencia. He conseguido que un joven inteligente le lleve este mensaje. ¿Querrá hacer el favor de entregarle media corona? Eso es lo que le he prometido si consigue entregarle esta nota. Estoy vigilando la casa y no me atrevo a moverme de aquí. Esperaré hasta las seis de la tarde y si para entonces no ha venido usted trataré de entrar en la casa yo solo. No debemos perder esta gran oportunidad y, por supuesto, el muchacho pudiera no encontrarle. Pero si lo hace, haga que le traiga aquí inmediatamente. Y cúbrase esos preciosos bigotes por si alguien estuviera vigilando y le reconociera.

Suyo,

A. H.

Cada palabra que escribía me hundía más profundamente en la desesperación. El plan era diabólicamente perfecto. Comprendí con qué perfección debían conocer cada detalle de nuestras vidas. La carta que me acababan de dictar podría haber sido escrita por mí. El saber que el chino que había ido a visitarme aquella tarde se había esforzado en «traerme hasta aquí con un mensaje falso» anulaba todas las ventajas que pudieran derivarse de la «señal» que le había dejado a Poirot con los cuatro libros. Se trataba de una trampa y yo me había dado cuenta de ello: eso era lo que Poirot pensaría. También el momento estaba inteligentemente planeado. Al recibir la nota, Poirot tendría el tiempo justo para salir precipitadamente en compañía de su guía de aspecto inocente. Mi decisión de entrar en la casa le haría venir a toda prisa. Desde siempre había sentido una ridícula desconfianza hacia mis aptitudes. Estaría convencido de que iba a correr un peligro al no

estar a la altura de la situación y vendría a toda prisa para hacerse cargo del mando de la operación.

Pero no había nada que hacer. Escribí lo que se me ordenó. Mi raptor tomó en sus manos la nota, la leyó, asintió con la cabeza en señal de aprobación y se la entregó a uno de los silenciosos servidores, que desapareció con ella detrás de uno de los tapices de seda de la pared que ocultaba una puerta.

Con una sonrisa, el hombre que tenía frente a mí tomó un formulario de cablegrama y después de rellenarlo me lo pasó.

Leí: «Suelten el pájaro blanco inmediatamente».

Di un suspiro de alivio.

—¿Lo enviará enseguida? —le insté.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Lo enviaré cuando *monsieur* Hércules Poirot esté en mi poder. Hasta entonces no.

—Pero usted prometió…

—Si este plan fallase, tendría necesidad de nuestro pájaro blanco para persuadirle a usted e incitarle para que realizase ulteriores esfuerzos.

Me puse blanco de ira.

—¡Dios mío! Si usted…

Hizo un gesto con su mano larga, delgada y amarilla.

—Esté tranquilo. No creo que el plan falle. En el momento en que *monsieur* Poirot se halle en nuestras manos, cumpliré mi juramento.

—Si me engañase…

—Se lo he jurado por mis honorables antepasados. No tenga ningún temor. Quédese aquí entre tanto. Mientras estoy ausente mis criados le atenderán si necesita alguna cosa.

Me quedé solo en aquel extraño y lujoso nido subterráneo.

El segundo criado chino reapareció. Me trajeron algo de comer y de beber y me lo ofrecieron; yo lo rechacé. En el fondo me sentía enfermo… muy enfermo…

Fue entonces cuando reapareció el jefe con sus ropas de seda, alto y señorial. Él era quien dirigía las operaciones. Ordenó que a través del sótano y del túnel fuera llevado a la casa por la que había entrado. Una vez allí me hicieron entrar en una habitación situada a

nivel del suelo. Aunque las ventanas tenían las persianas cerradas, a través de las rendijas se podía ver la calle. En la acera opuesta se hallaba un viejo andrajoso; cuando le vi hacer una señal dirigida a la ventana, comprendí que se trataba de uno de los miembros de la banda, en misión de vigilancia.

—Está bien —dijo mi amigo chino—. Hércules Poirot ha caído en la trampa. Viene hacia aquí… y no le acompaña nadie más que el muchacho que le guía. Ahora, señor Hastings, tiene que desempeñar todavía un papel más. Si no le ve, no entrará en la casa. Cuando llegue a la parte de enfrente de la calle usted saldrá al umbral de la puerta y le indicará por señas que entre.

—¿Cómo? —exclamé, irritado.

—Este papel lo desempeña usted solo. Recuerde cuál es el precio del fracaso. Si Hércules Poirot sospecha que algo está fuera de lugar y no entra en la casa, su esposa sufrirá las setenta muertes lentas. ¡Ah! Aquí está.

Con el corazón en la garganta y lleno de angustia miré a través de las rendijas de la persiana. En la figura que se acercaba por el lado opuesto de la calle reconocí enseguida a mi amigo, aunque llevaba vuelto hacia arriba el cuello de su abrigo y una enorme bufanda amarilla le ocultaba la parte inferior del rostro. Eran inconfundibles su manera de andar y su cabeza ovalada.

Poirot venía en mi ayuda con toda su buena fe, sin sospechar nada anómalo. Junto a él se hallaba un característico golfillo londinense, con la cara sucia y las ropas andrajosas.

Poirot se detuvo y miró hacia la casa, mientras el muchacho se la mostraba. Había llegado el momento de que yo actuara. Salí al vestíbulo. A una señal del chino alto, uno de los criados abrió la puerta.

—Recuerde el precio del fracaso —dijo mi enemigo con voz baja.

Crucé el umbral e hice una seña a Poirot. Él se apresuró a atravesar la calle.

—¡Vaya! De modo que está todo bien, amigo mío. Empezaba a sentirme intranquilo. ¿Consiguió entrar? Entonces, ¿está vacía la casa?

—Sí —dije con voz baja, esforzándome para que pareciera

natural—. Debe haber una salida secreta en alguna parte. Entre y la buscaremos.

Volví a cruzar el umbral y Poirot se dispuso a seguirme inocentemente.

Fue entonces cuando me vino una idea a la cabeza. Comprendí claramente el papel que estaba desempeñando: el de Judas.

—¡Atrás, Poirot! —exclamé—. Sálvese. Es una trampa. No se preocupe por mí. Huya enseguida.

No había acabado aún de gritar cuando unas manos me atenazaron férreamente. Uno de los criados chinos saltó por delante de mí para apresar a Poirot.

Vi que este último saltaba hacia atrás con el brazo levantado y de pronto una densa humareda se produjo a mi alrededor, sofocándome… matándome…

Sentí que caía al suelo, ahogándome… Había llegado mi fin…

Volví en mí lenta y penosamente; todos mis sentidos estaban trastornados. Lo primero que vi fue la cara de Poirot. Estaba sentado frente a mí y en su rostro se reflejaba su ansiedad. Cuando se apercibió de que le miraba dio un grito de alegría.

—Por fin revive… vuelve en sí… ¡Todo va bien!, ¡mi amigo… mi pobre amigo!

—¿Dónde estoy? —dije penosamente.

—¿Dónde? ¡En su casa, hombre!

Miré a mi alrededor. Era verdad. Me hallaba en mi viejo ambiente familiar. Y en el emparrillado estaban los cuatro montoncitos de carbón que había separado cuidadosamente.

Poirot siguió mi mirada.

—Pues sí, ésa fue una gran idea suya… ésa y la de los libros. Si alguna vez me dijeran «Ese amigo suyo, ese Hastings, no tiene mucho talento, ¿verdad?», yo les replicaría «Está usted en un error». Fue una idea magnífica y soberbia la que se le ocurrió en aquel momento.

—¿Comprendió su significado?

—¿Acaso soy un imbécil? Por supuesto que lo entendí. No necesitaba más advertencia que ésa; además, tuve tiempo para madurar mis planes. De una manera o de otra los Cuatro Grandes se lo habían llevado a usted. ¿Con qué objeto? Estaba claro que no

había sido por su cara bonita y era igualmente evidente que no le habían secuestrado porque le temieran ni quisieran quitarle de en medio. No, su objeto era evidente. Le utilizarían como cebo para que el gran Hércules Poirot cayera en sus garras. Llevaba ya mucho tiempo preparado para algo así. Realicé mis pequeños preparativos y, poco después, como era de esperar, llegó un mensajero. Un inocente golfillo callejero. Fingí creérmelo todo y me dispuse a acompañarle. Fue una suerte que le permitieran salir al umbral. Mi único temor era que tuviera que deshacerme de ellos antes de llegar al lugar en que usted se hallaba oculto, que tuviera que buscarle, quizá en vano, después.

—¿Deshacerse de ellos, dice usted? —pregunté débilmente—. ¿Sin ayuda?

—¡Oh! En cuanto a eso, no fue nada del otro jueves. Si uno se prepara por adelantado, esto es sencillo. Ése es el lema del boy scout, y es un buen lema, por cierto. Yo estaba preparado. No hace mucho tiempo le presté un servicio a un individuo muy famoso que había trabajado mucho durante la guerra en relación con un gas venenoso. Ideó para mí una pequeña bomba, sencilla y fácil de transportar. Uno no tiene más que lanzarla, todo se llena de humo y los que lo aspiran pierden el conocimiento. Inmediatamente hice sonar un silbato y al instante llegaron unos cuantos hábiles compañeros de Japp que estaban vigilando esta casa mucho antes de que llegase el muchacho, y que se las arreglaron para seguirme durante todo el camino hasta Limehouse. Surgieron rápidamente y se hicieron cargo de la situación.

—Pero, ¿cómo no perdió usted también el conocimiento?

—También en eso tuve suerte. Nuestro amigo el Número Cuatro (que fue sin duda quien redactó esa ingeniosa carta) se permitió una pequeña broma con mi bigote que hizo extremadamente fácil para mí el ajustar una mascarilla debajo de la bufanda amarilla.

—Ya recuerdo —exclamé con ansiedad. Con la palabra «recuerdo» me vino a la memoria algo que había olvidado temporalmente: *Cenicienta*…

Caí hacia atrás dando un gemido.

Debí estar inconsciente de nuevo durante unos minutos. Cuando me recobré, Poirot trataba de introducirme entre los labios un poco

de coñac.

—¿Qué le sucede, *mon ami*? ¿Qué pasa ahora? Dígamelo.

Se lo conté todo, palabra por palabra, estremeciéndome mientras lo hacía. Poirot profirió un grito.

—¡Amigo mío! ¡Amigo mío! ¡Pero cuánto debe usted haber sufrido! ¡Y yo sin saber nada de esto! Tranquilícese. ¡Todo va bien!

—¿Quiere decir que la encontrará? Pero si está en América del Sur. Para cuando lleguemos allí… mucho antes, ella habrá muerto… y sabe Dios de qué horrible modo.

—No, no, no me ha comprendido. Se halla sana y salva. Ni por un momento ha estado en manos de esos hombres.

—Pero yo recibí un cablegrama de Bronsen.

—No, no, no fue así. Usted recibió un cablegrama de América del Sur firmado por Bronsen, lo cual es muy distinto. Dígame, ¿nunca se le ocurrió que una organización de esta clase, con ramificaciones en todo el mundo, podría asestarnos fácilmente un golpe sirviéndose de la pequeña Cenicienta, a quien usted ama tanto?

—No, nunca —repliqué.

—Bueno, pues a mí sí se me ocurrió. No le dije nada porque no quería intranquilizarle innecesariamente; pero tomé medidas por mi cuenta. Todas las cartas de su esposa parecen haber sido enviadas desde el rancho; pero en realidad ella estaba en un lugar al que había hecho que la condujeran hace más de tres meses.

Le miré durante un largo rato.

—¿Está seguro de eso?

—*Parbleu*! Del todo. ¡Le torturaron con una mentira!

Volví la cabeza a un lado mientras Poirot me ponía la mano sobre el hombro. Había algo en su voz que no había escuchado nunca antes.

—Sé muy bien que a usted no le gusta que le abrace ni manifieste mi emoción. Me comportaré de un modo muy británico. No dirá nada. Nada en absoluto. Sólo esto: que en esta nuestra última aventura todos los honores le corresponden a usted, y feliz el hombre que tiene un amigo como el que yo tengo.

Capítulo XIV

LA RUBIA OXIGENADA

Los resultados del ataque de Poirot a la casa del Barrio Chino me habían decepcionado. En primer lugar, el jefe de la banda había logrado escapar. Cuando los hombres de Japp acudieron en respuesta al silbido de Poirot, se encontraron con cuatro chinos inconscientes en el vestíbulo; pero el hombre que me había amenazado con la muerte no figuraba entre ellos. Recordé después que, al obligarme a salir al umbral para atraer a Poirot hacia la casa, aquel hombre se había mantenido muy a retaguardia. Probablemente quedó fuera de la zona de peligro de la bomba de gas y consiguió escapar por una de las muchas salidas que después se descubrieron.

De los cuatro que quedaron en nuestras manos, no pudimos obtener información alguna. La investigación realizada por la policía no consiguió sacar a la luz nada que les relacionase con los Cuatro Grandes. Eran vecinos corrientes de clase baja y declararon ignorar por completo el nombre de Li Chang Yen. Un caballero chino los había contratado para un servicio en la casa situada junto al río y no sabían nada de sus asuntos privados.

Al día siguiente me había recuperado por completo, y de los efectos de la bomba de gas de Poirot sólo me quedaba un ligero dolor de cabeza. Fuimos juntos hasta el barrio chino y buscamos la casa de la que había sido rescatado. Los locales consistían en dos casas ruinosas unidas por un pasaje subterráneo. Las plantas bajas y los pisos superiores de cada una de ellas carecían de muebles y se hallaban desiertas, las ventanas rotas estaban cubiertas por persianas medio podridas. Japp ya había estado buscando en los

sótanos y había descubierto el secreto de la entrada a la cámara subterránea en la que me había cabido el honor de pasar aquella media hora tan desagradable. Una investigación más minuciosa confirmó la impresión experimentada por mí la noche anterior. Las sedas que colgaban de las paredes y que cubrían el diván, y las alfombras que se extendían por los suelos, eran de una primorosa artesanía. Aunque yo sabía muy poco de arte chino, no me resultaba difícil apreciar que todos los objetos de la habitación eran perfectos en su clase.

Con la ayuda de Japp y de algunos de sus hombres realizamos una investigación muy concienzuda del apartamento. Yo había acariciado grandes esperanzas de encontrar documentos importantes. Una lista, quizá, de algunos de los más importantes agentes de los Cuatro Grandes, o notas cifradas de algunos de sus planes; pero no descubrimos nada de esta suerte. Los únicos documentos que encontramos en todo el lugar fueron las notas que el chino había consultado mientras dictaba la carta para Poirot. Consistían en un expediente muy completo con todos nuestros antecedentes y una valoración de nuestros caracteres, así como sugerencias acerca de nuestros puntos débiles.

Poirot manifestó una alegría de lo más infantil con este descubrimiento. Personalmente, no podía comprender que tuviese valor alguno, tanto más cuanto que el recopilador de las notas estaba ridículamente equivocado en alguna de sus opiniones. Así se lo señalé a mi amigo cuando regresamos a nuestras habitaciones.

—Mi querido Poirot —dije—, ahora ya sabe lo que piensa el enemigo de nosotros. Parece tener una idea muy exagerada de la capacidad mental de usted e infravalora por el contrario de manera absurda la mía. Pero no veo cómo el conocer esto nos pueda situar en mejor posición.

Poirot se rió de un modo bastante ofensivo.

—¿No lo ve, Hastings? Ahora es cuando podemos prepararnos para algunos de sus métodos de ataque, pues estamos advertidos de varios de nuestros defectos. Por ejemplo, amigo mío, sabemos que usted debe pensar antes de actuar. Además, si se encuentra con una joven pelirroja en apuros deberá mirarla de soslayo.

Sus observaciones contenían algunas referencias absurdas a mi

supuesto carácter impulsivo y parecían sugerir que yo era particularmente asequible a los encantos de las jóvenes con cabello de cierta tonalidad. Consideré la alusión de Poirot como del peor gusto, pero afortunadamente pude contraatacarle.

—¿Y qué me dice de usted? —pregunté—. ¿Va a tratar de curarse de su «arrogante vanidad»? ¿De su «afectado sentido del orden»?

Yo estaba citando de las notas y pude ver que no le agradaba mi réplica.

—¡Oh, sin duda, pero en algunas cosas ellos se engañan… *tant mieux*! Se enterarán a su debido tiempo. Entre tanto hemos aprendido algo, y saber es estar preparado.

Este último era su axioma favorito en los últimos tiempos. Tanto, que yo había empezado a aborrecer su mención.

—Sabemos algo, Hastings —continuó—. Sí, sabemos algo, y eso es bueno, pero no sabemos bastante. Debemos saber más.

—¿En qué sentido?

Poirot se arrellanó en su sillón, enderezó una caja de cerillas que yo había dejado descuidadamente en la mesa, y asumió una actitud que yo conocía muy bien. Vi que se preparaba para hablar extensamente.

—Fíjese, Hastings. Tenemos que enfrentamos con cuatro adversarios, es decir, con cuatro personalidades distintas. Con el Número Uno no hemos tenido nunca contacto personal. Solamente lo conocemos, por decirlo así, por la huella de su mente, y le diré de paso, Hastings, que empiezo a entender perfectamente su inteligencia. Se trata de una mente muy sutil y oriental. Todos los planes y estratagemas con que nos hemos encontrado han salido del cerebro de Li Chang Yen. El Número Dos y el Número Tres son también poderosos, tanto que hasta el momento son inmunes a nuestros ataques. No obstante, lo que constituye su salvaguarda es, por los caprichos del azar, también la nuestra. Su presencia es tan visible que sus movimientos han de ser ordenados cuidadosamente. Y así llegamos al último miembro de la banda, al hombre conocido con el Número Cuatro.

La voz de Poirot se alteró ligeramente, como siempre que hablaba de este particular individuo.

El Número Dos y el Número Tres consiguen éxitos y siguen indemnes su camino, debido a su notoriedad y a la posición segura de que disfrutan. El Número Cuatro tiene éxito por la razón opuesta: triunfa por el camino de la oscuridad. ¿Quién es? Nadie lo sabe. ¿Qué aspecto tiene? Tampoco lo sabe nadie. ¿Cuántas veces le hemos visto usted y yo? Cinco veces, ¿no es así? ¿Y podría alguno de nosotros decir sin faltar a la verdad que estaría seguro de reconocerlo de nuevo?

Me vi obligado a mover negativamente la cabeza al recordar las cinco personas distintas que, por increíble que pueda parecer, eran un mismo hombre. El fornido empleado del manicomio; el hombre de París, con su abrigo abrochado hasta arriba; James, el criado; el tranquilo joven médico del caso del Jazmín Amarillo y el maestro ajedrecista ruso. Ninguna de estas personas se parecía entre sí.

—No —dije desalentado—. No hay nada a lo que podamos agarrarnos.

Poirot sonrió.

—Por favor, no se entregue a tan entusiasta desesperación. Sabemos unas cuantas cosas.

—¿Qué clase de cosas? —pregunté con escepticismo.

—Sabemos que es un hombre de mediana estatura y tez blanca o intermedia. Si se tratase de un hombre alto de tez morena no hubiera podido hacerse pasar por el rubio y rechoncho doctor. Es un juego de niños, por supuesto, aumentar de estatura unos centímetros para hacer el papel de James, o el del maestro ajedrecista ruso. Su nariz debe ser corta y recta. Pueden añadirse elementos a una nariz mediante un hábil maquillaje, pero una nariz larga no puede reducirse con éxito en un momento. Además, debe ser un hombre bastante joven, que no pasa de los treinta y cinco años. Ya ve cómo hemos adelantado algo. Un hombre de entre treinta y treinta y cinco años, de mediana estatura y tez intermedia, que domina el arte del maquillaje y al que le faltan todos los dientes o casi todos.

—¿Qué?

—Esto es seguro, Hastings. Como empleado de manicomio, tenía los dientes rotos y descoloridos; en París eran uniformes y blancos; como doctor le sobresalían ligeramente y en el papel de Savaronoff

tenía unos caninos inusitadamente largos. Nada altera tanto una cara como una dentadura distinta. ¿Se da cuenta de adónde nos conduce esto?

—No del todo —respondí cautelosamente.

—Dicen que un hombre lleva su profesión escrita en la cara.

—Él es un criminal —exclamé.

—Es un experto en el arte del maquillaje.

—Es lo mismo.

—Su afirmación es muy rotunda, Hastings, y me parece que no sería muy apreciada en el mundo del teatro. ¿No ve que ese hombre es, o ha sido, antes o después, un actor?

—¿Un actor?

—Pues claro que sí, hombre. Conoce al dedillo todas las técnicas teatrales. Con todo, existen dos clases de actores: el que se sumerge en su papel y el que logra imprimir su personalidad en él. Es de esta última clase de donde suelen surgir los actores-empresarios. Se hacen con un papel y lo moldean para adaptarlo a su propia personalidad. Los miembros de la primera clase es muy probable que se pasen la vida haciendo la imitación de un personaje político en diferentes cabarets, o que se dediquen a hacer papeles de relleno en obras de repertorio. En esta primera clase es en donde debemos buscar a nuestro Número Cuatro. Es un consumado artista por la forma en que se identifica con cada uno de los papeles que representa.

Mi interés iba creciendo.

—¿De modo que usted piensa que puede seguir la pista de su identidad tomando como punto de partida su relación con la escena?

—Su modo de razonar es siempre brillante, Hastings.

—Podría haber sido mejor —dije fríamente—, si hubiera usted tenido la idea antes. Hemos perdido mucho tiempo.

—Está usted en un error, *mon ami*. No hemos perdido más tiempo del que era inevitable. Mis agentes llevan varios meses en esa tarea. Joseph Aarons es uno de ellos. ¿Se acuerda de él? Me han preparado una lista de los hombres que satisfacen los requisitos necesarios: jóvenes de unos treinta años de edad, con un aspecto más o menos indefinido, y con el don de desempeñar papeles muy

diversos. Hombres, además, que han dejado definitivamente la escena en el curso de los últimos tres años.

—¿Y bien? —dije, profundamente interesado.

—Como puede imaginar, la lista fue bastante larga. Llevamos algún tiempo dedicados a la tarea de eliminar individuos de ella. Y por último la hemos reducido a cuatro nombres. Son éstos, amigo mío.

Me dio una hoja de papel. Leí su contenido en voz alta.

—Ernest Luttrell, hijo de un párroco del norte de Inglaterra. Su moral siempre dejó algo que desear. Fue expulsado del colegio. Se inició en la escena a la edad de veintitrés años (seguía una lista de los papeles representados con fechas y lugares). Es toxicómano. Se cree que viajó a Australia hace cuatro años. No se ha podido establecer su paradero desde que abandonó Inglaterra. Treinta y dos años, 1,76 de estatura, no usa barba ni bigote, pelo castaño, nariz recta, tez blanca y ojos grises.

»John St. Maur. Nombre falso, pues el verdadero se desconoce. Parece proceder de algún barrio bajo londinense. Actuó en el teatro desde niño. Hizo imitaciones en los cabarets. No se sabe nada de él desde hace tres años. Unos 33 años, 1,75 de estatura, delgado, ojos azules y tez blanca.

»Austen Lee. Nombre falso. Su verdadero nombre es Austen Foly. Procede de buena familia. Siempre fue aficionado al teatro y se distinguió como actor en las representaciones teatrales de Oxford. Cuenta con un brillante historial de guerra. Actuó en… (seguía la lista usual. En ella se incluían muchas obras de repertorio). Es un entusiasta de la criminología. Sufrió una gran crisis nerviosa como consecuencia de un accidente de automóvil hace tres años y medio, y no ha vuelto a aparecer en escena desde entonces. Se desconoce su paradero actual. 35 años, 1,74 de altura, tez rubia, ojos azules y pelo castaño.

»Claud Darrell. Se supone que éste es su nombre verdadero. Su origen está envuelto en cierto misterio. Actuó en cabarets y también en obras de repertorio. No parece tener amigos íntimos. Estuvo en China en 1919. Volvió a través de Estados Unidos. Desempeñó unos cuantos papeles en Nueva York. Una noche no apareció en escena y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él. La policía de

Nueva York informó de que su desaparición fue misteriosa en extremo. Alrededor de 33 años, pelo castaño, tez blanca, ojos grises. 1,76 de estatura.

—Muy interesante —señalé, dejando el papel sobre la mesa—. ¿De modo que éste es el resultado de una investigación que ha durado meses? ¿Estos cuatro nombres? ¿De cuál de ellos sospecha?

Poirot hizo un gesto elocuente.

—*Mon ami*, por el momento es una cuestión discutible. Me limitaré a señalarle que Claud Darrell ha estado en China y en Estados Unidos, hecho que no carece de significación, quizá, pero que no debe predisponernos indebidamente. Quizá sea una simple coincidencia.

—¿Y cuál es el próximo paso? —pregunté ansiosamente.

—Las cosas están ya en marcha. Pondremos anuncios diarios cuidadosamente redactados. Pediremos a los amigos y parientes de uno u otro que se comuniquen con mi abogado en su oficina. Incluso él podría… ¡Ajá!, el teléfono. Probablemente es, como de costumbre, alguien que se ha equivocado de número y que sentirá habernos molestado; pero puede ser… sí, puede ser… que haya surgido algo.

Crucé la habitación y descolgué el auricular.

—Sí, sí. Las habitaciones de *monsieur* Poirot, Sí, al habla Hastings. ¡Oh, es usted, señor McNeil! (McNeil y Hodgson eran los abogados de Poirot). Se lo diré, sí, estaremos ahí enseguida.

Colgué el auricular y me volví a Poirot. Sin poder ocultar mi emoción, le dije:

—Fíjese, Poirot, hay una mujer allí. Y es amiga de Claud Darrell. Se llama Flossie Monro. McNeil quiere que vaya usted.

—¡Al instante! —exclamó Poirot desapareciendo en su dormitorio y volviendo con el sombrero puesto.

Un taxi nos condujo inmediatamente a nuestro destino y nos hicieron pasar a la oficina particular del señor McNeil. Sentada en un sillón frente al abogado había una dama de aspecto algo extraño y que ya no disfrutaba de su primera juventud. Su cabello era de un amarillo excesivo y tenía las orejas cubiertas por los rizos; llevaba los párpados muy maquillados, y tampoco se había olvidado del colorete y del rojo de labios.

—¡Ah, aquí está *monsieur* Poirot! —dijo el señor McNeil—. *Monsieur* Poirot, ésta es la señorita… Monro, que ha venido muy amablemente a proporcionar cierta información.

—¡Es usted muy amable! —exclamó Poirot.

Se inclinó con gran cordialidad y estrechó calurosamente la mano de la dama.

—*Mademoiselle* es como una flor en este viejo, seco y polvoriento despacho —añadió, sin preocuparse de los sentimientos del señor McNeil.

Esta descarada adulación no dejó de surtir efecto. La señorita Monro se sonrojó y sonrió afectadamente.

—¡Oh, vamos, vamos, señor Poirot! —exclamó—. Sé cómo son ustedes los franceses.

—*Mademoiselle*, ante la belleza nosotros no somos mudos como los ingleses. Aunque yo no soy francés, soy belga.

—He estado en Ostende —dijo la señorita Monro.

El asunto, como habría dicho Poirot, marchaba espléndidamente.

—¿De modo que puede decirnos algo acerca del señor Claud Darrell? —continuó Poirot.

—Hubo un tiempo en que conocí al señor Darrell muy bien —explicó la dama—. Vi su anuncio, y como no tenía otra cosa que hacer y dispongo de mi tiempo, me dije: Unos abogados desean saber del pobre Claudie… quizá se trate de una fortuna en busca del verdadero heredero. Lo mejor será que me pase por allí enseguida.

El señor McNeil se levantó.

—Bien, *monsieur* Poirot, ¿le parece que les deje solos para que puedan charlar más tranquilamente?

—Es usted muy amable; pero le ruego que se quede. Acabo de tener una pequeña idea. Se acerca la hora del *déjeuner*. ¿Querrá *mademoiselle* hacerme el honor de comer conmigo?

Los ojos de la señorita Monro brillaron. Me dio la sensación de que no andaba muy boyante y que agradecía la oportunidad de disfrutar de una buena comida.

Minutos después íbamos en un taxi en dirección a uno de los restaurantes más caros de Londres. Una vez allí, Poirot ordenó un almuerzo de los más apetecibles y luego se dirigió a su invitada.

—¿Qué vino prefiere, *mademoiselle*? ¿Qué tal si tomáramos *champagne*?

La señorita Monro no dijo nada… o quizá lo dijo todo.

El comienzo de la comida fue muy agradable. Poirot llenó la copa de la mujer con reflexiva asiduidad, y pasó gradualmente a su tema favorito.

—Pobre señor Darrell. Qué lástima que no esté con nosotros.

—Sí, es verdad —dijo con un suspiro la señorita Monro—. Pobre chico. Me pregunto qué habrá sido de él.

—¿Hace mucho tiempo que no le ve?

—Muchísimo tiempo… desde la guerra. Claudie era un muchacho divertido, muy reservado, nunca me dijo una palabra de sí mismo. Pero, por supuesto, todo encaja si es un heredero perdido. ¿Se trata de un título, señor Poirot?

—Es una simple herencia —dijo Poirot sin sonrojarse—. Pero, como comprenderá, quizá haya que proceder a una identificación. Es por eso por lo que es necesario que encontremos a alguien que le haya conocido muy bien. Usted parece que le conoció bien, ¿no es así, *mademoiselle*?

—No me importa decírselo, señor Poirot. Usted es un caballero. Sabe cómo ordenar un almuerzo para una señora. No puede decirse lo mismo de estos jóvenes de hoy. Como es usted francés, lo que voy a decirle no le sorprenderá. ¡Ah, ustedes los franceses! Bueno, Claudie y yo éramos dos jóvenes… ¿Qué otra cosa cabía esperar? Mis sentimientos hacia él todavía están llenos de afecto, aunque, he de confesarle que no me trató bien… no, en absoluto… no como debe tratarse a una dama. Todos son iguales cuando está de por medio la cuestión económica.

—No, no, *mademoiselle*, no diga eso —contestó Poirot, llenando su copa una vez más—. ¿Podría hacerme una descripción del señor Darrell?

—Físicamente era un hombre corriente —dijo Flossie Monro vagamente—. Ni alto ni bajo, ya sabe usted, pero muy bien plantado. Sus ojos tenían un color entre azul y gris. Y era más o menos rubio, supongo. Pero lo que sí puedo decir es que era un gran artista. Nunca vi a nadie que le alcanzara en su profesión. Hubiera tenido una gran fama de no haber sido por la envidia. No

puede imaginarse, señor Poirot, realmente es imposible que se lo imagine, lo que los artistas tenemos que sufrir a causa de la envidia. Recuerdo que una vez en Manchester…

Tuvimos que armarnos de paciencia para escuchar una larga y complicada historia acerca de una pantomima y de la infame conducta del actor que representaba el papel principal. Poirot tardó un poco en conseguir que volviera a hablarnos de Claud Darrell.

—*Mademoiselle*, nos interesa sobremanera todo lo que nos pueda decir acerca del señor Darrell. Las mujeres son excelentes observadoras: se dan cuenta de todo, perciben los más pequeños detalles que se les escapan a los hombres. He visto cómo una mujer identificaba a un hombre entre docenas de ellos, ¿y por qué cree que fue? Había observado que él tenía el hábito de golpearse la nariz cuando se hallaba nervioso. Un hombre nunca se habría fijado en algo como eso.

—¡Qué ocurrencia! —exclamó la señorita Monro—. Supongo que es cierto. Ahora que pienso en ello, recuerdo que Claudie siempre jugueteaba con el pan en la mesa. Colocaba un trozo entre los dedos y luego lo golpeaba ligeramente para recoger las migas. Se lo he visto hacer centenares de veces. Sería capaz de reconocerlo en cualquier parte gracias a esa singularidad suya.

—¿No es eso precisamente lo que le decía? La maravillosa observación de una mujer. ¿Y le habló a él alguna vez de esa costumbre suya, *mademoiselle*?

—No, no lo hice, señor Poirot. ¡Ya sabe cómo son los hombres! No les gusta que una se fije en las cosas, especialmente cuando les parece que se las van a afear. Nunca le dije una palabra, pero muchas veces sonreía para mis adentros cuando lo hacía. Él ni siquiera se daba cuenta de que lo hacía.

Poirot asintió son amabilidad. Observé que su mano temblaba un poco cuando la extendió para alcanzar su copa.

—Como medio para establecer la identidad disponemos siempre de la escritura —observó—. Supongo que habrá tenido ocasión de observar alguna carta escrita por el señor Darrell.

Flossie Monro negó con la cabeza con aire apesadumbrado.

—No era de las personas que escriben. Nunca me escribió una línea en su vida.

—Es una lástima —dijo Poirot.

—Pero le voy a decir algo que le interesará —señaló de pronto la señorita Monro—. Conservo una fotografía. ¿Le servirá de algo?

—¿Que tiene una fotografía de Darrell?

Poirot casi saltó de su asiento.

—Es muy antigua: tendrá ocho años por lo menos.

—*Ça ne fait rien!* ¡No importa que sea antigua ni que esté descolorida! ¡Ah, *ma foi*, qué suerte! ¿Me permitirá que le eche una mirada a esa fotografía, *mademoiselle*?

—Por supuesto.

—Quizá pueda permitirme incluso que saque una copia. No tardaría mucho en devolvérsela.

—Naturalmente.

La señorita Monro se levantó.

—Bien, tengo que irme. Me alegro mucho de haberle conocido a usted y a su amigo, señor Poirot.

—¿Y la fotografía? ¿Cuándo podré disponer de ella?

—La buscaré esta noche. Creo que sé en dónde está. Se la enviaré inmediatamente.

—Un millón de gracias, *mademoiselle*. No ha podido ser usted más amable. Espero que pronto podamos disponer de tiempo para comer juntos otra vez.

—Cuando quiera —dijo la señorita Monro—. Por mí, encantada.

—Déjeme ver, creo que no tengo sus señas.

Dándose importancia, la señorita Monro sacó una tarjeta de su bolso y se la entregó a Poirot. Era una tarjeta algo sucia y las señas originales habían sido tachadas y sustituidas a lápiz por otras.

Luego, con gran despliegue de inclinaciones y ademanes por parte de Poirot, nos despedimos de la señora y nos marchamos.

—¿Cree realmente que esa fotografía es tan importante? —pregunté a Poirot.

—Sí, *mon ami*. La cámara fotográfica no miente. Se puede ampliar una fotografía y captar los rasgos más salientes, que de otro modo permanecerían inadvertidos. Luego hay un millar de detalles, como la forma de las orejas, que nadie nos podrá describir con palabras. Sí, no cabe duda de que nos ha salido al paso una gran oportunidad. Por eso es por lo que me propongo tomar medidas de

precaución.

Al acabar de hablar se dirigió al teléfono. Dio un número que yo sabía era el de una agencia de detectives privados que Poirot utilizaba algunas veces. Sus instrucciones fueron claras y concretas. Dos hombres debían dirigirse a la dirección que él les señalaba y, en términos generales, tenían que velar por la seguridad de la señorita Monro. La seguirían a todas partes.

Poirot colgó el teléfono y volvió hacia donde yo me encontraba.

—¿Cree realmente que eso es necesario, Poirot? —pregunté.

—Puede serlo. No cabe duda de que a usted y a mí nos vigilan; puesto que es así, pronto sabrán con quién hemos estado comiendo hoy. Y es posible que el Número Cuatro huela el peligro.

Unos veinte minutos más tarde sonó el teléfono. Fui yo quien contestó. Una voz brusca me preguntó.

—¿Es usted el señor Poirot? Le hablo desde el hospital de St. James. Hace diez minutos nos han traído a una mujer que ha sufrido un accidente en la calle. Se trata de la señorita Flossie Monro. Ha solicitado ver urgentemente al señor Poirot. Debe usted venir enseguida. No vivirá mucho tiempo.

Le repetí estas palabras a Poirot, cuya cara se puso blanca.

—Deprisa, Hastings. Tenemos que correr como el viento.

Un taxi nos llevó al hospital en menos de diez minutos. Preguntamos por la señorita Monro y nos condujeron inmediatamente al pabellón de accidentados. Una enfermera con gorro blanco nos recibió en la puerta. Poirot leyó en su cara.

—¿Ha muerto, verdad?

—Hace seis minutos.

Poirot se quedó como petrificado.

La enfermera, malinterpretando su emoción, empezó a dirigirle palabras de consuelo.

—No sufrió, y en sus últimos momentos permaneció inconsciente. Fue atropellada por un automóvil, ya sabe usted, y el conductor del automóvil ni siquiera se detuvo. Qué vileza, ¿verdad? Espero que alguien haya tomado el número de la matrícula.

—Tenemos la suerte en contra —dijo Poirot en voz baja.

—¿Le gustaría verla?

La enfermera nos condujo y la seguimos. La pobre Flossie

Monro, con su colorete y su cabello teñido, yacía con gran placidez y con una ligera sonrisa en los labios.

—Sí —murmuró Poirot—, tenemos la suerte en contra, pero… ¿es la suerte?

Levantó su cabeza como si hubiera tenido una idea de pronto.

—¿Es la suerte, Hastings? Si no lo es… si no lo es… Le juro, amigo mío, ante el cadáver de esta pobre mujer, que seré implacable cuando llegue el momento.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Pero Poirot se había vuelto hacia la enfermera y le pedía ansiosamente información. Pudimos obtener una lista de los objetos encontrados en el bolso. Poirot ahogó una exclamación al leerla.

—¿Ve usted, Hastings, ve usted?

—¿Qué es lo que hay que ver?

—No se menciona ningún llavín. Pero indudablemente ella debía llevarlo. Fue atropellada a sangre fría y la primera persona que se inclinó sobre ella le sustrajo la llave del bolso. Pero quizá lleguemos a tiempo. Es posible que no hayan podido encontrar enseguida lo que buscaban.

Otro taxi nos condujo a la dirección que Flossie Monro nos había dado, un sólido bloque de viviendas en un barrio bastante desagradable. Transcurrió algún tiempo antes de que pudiéramos entrar en el piso de la señorita Monro, pero por lo menos tuvimos la satisfacción de saber que nadie había salido de allí mientras estábamos de guardia fuera.

Finalmente pudimos entrar. Era evidente que alguien se nos había anticipado. El contenido de los cajones y armarios estaba esparcido por el suelo. Las cerraduras habían sido forzadas. Parecía como si al que había registrado el piso le hubiera faltado tiempo.

Poirot empezó a buscar en medio de aquel caos. De manera repentina dio un grito al tiempo que se enderezaba y levantaba algo. Era un marco anticuado de fotografía… vacío.

Le dio la vuelta lentamente. En el dorso tenía pegada una pequeña etiqueta redonda: la etiqueta del precio.

—Costó cuatro chelines —comentó.

—*Mon Dieu*! Hastings, fíjese. Es una etiqueta recién puesta. La pegó aquí el hombre que se llevó la fotografía, el hombre que

estuvo aquí antes que nosotros, pero que sabía que vendríamos. Por consiguiente la dejó para nosotros. Me estoy refiriendo a Claud Darrell, el Número Cuatro.

Capítulo XV

LA TERRIBLE CATÁSTROFE

Fue después de la trágica muerte de la señorita Monro cuando empecé a darme cuenta de que se había producido un cambio en Poirot. Hasta aquel momento, su invencible confianza en sí mismo había resistido todas las pruebas. Pero parecía como si, al final, los efectos del largo esfuerzo empezasen a manifestarse. Se mostraba serio y pensativo y tenía los nervios alterados. Siempre que era posible evitaba toda conversación sobre los Cuatro Grandes y se entregaba a su trabajo cotidiano casi con el mismo entusiasmo que antes. No obstante, yo sabía que trabajaba en secreto en el gran asunto. Constantemente venían a visitarle individuos eslavos de aspecto singular y aunque no se dignaba a dar ninguna explicación sobre estas misteriosas visitas, me daba cuenta de que estaba organizando una nueva defensa o arma de oposición con la ayuda de aquellos extraños de aspecto repulsivo. En una ocasión, y por puro azar, pude observar los asientos de su libreta del banco (él me había pedido que comprobara cierta pequeña partida) y me di cuenta de que había sido pagada una enorme suma (enorme incluso para Poirot, que en aquellos días ganaba mucho dinero) a cierto ruso que parecía tener en su apellido todas las letras del alfabeto.

Pero no me dio ninguna pista acerca de lo que se proponía emprender. Una y otra vez pronunciaba una misma frase. «Es una gran equivocación subestimar al adversario. Recuérdelo, *mon ami*». Me di cuenta de que éste era el peligro que él se esforzaba en evitar a toda costa.

Siguieron así las cosas hasta fines de marzo, hasta que una mañana Poirot me hizo una observación que me sorprendió mucho.

—Esta mañana, amigo mío, le recomiendo que se ponga su mejor traje. Vamos a visitar al ministro del interior.

—¿De veras? Eso es muy interesante. ¿Le ha llamado para que se haga cargo de algún caso?

—No se trata de eso exactamente. He sido yo el que he buscado la entrevista. Quizá recuerde usted que en cierta ocasión le hice al ministro un pequeño favor. Pues bien, desde entonces se muestra absurdamente entusiasmado con mis capacidades y estoy a punto de aprovecharme de esta actitud. Como sabe, el primer ministro francés, *monsieur* Desjardeaux, se encuentra en Londres. De resultas de una petición mía el ministro del interior británico ha conseguido que se halle presente en nuestra pequeña conferencia de esta mañana.

El muy honorable Sydney Crowther, Secretario de Estado de Su Majestad para Asuntos Interiores, era una figura muy conocida y popular. Un hombre de unos cincuenta años de edad, de expresión burlona y mirada inteligente, nos recibió con su habitual amabilidad.

De pie, y dando la espalda a la chimenea, estaba un hombre alto y delgado con una barba negra puntiaguda y rostro despierto.

—*Monsieur* Desjardeaux —dijo Crowther—, permítame que le presente a *monsieur* Poirot, de quien quizá ya haya oído hablar.

El francés inclinó la cabeza y estrechó la mano de Poirot.

—Por supuesto que he oído hablar de usted —dijo afablemente —. ¿Y quién no?

—Es usted muy amable, *monsieur* —respondió Poirot inclinándose, con cara de satisfacción.

—¿No tiene nada que decirle a un viejo amigo? —preguntó una voz tranquila. Un hombre se adelantó desde un rincón, junto a una gran estantería de libros.

Era nuestro antiguo amigo el señor Ingles.

Poirot le estrechó la mano calurosamente.

—Y ahora, *monsieur* Poirot —dijo Crowther—, estamos a su disposición. Si no he entendido mal, usted dice que tiene que comunicarnos algo muy importante.

—Así es, *monsieur*. Hay hoy en el mundo una vasta organización… una organización criminal. Está dirigida por cuatro

individuos, que se denominan los Cuatro Grandes. El Número Uno es un chino, Li Chang Yen; el Número Dos es el multimillonario norteamericano Abe Ryland; el Número Tres es una francesa, y tengo fundadas razones para creer que el Número Cuatro es un oscuro actor inglés llamado Claud Darrell. Estas cuatro personas han formado una banda para destruir el orden social existente y sustituirlo por un caos en el que ellos reinarían como dictadores.

—Increíble —murmuró el francés—. ¿Ryland mezclado en una operación de este tipo? Me parece una idea demasiado fantástica.

—*Monsieur*, si no le importa pasaré a relatarle algunas de las actividades de los Cuatro Grandes.

La de Poirot fue una narración subyugante. Aunque ya estaba familiarizado con todos los detalles, no pude evitar un estremecimiento al escuchar el escueto relato de nuestras aventuras y evasiones.

Cuando Poirot terminó, *monsieur* Desjardeaux y Crowther se miraron el uno al otro.

—Sí, *monsieur* Desjardeaux, creo que debemos admitir la existencia de los «Cuatro Grandes». Al principio, Scotland Yard no hizo demasiado caso; pero nos hemos visto obligados a admitir que *monsieur* Poirot tenía razón en muchas de sus afirmaciones. La única cuestión en la que discrepamos es la del alcance de sus objetivos. No tengo más remedio que opinar que *monsieur* Poirot… ejem… exagera un poco.

Como respuesta, Poirot expuso diez puntos principales. Se me ha pedido que ni siquiera ahora los dé a conocer al gran público, y por consiguiente me abstendré de hacerlo. Me limitaré a señalar que esos puntos trataban de los extraordinarios desastres de los submarinos que ocurrieron en cierto mes, así como de una serie de accidentes de aviación y aterrizajes forzosos. Según Poirot, todo esto era obra de los Cuatro Grandes, y de ello daba testimonio el hecho de que estuvieran en posesión de algunos secretos científicos hasta entonces desconocidos.

Llegamos así a la pregunta que yo había estado esperando que formulase el primer ministro francés.

—Ha dicho que el tercer miembro de esa organización es una francesa. ¿Tiene idea de cuál es su nombre?

—Es un nombre bien conocido, *monsieur*. Un nombre respetado. El Número Tres es nada menos que la famosa *madame* Olivier.

Al oír mencionar el nombre de la sucesora de los Curie, *monsieur* Desjardeaux saltó de su asiento, con visible emoción.

—¡Esto es imposible! ¡Absurdo! ¡Lo que acaba de decir es una afrenta para mi país!

Poirot movió la cabeza gravemente, pero no contestó.

Desjardeaux le miró estupefacto durante unos momentos. Luego su cara se serenó, miró al ministro del interior británico y se dio unos significativos golpecitos en la frente.

—*Monsieur* Poirot es un gran hombre —observó—. Pero incluso los grandes hombres tienen algunas veces pequeñas manías, ¿no es así? Y busca imaginarias conspiraciones en las altas esferas. Es un hecho bien conocido. ¿Está de acuerdo conmigo, verdad, señor Crowther?

El ministro del interior guardó silencio durante unos momentos. Luego habló con lentitud y como subrayando las palabras.

—La verdad es que no lo sé —dijo por fin—. Siempre he tenido y tengo todavía la mayor fe en *monsieur* Poirot; pero…, bien, esto cuesta un poco de trabajo creerlo.

—Y en relación con ese Li Chang Yen —continuó *monsieur* Desjardeaux—, ¿quién ha oído hablar de él?

—Yo —sugirió la voz inesperada del señor Ingles.

El francés puso sus ojos en Ingles, y éste le respondió con una plácida mirada adquiriendo más que nunca el aspecto de un ídolo chino.

—El señor Ingles —explicó el ministro de interior— es la máxima autoridad que tenemos sobre China.

—¿Y ha oído hablar de este Li Chang Yen?

—Hasta que *monsieur* Poirot vino a verme, yo creía ser la única persona en Inglaterra que conocía de la existencia de Li Chang Yen. Cuidado, *monsieur* Desjardeaux, no se llame luego a engaño. Sólo un hombre cuenta en la China de hoy: Li Chang Yen. Él es, quizá, y digo sólo quizá, la mayor inteligencia del mundo en el momento actual.

Monsieur Desjardeaux se quedó como petrificado. Momentos después, sin embargo, se rehízo.

—Es posible que exista algo de verdad en lo que usted dice, *monsieur* Poirot —dijo fríamente—. Pero en lo que se refiere a *madame* Olivier, está sin duda equivocado. Es una gloria de mi país y está consagrada únicamente a la causa de la ciencia.

Poirot se encogió de hombros y no respondió.

Se produjo una pausa y por fin mi pequeño amigo se puso en pie, con un aire de dignidad que no concordaba con su excéntrica personalidad.

—Eso es todo lo que tengo que decir, señores. Ya supuse que lo más probable era que no se me creyera. Pero al menos podrán estar ustedes en guardia. Mis palabras se grabarán en sus mentes y cada nuevo acontecimiento reforzará su poca fe actual. He creído necesario hablar ahora… más tarde quizá no pueda hacerlo.

—¿Quiere usted decir que…? —preguntó Crowther, impresionado por la seriedad del tono de Poirot.

—Quiero decir, señor, que desde que he descubierto la identidad del Número Cuatro, mi vida está en peligro. Tratará de destruirme a toda costa, y por algo se le denomina «el Destructor». Les saludo a todos ustedes, señores. A usted, *monsieur* Crowther, le entrego esta llave y este sobre sellado. He reunido todas las notas que he tomado sobre el caso y mis ideas en cuanto a la mejor forma de hacer frente a la amenaza que cualquier día puede estallar en el mundo. En el caso de que muera, *monsieur* Crowther, le autorizo a que se haga cargo de esos papeles y haga con ellos lo que le parezca más conveniente. Y ahora, señores, les deseo muy buenos días.

Desjardeaux se limitó a inclinarse fríamente, pero Crowther se levantó de un salto y le estrechó la mano.

—Me ha convencido usted, *monsieur* Poirot. Por fantástico que parezca el asunto, creo firmemente en la verdad de cuanto usted nos ha dicho.

Ingles salió al mismo tiempo que nosotros.

—No estoy decepcionado por la entrevista —dijo Poirot cuando nos alejábamos—. No esperaba convencer a Desjardeaux, pero por lo menos me he asegurado de que lo que yo sé no morirá conmigo. Y he hecho una o dos conversiones. *Pas si mal*!

—Como sabe, estoy de su parte —dijo Ingles—. Por cierto, saldré para China tan pronto como me sea posible.

—¿Lo cree prudente?

—No —dijo Ingles secamente—. Pero es necesario. Debemos hacer lo que podamos.

—¡Ah, es usted un hombre valiente! —exclamó Poirot con emoción—. Si no estuviéramos en la calle le daría un abrazo.

Me parece que Ingles se sintió bastante aliviado.

—No creo que corra yo más peligro en China que usted en Londres —gruñó.

—Probablemente no le falta razón —admitió Poirot—. Espero que no tengan la fortuna de asesinar también a Hastings. Me llevaría un gran disgusto si así fuera.

Interrumpí la alegre conversación para observar que no tenía intención alguna de dejarme asesinar. Poco después Ingles se separó de nosotros.

Durante algún tiempo caminamos en silencio. Por fin Poirot realizó una observación totalmente inesperada.

—Creo… creo que tendré que meter en esto a mi hermano.

—¿Su hermano? —exclamé atónito—. No sabía que tuviera un hermano.

—Me sorprende usted, Hastings. ¿No sabe que todos los detectives célebres tienen hermanos que serían aún más célebres si no mediara su indolencia innata?

Como es bien sabido, Poirot adopta con frecuencia una actitud peculiar en la que no es fácil identificar lo que hay de burla y lo que hay de verdad. Ese modo de comportarse era muy evidente en aquel momento.

—¿Cuál es el nombre de su hermano? —pregunté tratando de adaptarme a su nueva idea.

—Achille Poirot —replicó Poirot seriamente—. Vive cerca de Spa, en Bélgica.

—¿A qué se dedica? —pregunté con cierta curiosidad, dejando a un lado lo que era ya casi una plena admiración por el carácter y disposición de la difunta *madame* Poirot en lo referente al clasicismo de sus gustos en cuanto a nombres de pila.

—No hace nada. Como le digo, es un carácter indolente. Pero sus aptitudes apenas si desdicen de las mías, lo que no es poco.

—¿Tiene el mismo aspecto que usted?

—Es bastante parecido. Pero no es tan agraciado, y además no usa bigote.

—¿Es mayor o menor que usted?

—Casualmente nacimos el mismo día.

—Su hermano gemelo —dije.

—Exactamente, Hastings. Ha sacado usted la conclusión correcta con una exactitud infalible. Pero ya hemos llegado a casa. Pongámonos a trabajar enseguida en ese pequeño asunto del collar de la duquesa.

Pero aquel pequeño asunto del collar de la duquesa debía esperar un poco. Nos aguardaba un caso completamente distinto.

Nuestra casera, la señora Pearson, nos informó inmediatamente de que una enfermera del hospital había venido a vernos y estaba esperando a Poirot.

La encontramos sentada en el gran sillón que había frente a la ventana. Era una mujer de aspecto agradable y mediana edad, vestida con un uniforme azul oscuro. Aunque se mostró un poco renuente a exponer sin más el asunto que la traía a nuestra presencia, Poirot consiguió enseguida que se sintiera cómoda y ella se dispuso a contar su historia.

—Pues verá, *monsieur* Poirot: nunca me había sucedido una cosa como ésta. De la Hermandad Lark, a la que pertenezco, me enviaron a casa de un anciano caballero que reside en Hertfordshire: el señor Templeton. Se trata de un lugar y una familia muy agradables. La esposa, la señora Templeton, es mucho más joven que el marido, y éste tiene un hijo de su primer matrimonio. Este hijo vive con ellos. No me parece que el joven y la madrastra se lleven muy bien. Creo que él no es muy normal. Aunque no se trata exactamente de un retrasado mental, es decididamente torpe. Bueno, esta enfermedad del señor Templeton me resultó desde el principio muy misteriosa. A veces no parece que le ocurra nada y luego padece de pronto unos ataques gástricos con dolor y vómitos. El médico, sin embargo, no manifiesta ninguna preocupación, y no es a mí a quien corresponde decir nada. Y además…

Hizo una pausa y se sonrojó bastante.

—¿Sucedió algo que despertó sus sospechas? —sugirió Poirot.

—Sí.

Después de la sugerencia de Poirot, la mujer parecía encontrar dificultades para continuar.

—Observé que los sirvientes también hacían comentarios.

—¿Acerca de la enfermedad del señor Templeton?

—¡Oh, no! Acerca de…

—¿De la señora Templeton?

—Sí.

—¿De la señora Templeton y del doctor, quizá?

Poirot tenía un misterioso instinto para estas cosas. La enfermera le dirigió una mirada de agradecimiento y siguió.

—Ellos *hacían* comentarios. Yo misma tuve ocasión de verlos juntos en una ocasión… en el jardín…

Nuestra cliente no terminó la frase; parecía tan angustiada por menciones de carácter tan íntimo, que a ninguno de nosotros le pareció conveniente preguntar exactamente qué es lo que vio en el jardín. Había visto sin duda lo suficiente para formarse su opinión sobre la situación.

—Los ataques fueron empeorando. El doctor Treves dijo que todo era perfectamente natural, y que el señor Templeton no podía vivir mucho tiempo; pero en toda mi larga experiencia de enfermera no he visto nunca nada igual. Pensé que aquello era mucho más parecido a una especie de …

Ella se detuvo, titubeando.

—¿Envenenamiento por arsénico? —dijo Poirot ayudándola a completar la frase.

La mujer asintió.

—Además, el propio paciente dijo algo extraño: «Quieren acabar conmigo, los cuatro. Acabarán conmigo a pesar de todo».

—¡Vaya! —dijo Poirot rápidamente.

—Ésas fueron sus palabras exactamente, *monsieur* Poirot. En aquel momento él sufría mucho y apenas sabía lo que decía.

—«Acabarán conmigo… los cuatro» —repitió Poirot, pensativo —. ¿Qué cree que quiso decir con lo de «los cuatro»?

—Eso no lo sé, *monsieur* Poirot. Pensé que quizá se refería a su mujer, a su hijo, al doctor y quizá a la señorita Clark, la acompañante de la señora Templeton. Ellos podrían ser los cuatro, ¿no es así? Pensó quizá que todos se habían confabulado contra él.

—Eso es, eso es —dijo Poirot con voz preocupada—. ¿Y qué me dice de las comidas? ¿No podría tomar usted alguna precaución en ese sentido?

—Siempre hago lo que puedo. Pero, por supuesto, en algunas ocasiones la señora Templeton insiste en darle la comida ella misma; además, hay veces en que no estoy de servicio.

—Ya. ¿Y no está usted lo suficientemente segura de sus sospechas como para ir a la policía?

La cara de la enfermera mostró su horror ante tal idea.

—Lo que he hecho, *monsieur* Poirot, es esto. El señor Templeton tuvo un ataque muy fuerte después de haberse tomado un tazón de sopa. Recogí una pequeña cantidad del fondo del tazón y la he traído conmigo. Alegué que mi madre estaba enferma y me han dado permiso por un día para visitarla; el señor Templeton estaba bastante bien y podía prescindir de mí.

La enfermera sacó una botellita que contenía un líquido oscuro y se la entregó a Poirot.

—Excelente, *mademoiselle*. Haremos que analicen esto inmediatamente. Si quiere hacer el favor de volver por aquí dentro de aproximadamente una hora, creo que podremos salir de dudas en cuanto a sus sospechas.

Después de solicitarle a nuestra visitante su nombre y las demás circunstancias necesarias para su identificación, Poirot la acompañó hasta la puerta. Luego escribió una nota y la mandó junto con la botella. Mientras esperábamos el resultado, y ante mi sorpresa, Poirot se divirtió comprobando la identidad de la enfermera.

—No, no, amigo mío —declaró—. Hago bien en tener tanto cuidado. No se olvide de que los Cuatro Grandes nos acosan.

No tardó en obtener la información de que una enfermera cuyo nombre era Mabel Palmer era miembro de la Hermandad Lark y había sido enviada a cuidar del enfermo en cuestión.

—Hasta ahora, toda va bien —dijo con un guiño—. Y aquí viene de nuevo la enfermera Palmer y también el informe de nuestro analista.

Tanto la enfermera como yo aguardamos ansiosamente mientras Poirot leía el informe del analista.

—¿Contiene arsénico? —preguntó ella, casi sin aliento.

Poirot negó con la cabeza y dobló el papel.

—No.

Los dos quedamos enormemente sorprendidos.

—No contenía arsénico —continuó Poirot—, pero sí antimonio. En vista de ello, no dirigiremos inmediatamente a Hertfordshire. Quiera Dios que no sea demasiado tarde.

Decidimos que el plan más sencillo consistía en que Poirot apareciese realmente como detective, pero que el motivo ostensible de su visita fuera preguntar a la señora Templeton por una criada que anteriormente tuvo ésta a su servicio, cuyo nombre había obtenido de la enfermera Palmer y de quien Poirot diría que se hallaba complicada en el robo de unas joyas.

Era ya tarde cuando llegamos a Elmstead. Dejamos que la enfermera Palmer nos precediera unos veinte minutos, para que no pareciese extraño que llegásemos juntos.

Nos recibió la señora Templeton, una mujer alta y morena, de movimientos sinuosos y ojos intranquilos. Observé que cuando Poirot anunció su profesión, ella pareció desagradablemente sorprendida. Pese a todo, respondió a su pregunta acerca de la criada con suficiente rapidez. Luego, para probarla, Poirot contó una larga historia de un caso de envenenamiento en el que había figurado una esposa culpable. Los ojos de Poirot no dejaron por un momento de observar el rostro de la mujer y, por más que lo intentó, ella no pudo ocultar su creciente agitación. De pronto, y con unas palabras incoherentes de excusa, salió precipitadamente de la habitación.

No estuvimos solos mucho tiempo, porque al poco entró un hombre fornido con un bigote pequeño y pelirrojo. Llevaba quevedos e hizo su propia presentación:

—Soy el doctor Treves. La señora Templeton me ha pedido que la excuse. No se encuentra bien, como usted comprenderá, a causa de la tensión nerviosa provocada por la preocupación que siente por su marido y todo eso. Le he recomendado que se acueste y tome un poco de bromuro. Pero ella espera que se queden y coman con nosotros sin cumplidos. Yo seré su anfitrión. Por aquí hemos oído hablar mucho de usted, *monsieur* Poirot, y tenemos la intención de sacar el máximo partido posible de su estancia. ¡Ah, aquí está

Micky!

En la habitación entró un joven que andaba con paso vacilante. Tenía la cara redonda y las cejas levantadas, lo que le daba un curioso aspecto, como si estuviera permanentemente sorprendido. Sonrió torpemente y nos estrechó la mano. Se trataba evidentemente del hijo deficiente mental.

Poco después subimos todos a comer. El doctor Treves abandonó la habitación —para abrir alguna botella de vino, pensé— y de pronto la fisonomía del muchacho sufrió un cambio sorprendente. Se inclinó hacia adelante mirando a Poirot.

—Usted ha venido por mi padre —dijo, asintiendo con la cabeza —. *Yo* lo sé. Sé muchas cosas, pero nadie se da cuenta de ello. Mi madre se alegrará de que se muera mi padre; así se podrá casar con el doctor Treves. No es mi madre de verdad, ya sabe usted. A mí ella no me gusta. Quiere que muera mi padre.

Naturalmente, todo esto resultó bastante desagradable. Afortunadamente, antes de que Poirot tuviera tiempo de replicar, volvió el doctor y tuvimos que sostener una conversación forzada. De pronto, Poirot se echó hacia atrás en su silla al tiempo que profería un cavernoso quejido. Su cara estaba retorcida por el dolor.

—¿Qué le ocurre, mi buen amigo? —exclamó el doctor.

—Un súbito espasmo. No, no necesito su ayuda, doctor. ¿Podría acostarme arriba un momento?

Su petición fue atendida inmediatamente y yo le acompañé al piso superior, donde Poirot se echó en la cama quejándose constantemente.

En los primeros momentos llegué a creer que Poirot se había puesto verdaderamente enfermo, pero rápidamente me di cuenta de que —como él mismo hubiera dicho— estaba haciendo comedia: su objeto era quedar solo en el piso superior cerca de la habitación del enfermo.

Por consiguiente, no me causó ninguna sorpresa el hecho de que, en el momento en que nos quedamos solos, Poirot saltara vivazmente del lecho.

—Deprisa, Hastings, por la ventana. Fuera hay hiedra. Podemos bajar por ella antes de que empiecen a sospechar.

—¿Bajar?

—Sí, debemos salir de esta casa enseguida. ¿No lo vio durante la comida?

—¿Al médico?

—No, al joven Templeton. Me refiero a su costumbre de jugar con el pan. ¿Recuerda lo que nos dijo Flossie Monro antes de morir? Claud Darrell tenía el hábito de golpear el pan en la mesa para recoger las migas. Hastings, ésta es una gran conspiración y el joven de mirada extraviada es nuestro astuto enemigo… ¡El Número Cuatro! ¡Aprisa!

No me entretuve en discutir. Por increíble que todo pudiera parecer, lo prudente era no demorarse. Nos deslizamos por la hiedra lo más silenciosamente que nos fue posible y corrimos en línea recta hacia la pequeña población en la que se hallaba la estación de ferrocarril. Llegamos a tiempo de alcanzar el último tren, el de las ocho treinta y cuatro, que nos dejaría en Londres a las once de la noche.

—Era una estratagema —dijo Poirot pensativamente—. ¿Cuántos formaban parte de ella, me pregunto? Sospecho que la familia Templeton está constituida en su totalidad por agentes de los Cuatro Grandes. ¿Querían atraernos simplemente? ¿O era algo más sutil que todo eso? ¿Pretendían representar una comedia y mantenerme interesado hasta que ellos tuvieran tiempo de hacer…? ¿Qué es lo que pretendían hacer, me pregunto ahora?

Se quedó muy pensativo.

Al llegar a nuestro alojamiento, me contuvo en la puerta del cuarto de estar.

—Atención, Hastings. Tengo mis sospechas. Déjeme entrar primero.

Así lo hizo y, con cierto regocijo por mi parte, tomó la precaución de pulsar el interruptor de la luz eléctrica con un viejo chanclo. Luego dio vuelta a la habitación como si fuera un gato en casa extraña, precavida y delicadamente, en guardia frente a cualquier peligro. Le observé durante algunos momentos, permaneciendo obedientemente junto a la pared en donde me había dejado.

—Está todo bien, Poirot —dije con impaciencia.

—Así parece, *mon ami*, así parece, pero vamos a asegurarnos.

—¡Bobadas! —dije—. Encenderé el fuego y me fumaré una pipa. ¡Vaya, hombre! Fue usted el que usó las cerillas la última vez y no las volvió a poner en su sitio como de costumbre… Exactamente lo que usted me echa a mí siempre en cara.

Extendí mi mano. Oí el grito de advertencia de Poirot… le vi saltar hacia mí… mi mano tocó la caja de cerillas.

Luego un destello de luz azulada… un ruido ensordecedor… y la oscuridad…

Cuando volví en mí me encontré con el rostro familiar de nuestro viejo amigo el doctor Ridgeway inclinado sobre mí. Sus facciones expresaron una sensación de alivio.

—No se mueva —me dijo con dulzura—. Se encuentra usted bien. Ha sufrido un accidente, ya sabe.

—¿Y Poirot? —murmuré.

—Está usted en mi casa. Todo marcha bien.

Un frío temor atenazó mi corazón. La ausencia de Poirot despertó en mí un miedo horrible.

—¿Y Poirot? —volví a repetir—. ¿Qué le ha pasado a Poirot?

Él comprendió que no tenía más remedio que decírmelo y que era inútil evadirse por más tiempo.

—Por milagro, usted escapó, ¡pero Poirot no!

Proferí un grito.

—¿No habrá muerto? Dígame, por favor, ¿no estará muerto?

Ridgeway inclinó la cabeza en señal de asentimiento y sus facciones revelaron la emoción que sentía.

Con la energía que puede proporcionar la desesperación, logré sentarme en la cama.

—Es posible que Poirot haya muerto —dije débilmente—. Pero su espíritu sobrevive. ¡Yo continuaré por la senda que nos ha marcado! ¡Mueran los Cuatro Grandes!

Y luego me desplomé desmayado.

Capítulo XVI

EL CHINO MORIBUNDO

Incluso ahora se me hace insufrible el escribir sobre lo ocurrido durante aquellos días de marzo.

Poirot, el único, el inimitable Hércules Poirot, había muerto. El hecho de dejar mal colocada la caja de cerillas tenía algo de especialmente diabólico, lo que indudablemente debía llamar su atención y por consiguiente haría que se aprestase a colocarlas en su sitio, provocando así la explosión. Y el hecho de que, en realidad, hubiera sido yo el que precipitó la catástrofe nunca cesó de llenarme de un inútil remordimiento. Según el doctor Ridgeway, fue un gran milagro que yo no muriera y pudiese escapar con una simple y ligera conmoción.

Aunque pensé que había recobrado la conciencia casi inmediatamente, en realidad habían transcurrido veinticuatro horas. Hasta el atardecer del día siguiente no me fue posible, tambaleándome, llegar hasta la habitación contigua y ver con profunda emoción el sencillo ataúd de madera de olmo que contenía los restos de uno de los hombres más maravillosos que el mundo ha conocido jamás.

Desde el mismo momento en que recobré el conocimiento, sólo tuve un propósito en la mente: vengar la muerte de Poirot, y perseguir implacablemente a los Cuatro Grandes.

Pensé que Ridgeway pensaría lo mismo que yo acerca de este asunto, pero ante mi sorpresa el buen doctor se mostró incomprensiblemente indiferente.

—Vuelva a América del Sur —fue el consejo que me dio en todo momento—. ¿Por qué intentar lo imposible? —Expresaba de la

manera más delicada posible su opinión, que equivalía a lo siguiente: si Poirot, el irrepetible Poirot, había fracasado, ¿cabía alguna posibilidad de que yo tuviera éxito?

Pero yo era muy terco. Dejando a un lado cuestiones como la de si yo poseía las cualidades necesarias para seguir aquella tarea (y puedo decir de paso que no estaba completamente de acuerdo con las opiniones de Poirot en este orden de cosas), había trabajado tanto tiempo con mi compañero que conocía a la perfección sus métodos y me consideraba absolutamente capaz de hacerme cargo de la tarea en el punto en el que él la había dejado. Para mí, era una cuestión de amor propio. Mi amigo había sido vilmente asesinado. ¿Iba a regresar yo mansamente a América del Sur sin esforzarme en poner a los asesinos en manos de la justicia?

Le hablé de todo esto a Ridgeway, quien me escuchó con bastante atención.

—De todos modos —dijo él cuando hube terminado—, mi consejo no varía. Estoy sinceramente convencido de que el propio Poirot, si estuviera aquí, le invitaría a que regresase. En su nombre, le ruego, Hastings, que deje de lado esas manías y vuelva a su rancho.

Ante esto sólo cabía una respuesta. Haciendo un gesto negativo con la cabeza, el doctor, no dijo nada más.

Tardé un mes en recobrar completamente la salud. A finales de abril, solicité y obtuve una entrevista con el Ministro del Interior.

El comportamiento del señor Crowther me recordó el del doctor Ridgeway. Tuvo para mí palabras de consuelo, pero el resultado fue negativo. Aunque apreciaba la oferta de mis servicios, suave y consideradamente los declinó. Los documentos a que se había referido Poirot habían pasado a su poder y me aseguró que se tomarían todas las medidas posibles para hacer frente a la amenaza que se acercaba.

No tuve más remedio que sentirme satisfecho con aquel pobre consuelo. El señor Crowther terminó la entrevista instándome a que regresara a América del Sur. Su reacción me resultó profundamente insatisfactoria.

Supongo que en el lugar apropiado debiera haber descrito el entierro de Poirot. Fue una ceremonia solemne y conmovedora y el

extraordinario número de ofrendas florales sobrepasó todo lo imaginable. Llegaron por igual de las clases sociales altas y bajas y constituyeron un testimonio evidente de la fama que mi amigo había alcanzado en su país de adopción. En cuanto a mí, estaba francamente dominado por la emoción cuando, junto a la tumba, pensaba en las experiencias y en los días felices que habíamos pasado juntos.

A comienzos de mayo, me había trazado un plan de campaña. Pensé que lo mejor que podía hacer era seguir una idea de Poirot: colocar anuncios solicitando información respecto de Claud Darrell. Con este propósito, inserté un anuncio en diversos periódicos matutinos, y estaba sentado en un pequeño restaurante del Soho, juzgando el efecto del anuncio, cuando un pequeño párrafo emplazado en otra parte de la página del periódico me causó una desagradable impresión.

Con muy pocas palabras, se informaba de la misteriosa desaparición del señor John Ingles en el vapor *Shanghai*, poco después de que éste hubiese zarpado de Marsella.

Aunque el tiempo había sido perfectamente bueno, se temía que el infortunado caballero hubiese caído al mar. El párrafo terminaba con una breve referencia a los largos y distinguidos servicios prestados a China por el señor Ingles.

La noticia era desagradable. Descubrí en la muerte de Ingles un motivo siniestro. Ni por un momento me convenció la explicación del accidente. Ingles había sido asesinado y en su muerte se veía claramente la mano de los malditos Cuatro Grandes.

Estaba todavía enfrascado en las reflexiones sobre la muerte de Ingles, cuando me sorprendió el comportamiento del hombre que tenía sentado frente a mí. Hasta aquel momento no le había prestado mucha atención. Era un hombre delgado, moreno, de mediana edad, tez pálida, con una pequeña barba terminada en punta. Se había sentado frente a mí tan silenciosamente que apenas noté su llegada.

Pero su comportamiento era en aquellos momentos decididamente peculiar, por decirlo del modo más suave. Inclinándose hacia adelante, me ofreció deliberadamente la sal y dejó cuatro montoncitos alrededor del borde de mi plato.

—Usted me perdonará —dijo con voz melancólica—. Dicen que servir a un extraño la sal es como ayudarle a sufrir.

Luego, rodeando su comportamiento de cierta trascendencia, repitió sus operaciones con la sal en el propio plato. El símbolo cuatro era demasiado manifiesto para que resultara inadvertido. Le miré inquisitivamente. No podía decirse que se pareciera de ningún modo al joven Templeton ni a James el criado ni a ninguna otra de las varias personalidades con que nos habíamos tropezado. No obstante, yo estaba convencido de que me hallaba ante el temible Número Cuatro en persona. En su voz pude observar un cierto parecido con la del extraño del abrigo abrochado hasta arriba que nos había visitado en París.

Miré a mi alrededor, indeciso en cuanto a lo que debería hacer. Leyendo mis pensamientos, él se sonrió y movió negativa y suavemente la cabeza.

—No se lo aconsejaría —observó—. Recuerde las consecuencias de su precipitada acción en París. Permítame asegurarle que mi retirada está bien garantizada. Si me permite expresarme así, sus ideas tienden a ser un poco toscas, señor Hastings.

—¡Es usted un canalla! —dije conteniendo mi rabia—, ¡el demonio personificado!

—Está acalorado… simplemente un poco acalorado. Su difunto y llorado amigo le habría dicho que un hombre que mantiene la calma tiene siempre una gran ventaja.

—¡Y se atreve a hablar de él! —exclamé—. El hombre a quien usted asesinó tan vilmente. Y viene aquí a…

Me interrumpió.

—He venido aquí con los mejores propósitos. Para aconsejarle que vuelva en seguida a América del Sur. Si lo hace así, habrá terminado esta cuestión en lo que a los Cuatro Grandes se refiere. Ni usted ni los suyos serán molestados en forma alguna. Le doy mi palabra.

Me reí despectivamente.

—¿Y si me niego a obedecer sus órdenes?

—No se trata de una orden. Digamos que es un aviso.

En su tono se adivinaba una fría amenaza.

—El primer aviso —dijo lentamente—. Demostrará poseer una

gran prudencia si no lo desatiende.

Luego, y antes de que pudiera darme cuenta de cuál era su intención, se levantó y se alejó rápidamente hacia la puerta. Me puse en pie de un salto y cuando me disponía a perseguirle tuve la mala suerte de tropezar directamente con un hombre enormemente gordo que me cerró el paso. Cuando pude librarme del estorbo mi presa acababa de cruzar la puerta; la siguiente demora me la produjo un camarero que llevaba una enorme pila de platos y que se precipitó hacia mí sin el menor aviso. Cuando quise llegar a la puerta no había rastro del hombre delgado y de barba oscura.

Por lo visto nada había pasado, el camarero me ofreció mil disculpas y el hombre gordo estaba sentado plácidamente en una mesa ordenando su almuerzo. Nada parecía indicar que ambos sucesos fueran algo más que un simple accidente. No obstante, a mí no me pareció que aquello fuera casual. Sabía muy bien que había agentes de los Cuatro Grandes en todas partes.

No será necesario decir que no hice caso del aviso que recibí. Triunfaría o moriría por la buena causa. Entre tanto, sólo habían llegado hasta mí dos respuestas a los anuncios. Ninguna de ellas me proporcionó ninguna información valiosa. Procedían de actores que habían trabajado con Claud Darrell en una época u otra. Ninguno de ellos le conocía íntimamente, y nada nuevo pude averiguar en relación con el problema de su identidad y de su paradero actual.

Transcurrieron diez días hasta que recibí una nueva señal de los Cuatro Grandes. Estaba cruzando Hyde Park, absorto en mis pensamientos, cuando una voz, rica en persuasivas inflexiones extranjeras, me saludó.

—¿Es usted el señor Hastings, verdad?

Junto a la acera acababa de detenerse un automóvil de gran tamaño del que se asomaba una mujer. Exquisitamente vestida de negro, con unas perlas maravillosas, reconocí a la dama a quien primeramente identificamos con el nombre de condesa Vera Rossakoff. Por una razón u otra, Poirot siempre sintió una misteriosa inclinación por la condesa. Algo en su flamante extravagancia había atraído a Poirot. En los momentos de entusiasmo él acostumbraba decir que ella era una mujer como pocas. Nunca pareció influir en su opinión el hecho de que estuviera

alineada contra nosotros y del lado de nuestros peores enemigos.

—¡No siga adelante! —dijo la condesa—. Tengo algo muy importante que decirle. Y no intente detenerme tampoco, pues sería inútil. Usted siempre fue un poco estúpido… sí, sí, así es. Demuestra su estupidez una vez más al empeñarse en despreciar el aviso que le enviamos. El que le traigo es el segundo aviso. Abandone Inglaterra inmediatamente. No le servirá de nada quedarse aquí. Se lo digo francamente. Nunca logrará nada.

—En ese caso —dije fríamente—, parece raro que todos ustedes tengan tanto interés en verme fuera del país.

La condesa se limitó a encogerse de hombros.

—Por mi parte, creo que lo que acaba de decir es también estúpido. Yo le dejaría aquí para que jugara un poco y se divirtiera; pero los jefes, como comprenderá, temen que una información suya pueda ser de gran ayuda a personas más inteligentes que usted. De ahí que deba ser exterminado.

La condesa no parecía valorar en exceso sus capacidades. Le oculté mi enfado. Sin duda esta actitud suya la adoptaba expresamente para irritarme y transmitirme la idea de que yo era poco importante.

—Naturalmente sería muy fácil eliminarle —continuó—; pero a veces soy muy sentimental. He intercedido por usted. Tiene una bella esposa en algún lejano lugar, ¿no es así?, y al hombrecillo muerto le hubiera gustado saber que a usted no le iban a matar. Siempre me gustó Poirot, ya lo sabe. Era inteligente… ¡verdaderamente inteligente! Si no hubiera sido un caso de cuatro contra uno, creo que habría podido con nosotros. Se lo confieso francamente… ¡él fue mi maestro! Envié una corona al entierro como símbolo de mi admiración… una enorme corona de rosas de color carmesí. Las rosas de ese color reflejan mi temperamento.

La escuchaba en silencio y con creciente disgusto.

—Tiene el aspecto de una mula cuando baja las orejas y cocea. Bien, ya le he dado el aviso. Recuerde, el tercer aviso llegará de mano del Destructor…

Hizo un gesto y el coche se alejó con gran rapidez. Anoté mecánicamente la matrícula, pero sin la esperanza de que sirviera para algo. Los Cuatro Grandes no solían descuidar los detalles. Volví

a casa un poco más sereno. Sólo un hecho estaba claro entre todas las palabras de la condesa: mi vida se hallaba verdaderamente en peligro. Aunque no tenía intención de abandonar la lucha, comprendí que debía andarme con cuidado y adoptar las máximas precauciones.

Mientras repasaba todos estos hechos y trataba de encontrar la mejor línea de acción, sonó el teléfono. Crucé la habitación y descolgué el auricular.

—Dígame. ¿Quién habla?

Me respondió una voz vigorosa.

—Le hablan del hospital de St. Giles. Han ingresado a un chino apuñalado en la calle. No puede vivir mucho tiempo. Le llamamos porque hemos encontrado en su bolsillo un trozo de papel con su nombre y dirección.

Aunque la llamada me sorprendió mucho, tras un momento de reflexión dije que acudiría enseguida. Sabía que el hospital de St. Giles estaba junto a los muelles y pensé que el chino podía proceder de algún barco.

Durante el camino sospeché que pudiera tratarse de una trampa. Dondequiera que estuviese el chino, podría hallarse la mano de Li Chang Yen. Recordé la aventura de la Trampa del Cebo. ¿Se trataría de un ardid por parte de mis enemigos?

Una pequeña reflexión me convenció de que en cualquier caso una visita al hospital no podría perjudicarme. Lo probable era que más que un ardid, se tratara de una «pista falsa». El chino moribundo me haría alguna revelación que me obligaría a actuar y que daría por resultado el ponerme en manos de los Cuatro Grandes. Lo que debía hacer era mantener la mente despierta y al tiempo que fingía credulidad ponerme secretamente en guardia.

Al llegar al hospital de St. Giles y dar a conocer el asunto que me traía hasta el lugar, me condujeron enseguida al pabellón de accidentados, a la cama del hombre en cuestión. El chino yacía absolutamente inmóvil, con los ojos cerrados, y sólo un débil movimiento del pecho testimoniaba que todavía vivía. Un médico se hallaba junto a la cama tomándole el pulso.

—Está casi muerto —me susurró—. Usted por lo visto le conocía, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Nunca le había visto antes.

—Entonces, ¿por qué llevaba su nombre y dirección en el bolsillo? ¿No es usted el señor Hastings?

—Sí, pero no entiendo muy bien esto.

—Es curioso. De su documentación se deduce que ha trabajado en casa de un hombre llamado Ingles, un funcionario público retirado. Ah, ¿le conocía? —añadió rápidamente el ver mi gesto de sorpresa.

¡El criado de Ingles! Luego yo le *había* visto antes. A decir verdad, nunca me había caracterizado por mi habilidad para distinguir un chino de otro. Debió acompañar a Ingles camino de China, regresando a Inglaterra con un mensaje después de la catástrofe. Era esencial que pudiera escuchar lo que me tenía que decir.

—¿Se halla consciente? —pregunté—. ¿Puede hablar? El señor Ingles era un buen amigo mío, y es posible que este pobre individuo sea portador de un mensaje para mí. Según parece, el señor Ingles cayó por la borda de un barco hace unos diez días.

—Se halla consciente, pero dudo de que tenga fuerzas para hablar. Ha perdido mucha sangre. Puedo administrarle un estimulante, por supuesto; pero ya hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano en ese sentido.

No obstante, le administró una inyección, y yo permanecí junto a la cama esperando una palabra, o una señal, que podría ser muy valiosa. Pero pasaron los minutos y no dio señales de vida.

De pronto tuve un presentimiento siniestro. ¿No habría caído ya en la trampa? ¿Y si este chino estuviera fingiendo el papel del criado de Ingles y fuera en realidad un agente de los Cuatro Grandes? ¿No sabía que ciertos sacerdotes chinos eran capaces de simular la muerte? Yendo aún más allá, Li Chang Yen podría mandar una pequeña banda de fanáticos que fueran capaces de sacrificar sus vidas a las órdenes de su jefe. Debía estar en guardia.

Mientras cruzaban mi mente estos pensamientos, el hombre que se hallaba en la cama se agitó, abrió los ojos y murmuró algo incoherente. Luego fijó su mirada en mí. No dio muestras de conocerme, pero enseguida me di cuenta de que trataba de

hablarme. Fuera amigo o enemigo, debía escuchar lo que tuviera que decirme.

Aunque me incliné sobre la cama, los sonidos entrecortados carecían de significado para mí. Creí captar la palabra inglesa «hand» (mano), pero no era dado distinguir en qué contexto la utilizaba. Volvió a pronunciarla de nuevo y esta vez pude escuchar otra palabra, la palabra «largo». Cuando comprendí la significación de la posible *yuxtaposición* de las dos me quedé asombrado.

—¿El Largo de Handel? —pregunté.

El chino pestañeó rápidamente en señal de asentimiento y añadió otra palabra italiana: «carrozza». Otras dos o tres palabras más murmuradas en italiano llegaron a mis oídos. A continuación el hombre cayó hacia atrás bruscamente.

El médico me apartó. Todo había terminado. El chino había muerto.

Salí del hospital completamente desconcertado.

«El Largo de Handel» y una «carrozza». Si no recordaba mal, la palabra italiana «carrozza» significaba «carruaje». ¿Qué querrían decir aquellas sencillas palabras? El hombre era chino, no italiano, ¿por qué había hablado en italiano? Si era un criado de Ingles, tenía que conocer el inglés. Todo el asunto resultaba profundamente misterioso. Durante el trayecto de regreso a casa traté de descifrar el enigma. ¡Ah, si Poirot hubiera estado allí para resolver el problema con su ingenio relampagueante!

Abrí la puerta de la calle con mis llaves y subí lentamente hasta mi habitación. Sobre la mesa había una carta que abrí con bastante indiferencia. Sin embargo, al cabo de un momento quedé clavado en el suelo.

Se trataba de una comunicación de una firma de abogados.

Distinguido señor. Siguiendo instrucciones de nuestro fallecido cliente monsieur Hércules Poirot, le enviamos la carta adjunta. Dicha carta nos la confió una semana antes de su muerte con instrucciones de que, caso de que él falleciera, se la entregáramos a usted en determinada fecha.

Le saludan atentamente, etc.

Examiné cuidadosamente la carta que se acompañaba. Era indudablemente de Poirot. Conocía perfectamente sus rasgos caligráficos. Con el corazón angustiado pero al mismo tiempo con gran interés, la abrí.

Mon Cher Ami:

Cuando reciba la presente yo habré dejado de existir. En lugar de derramar lágrimas por mí, siga mis instrucciones. Inmediatamente después de recibir esta carta, regrese a América del Sur. No sea terco y haga lo que le digo. No le pido que emprenda este viaje por razones sentimentales sino porque es necesario. ¡Forma parte del plan de Hércules Poirot! A una persona con una inteligencia como la de mi amigo Hastings, no es necesario añadirle nada más.

¡Abajo los Cuatro Grandes! Le saludo, amigo mío, desde más allá de la tumba.

Siempre suyo

Hércules Poirot

Leí una y otra vez aquella asombrosa carta. Una cosa era evidente: aquel hombre extraordinario había previsto de tal modo todas las eventualidades, que ni siquiera su propia muerte alteraba la secuencia de su plan. Yo habría de desarrollar la parte activa… La suya era la del genio director. Al otro lado del mar sin duda encontraría instrucciones completas. Mientras tanto, mis enemigos, convencidos de que mi marcha se debía a su aviso, dejarían de ocuparse de mí. Yo podría volver sin que lo sospecharan y provocar estragos entre ellos.

Ahora ya no había nada que obstaculizara mi salida inmediata.

Envié cablegramas, reservé mi pasaje y una semana después me embarqué en el *Ansonia*, con rumbo a Buenos Aires.

Cuando el barco acababa de zarpar, un camarero me trajo una nota. Me explicó que se la había entregado un caballero corpulento vestido con un abrigo de pieles que había sido el último en abandonar el barco antes de que levantaran las pasarelas.

El contenido de la nota no podía ser más conciso. Decía

escuetamente: «Es usted prudente». En el lugar de la firma figuraba un gran cuatro. ¡Podía sentirme satisfecho!

El mar no estaba demasiado revuelto. La cena no fue mala y, al igual que la mayoría de mis compañeros de viaje, decidí jugar unas cuantas partidas de bridge. Luego me retiré a mi camarote y dormí como un leño, tal cual suele ocurrirme cuando viajo por mar.

Me desperté con la sensación de que me estaban sacudiendo persistentemente. Aturdido y desconcertado, vi que uno de los oficiales del barco estaba junto a mi litera. Cuando vio que me sentaba dio un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios que he logrado que al final se despierte. No veía la manera de conseguirlo. ¿Duerme siempre así?

—¿Qué pasa? —pregunté todavía aturdido y sin haberme despertado del todo—. ¿Ha ocurrido algo malo en el barco?

—Espero que sepa mejor que yo de qué se trata —replicó secamente—. Órdenes especiales del Almirantazgo. Un destructor está aguardando por usted.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿En medio del océano?

—Parece un asunto muy misterioso, pero eso ya no es de mi incumbencia. Han enviado a bordo a un joven que ocupará su lugar y hemos tenido que prestar juramento de guardar el secreto. ¿Quiere levantarse y vestirse?

Totalmente incapaz de ocultar mi asombro, hice lo que se me decía. Arriaron un bote y fui trasladado a bordo del destructor. Allí fui recibido cortésmente, pero no obtuve más información. El comandante tenía instrucciones de desembarcarme en cierto lugar de la costa belga. Allí terminaba su conocimiento del asunto y su responsabilidad.

Todo fue como un sueño. La única idea que acudía una y otra vez a mi cabeza era la de que todo debía formar parte del plan de Poirot. Debía seguir adelante ciegamente, confiando en mi fallecido amigo.

Fui desembarcado en el lugar previsto. Allí me aguardaba un automóvil y pronto corríamos rápidamente por las llanuras flamencas. Aquella noche dormí en un pequeño hotel de Bruselas. Al día siguiente proseguimos el viaje. Atravesamos una región boscosa y montañosa. Me di cuenta de que penetrábamos en las

Ardenas y de pronto recordé que Poirot había dicho que tenía un hermano que vivía en Spa.

Sin embargo, no fuimos a la propia población de Spa. Dejamos la carretera principal y serpenteamos por las frondosas fragosidades de las colinas hasta que atravesamos una pequeña aldea y llegamos a una casa blanca aislada en lo alto de la falda de la montaña. El automóvil se detuvo enfrente de la puerta verde de la casa.

La puerta se abrió cuando me apeaba del automóvil y un viejo criado se inclinó en el umbral.

—*Monsieur le Capitaine Hastings*? —dijo en francés—. Están esperando a *monsieur le capitaine*. Si quiere hacer el favor de seguirme.

Me condujo a través del vestíbulo y abriendo una puerta se hizo a un lado para dejarme pasar.

Parpadeé un poco, pues la habitación estaba orientada hacia poniente y el sol de la tarde la inundaba. Luego se aclaró mi visión y vi una figura que me aguardaba y que me daba la bienvenida con las manos extendidas.

Era… imposible, no podía ser… pero, efectivamente, lo era.

—¡Poirot! —exclamé, y por una vez no intenté escapar del abrazo con que me abrumó.

—Pues sí, efectivamente soy yo. ¡No es tan fácil matar a Hércules Poirot!

—Pero Poirot… ¿Por qué?

—Una *ruse de guerre*, amigo mío, una *ruse de guerre*. Ahora está todo preparado para nuestro gran *coup*.

—¡Pero podría habérmelo dicho!

—No, Hastings, no podía. Nunca, nunca, podría haber desempeñado usted el papel que desempeñó en el entierro. Fue perfecto. No podía dejar de convencer a los Cuatro Grandes.

—Pero lo que he sufrido…

—No crea que carezco de sentimientos. En parte, el engaño lo preparé a causa de usted. A mí no me importaba poner en peligro mi propia vida, pero tenía mis dudas en cuanto a estar arriesgando continuamente la suya. Así es que después de la explosión, tuve una idea muy brillante. El buen Ridgeway me ayudó a llevarla a buen fin. Yo estoy muerto, usted regresa a América del Sur. Pero, *mon*

ami, eso último es lo que usted no hubiera querido hacer. Al final tuve que preparar la carta de los abogados y un largo galimatías. Pero, sea como fuere, lo importante es que ahora está usted aquí. Y aquí nos quedaremos, *perdus*, hasta que llegue el momento del último gran *coup*: la derrota definitiva de los Cuatro Grandes.

Capítulo XVII

EL NÚMERO CUATRO GANA UNA BAZA

Desde nuestro tranquilo retiro de las Ardenas observábamos el progreso de los asuntos del gran mundo. Estábamos abundantemente provistos de periódicos y Poirot recibía diariamente un abultado sobre que evidentemente contenía todo tipo de informes. Aunque nunca me enseñaba en su actitud si su contenido había sido satisfactorio o no. Nunca abandonó su convicción de que el plan desarrollado entonces era el único que tenía probabilidades de ser coronado por el éxito.

—Como cuestión de menor importancia, Hastings —observó un día—, yo temía continuamente ser el causante de su muerte. Y eso me ponía nervioso. Pero ahora estoy satisfecho. Aun en el caso de que descubran que el Hastings que desembarcó en América del Sur es un impostor (y no creo que lleguen a descubrirlo, pues no es probable que envíen un agente que le conozca a usted personalmente), lo único que creerán es que usted trata de burlarles de algún modo hábil, a su manera, y no prestarán mucha atención al descubrimiento de su paradero. De un hecho vital, mi supuesta muerte, están totalmente convencidos. Seguirán adelante y madurarán sus planes.

—¿Y luego? —pregunté con ansiedad.

—Pues luego, *mon ami*, ¡la gran resurrección de Hércules Poirot! En el último minuto reaparezco, siembro por doquier la confusión, y logro la suprema victoria de la forma que me caracteriza.

Me di cuenta de que la vanidad de Poirot era de la variedad más resistente. Le recordé que en más de una ocasión los triunfos habían sido para nuestros adversarios. Pero yo debiera haber comprendido

que era imposible reducir el entusiasmo de Hércules Poirot por sus propios métodos.

—Ya ve Hastings. Es como ese pequeño truco que se hace con las cartas y que sin duda usted conocerá. Se toman cuatro sotas, se dividen, una en la parte superior de la baraja, otra debajo, etc. Luego se corta y se baraja y vuelven a quedar juntas de nuevo. Hasta aquí he estado luchando contra uno de los Cuatro Grandes, luego contra otro. Pero déjeme que los junte, como las cuatro sotas en la baraja, y entonces, *coup*; ¡los destruiré a todos!

—¿Y cómo se propone reunirlos? —pregunté.

—Esperando el momento supremo. Estando *perdu* hasta que ellos se encuentren preparados para asestar su golpe.

—Eso puede significar una larga espera.

—¡Siempre impaciente, el bueno de Hastings! Pero no, no tendremos que esperar tanto. El hombre al que temían, es decir, Hércules Poirot, ya no es un obstáculo. Cosa de unos meses como máximo.

Al hablar de que alguien ya no es un obstáculo me acordé de Ingles y de su trágica muerte y me di cuenta de que todavía no le había dicho a Poirot nada acerca del chino moribundo del hospital de St. Giles.

Poirot escuchó con gran atención mi relato.

—¿El criado de Ingles, eh? Y las pocas palabras que pronunció parecían italianas. Es curioso.

—Por eso es por lo que sospeché que podría tratarse de una estratagema de los Cuatro Grandes.

—Su razonamiento es erróneo, Hastings. Emplee las pequeñas células grises. Si sus enemigos hubieran querido engañarle, se habrían asegurado de que el chino hablase el inglés inteligible y simplificado que se habla en China. No, el mensaje era auténtico. Cuénteme de nuevo todo lo que oyó.

—En primer lugar hizo una referencia al Largo de Handel. Se refirió después a algo que sonaba a «carrozza», que supongo que es «carruaje».

—¿Nada más?

—Bueno, justamente al final murmuró algo así como «cara» seguido de una palabra que parecía el nombre de una mujer. Me

parece que dijo Zia. Pero no creo que esto tuviera relación con lo anterior.

—No suponga eso. Cara Zia es muy importante, sin duda muy importante.

—No comprendo…

—Mi querido amigo, usted *nunca* comprende. Aunque, de todos modos, los ingleses no saben geografía.

—¿Geografía? —exclamé—. ¿Qué tiene que ver con esto la geografía?

—Me figuro que *monsieur* Thomas Cook vendría más al caso.

Como de costumbre, Poirot se negó a decir nada más, lo que constituía una de sus costumbres más irritantes. Pero observé que su actitud se hizo extremadamente alegre, como si se hubiera apuntado algún tanto.

De un modo agradable, aunque algo monótono, pasaron los días. Había una buena biblioteca y deliciosos lugares para pasear, pero yo me enojaba algunas veces por la forzada inactividad de nuestra vida y me maravillaba del estado de plácida satisfacción en que vivía Poirot. No ocurría nada que perturbara nuestra tranquila existencia y hasta finales de junio, es decir, muy cerca del límite del plazo que Poirot había previsto, no tuvimos noticias de los Cuatro Grandes.

Una mañana, a hora temprana, un automóvil subió hasta la casa. El acontecimiento era tan inusitado en nuestra pacífica existencia que me precipité a satisfacer mi curiosidad. Me encontré con que Poirot estaba hablando con un joven de cara agradable y de una edad próxima a la mía.

Me presentó.

—Hastings, le presento al capitán Harvey; es uno de los miembros más famosos del Servicio Secreto Británico.

—Me temo que de famoso no tengo nada —dijo el joven, riéndose.

—No es famoso salvo para los que le conocen; es lo que debería haber dicho. La mayoría de los amigos y conocidos del capitán Harvey le consideran un joven amable y poco inteligente, interesado solamente por el último baile de moda.

Ambos nos reímos.

—Bien, bien, vamos al asunto —dijo Poirot—. ¿Opina que ya ha llegado el momento, entonces?

—Estamos seguros de ello, señor. China fue aislada políticamente ayer. Lo que vaya a pasar allí nadie lo sabe. No ha llegado ninguna noticia de ninguna clase, ni telegráfica ni de otro tipo. Solamente una completa interrupción… ¡y el silencio!

—Li Chang Yen ha puesto de manifiesto sus intenciones. ¿Y los otros?

—Abe Ryland llegó a Inglaterra hace unas semanas. Desde ayer está en el Continente.

—¿Y *madame* Olivier?

—*Madame* Olivier salió de París anoche.

—¿En dirección a Italia?

—Efectivamente, señor. Por lo que hemos podido colegir ambos se dirigen al lugar que usted nos indicó, aunque no sé cómo pudo saberlo…

—¡Ah, ese triunfo no me corresponde a mí! Fue obra de Hastings. Él oculta su inteligencia, como es comprensible, pero se le dan muy bien estas cosas.

Harvey me miró con la debida apreciación y me sentí algo incómodo.

—Todo está en marcha, entonces —dijo Poirot. Estaba pálido y completamente serio—. Ha llegado el momento. ¿Está todo preparado?

—Todo lo que usted ordenó ha sido llevado a cabo. Los gobiernos de Italia, Francia e Inglaterra le apoyan. Todos ellos están colaborando en buena armonía.

—De hecho, se ha formado una nueva Entente —observó Poirot con sequedad—. Me alegro de que Desjardeaux se convenciera al fin. *Eh bien*, entonces, empezaremos… o más bien empezaré. Usted, Hastings, se quedará aquí. Sí, se lo ruego. Le hablo en serio, amigo mío.

Yo estaba convencido de ello, pero Poirot bien sabía que no era probable que consintiera en quedarme atrás de ese modo. Nuestra discusión fue breve, pero decisiva.

Poirot no admitió que estaba satisfecho de mi decisión hasta que no estuvimos en el tren, dirigiéndonos hacia París a toda velocidad.

—Porque tiene usted una misión que cumplir, Hastings. ¡Una misión importante! Sin usted, yo quizá fracasase. No obstante, consideré que tenía la obligación de insistir en que usted permaneciese al margen…

—¿Hay peligro, pues?

—*Mon ami*, donde están los Cuatro Grandes siempre hay peligro.

Al llegar a París fuimos en automóvil hasta la Gare de l'Est, y Poirot me comunicó por fin nuestro destino. Nos dirigíamos a Bolzano, en el Tirol italiano.

En un momento en que Harvey se ausentó, aproveché la oportunidad para preguntarle a Poirot por qué había dicho que el descubrimiento del lugar de la cita era obra mía.

—Porque lo fue, amigo mío. No sé cómo Ingles se las arregló para hacerse con la información, pero lo hizo y nos la envió a través de su criado. Nos dirigimos, *mon ami*, a Karersee, que en italiano se llama ahora Lago di Carezzna. Ya sabe lo que quiere decir su «Cara Zia» y también su «carrozza» y el «Largo». Lo de Handel ya fue cosa de su imaginación. Posiblemente alguna referencia a que la información venía de la «mano» de *monsieur* Ingles puso en marcha la asociación de ideas.

—¿Karersee? —pregunté—. Nunca he oído hablar de él.

—Siempre le he dicho que los ingleses no saben geografía. Pero en realidad es un lugar de veraneo muy conocido a mil doscientos metros de altitud, en el corazón de los Alpes Dolomíticos.

—¿Y es en este lugar apartado en donde tienen su cita los Cuatro Grandes?

—Diga más bien su cuartel general. La señal ha sido dada y su intención es desaparecer del mundo y emitir órdenes desde su fortaleza en la montaña. He hecho algunas investigaciones. Allí se explotan canteras de piedra y yacimientos de mineral; la compañía, aparentemente una pequeña firma italiana, está en realidad controlada por Abe Ryland. Juraría que en el mismísimo corazón de la montaña ha sido excavada una vasta residencia subterránea, secreta e inaccesible. Desde allí, los jefes de la organización emitirán sus órdenes por radio a sus seguidores, que se hallan por millares en cada país. De aquel despeñadero de los Alpes Dolomíticos surgirán los dictadores del mundo. Mejor dicho:

surgirían si no fuera por Hércules Poirot.

—¿De verdad cree en todo eso, Poirot? ¿Qué me dice de los ejércitos y de los dispositivos de seguridad de nuestra civilización?

—¿Qué me dice de Rusia, Hastings? Esto será Rusia a una escala infinitamente mayor y con una amenaza adicional: la de que los experimentos de *madame* Olivier han avanzado mucho más allá de lo que ella ha dado a conocer. Creo que ha logrado liberar energía atómica y aprovecharla para sus fines. Sus experimentos con el nitrógeno del aire han sido muy notables y también ha experimentado en el terreno de la concentración de energía radioeléctrica, de forma que un haz de gran intensidad puede concentrarse en un punto dado. Nadie sabe exactamente hasta dónde ha progresado, pero es seguro que ha ido mucho más allá de lo que habitualmente confiesa. Esa mujer es un genio. A su lado, los Curie no eran nada. Añada a su genio el poder de la riqueza casi ilimitada de Ryland y el cerebro de Li Chang Yen, la más refinada y criminal de las mentes, para dirigir y planear… *Eh bien*, no todo va a ser fácil para la civilización.

Sus palabras me hicieron pensar. Aunque Poirot era a veces dado a la exageración por su forma de expresarse, en realidad nunca parecía demasiado alarmista. Por primera vez me di cuenta de la lucha desesperada en la que estábamos empeñados.

Harvey no tardó en unirse a nosotros y el viaje continuó.

Llegamos a Bolzano alrededor de medio día. Desde allí nuestro desplazamiento se realizaba en automóvil. En la plaza mayor de la población esperaban unos cuantos y grandes automóviles de color azul y los tres subimos a uno de ellos. Poirot, a pesar de que hacía calor, iba embozado hasta los ojos con un abrigo y unas gafas. La única parte visible de su cuerpo eran los ojos y las puntas de las orejas.

Yo no sabía si esto se debía a la precaución o a su exagerado temor a resfriarse. El viaje en automóvil duró un par de horas y fue verdaderamente maravilloso. En los primeros kilómetros, el camino serpenteaba por enormes riscos y cascadas. Luego salimos a un fértil valle que nos acompañó durante un buen trecho y, más adelante, todavía serpenteando constantemente hacia arriba, empezaron a aparecer los desnudos picos roqueños con densos pinares en su

base. Todo el lugar era agreste y hermoso. Surgió por último una serie de curvas cerradas en una carretera que discurría a través de pinares y pronto llegamos a un gran hotel.

Nos habían reservado habitaciones y, guiados por Harvey, fuimos directamente a ellas. Estaban orientadas hacia los picos rocosos y las largas laderas de pinares que conducían hasta ellos. Poirot los señaló con un gesto.

—¿Es allí? —preguntó en voz baja.

—Sí —replicó Harvey—. Hay un lugar denominado Felsenlabyrinth, compuesto por grandes peñascos apilados de un modo fantástico. Un camino serpentea entre ellos. Aunque las canteras están a la derecha de ese lugar, creemos que la entrada se halla probablemente en el Felsenlabyrinth.

Poirot asintió.

—Vamos, *mon ami* —me dijo—. Bajemos y sentémonos en la terraza para disfrutar del sol.

—¿Lo considera prudente? —pregunté.

Se encogió de hombros.

Había un sol maravilloso. En realidad el resplandor resultaba demasiado intenso para mí. En lugar de té tomamos café con nata. Luego subimos a nuestras habitaciones y deshicimos nuestro escaso equipaje. Poirot estaba de muy mal humor, perdido en una especie de ensueño. Varias veces movió la cabeza.

Yo había estado bastante intrigado por la presencia de un sujeto que había salido de nuestro tren en Bolzano, donde le esperaba un coche particular. Se trataba de un hombre de pequeña estatura y una cosa me llamó la atención en él: iba casi tan embozado como Poirot. Más embozado todavía porque, a decir verdad, además del abrigo y la bufanda utilizaba unas enormes gafas azules. Yo estaba convencido de que nos hallábamos ante un emisario de los Cuatro Grandes. Poirot, sin embargo, no parecía impresionado por mi idea. Cuando al asomarme por la ventana de mi dormitorio informé de que el hombre en cuestión se paseaba por los alrededores del hotel, admitió que quizá tuviera razón.

Propuse a mi amigo que no bajáramos a cenar, pero él insistió en hacerlo. Entramos en el comedor algo tarde y nos condujeron a una mesa situada junto a la ventana. Al sentarnos, nos llamó la

atención una exclamación y el estrépito producido por la caída de algunas piezas de loza. Una fuente de judías verdes había sido volcada sobre un hombre que se hallaba sentado en la mesa contigua a la nuestra. El jefe de comedor hizo su aparición y pidió excusas en tono grandilocuente.

Poco después, una vez que el camarero autor del desaguisado nos hubiera servido la sopa, Poirot le habló.

—Ha sido un desafortunado accidente. Pero usted no tuvo la culpa.

—*¿Monsieur* lo vio? Efectivamente, no tuve la culpa. El caballero casi saltó de su silla. Creí que le iba a dar un ataque. No me fue posible evitarlo.

Vi relucir en los ojos de Poirot aquella luz verde que tan bien conocía y cuando el camarero se fue me dijo en voz baja:

—¿Has visto, Hastings, el efecto que produce Poirot en carne y hueso?

—¿Cree usted…?

No tuve tiempo de continuar. Sentí la mano de Poirot sobre mi rodilla cuando me susurró emocionadamente:

—Fíjese, Hastings, fíjese. ¡Su hábito de desmigar el pan! ¡Es el Número Cuatro!

En efecto, el hombre sentado en la mesa contigua a la nuestra, con su cara inusitadamente pálida, golpeaba mecánicamente contra la mesa un pequeño trozo de pan.

Le estudié cuidadosamente. Su cara, completamente afeitada e hinchada, era de una palidez pastora y enfermiza, con grandes bolsas bajo los ojos. Unas líneas profundas iban desde la nariz hasta las comisuras de la boca. Su edad podría estar comprendida entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. No se parecía en nada a ninguno de los personajes que el Número Cuatro había representado con anterioridad. E indudablemente, si no hubiera sido por el pequeño hábito de desmigar el pan, del que evidentemente era por completo inconsciente, yo habría jurado sin vacilar que nunca había visto al hombre.

—Le ha reconocido —murmuré—. No debería haber bajado.

—Mi excelente Hastings, he fingido estar muerto durante tres meses sólo con esta finalidad.

—¿Para asustar al Número Cuatro?

—Para asustarle en el momento en que deba actuar rápidamente o no hacerlo en absoluto. Y nosotros tenemos esta gran ventaja: él no sabe que le hemos reconocido. Se cree seguro con su nuevo disfraz. Bendita sea Flossie Monro por habernos dado a conocer el pequeño detalle de las migas.

—¿Qué sucederá ahora? —pregunté.

—¿Qué puede suceder? Reconoce al único hombre que teme, milagrosamente resucitado de entre los muertos, en el preciso momento en que los planes de los Cuatro Grandes están en su punto más candente. *Madame* Olivier y Abe Ryland almorzaron aquí hoy y se cree que fueron a Cortina. Sólo nosotros sabemos que ellos se han retirado a su escondite. ¿Hasta qué punto estamos informados? Eso es lo que el Número Cuatro se está preguntando en este momento. No se atreve a correr ningún riesgo. Yo debo ser suprimido a toda costa. *Eh bien*, dejémosle que trate de suprimir a Hércules Poirot. Estoy preparado para hacerle frente.

Al acabar de hablar, el hombre de la mesa contigua se levantó y se fue.

—Se ha ido para hacer sus preparativos —dijo Poirot plácidamente—. ¿Tomamos el café en la terraza, amigo mío? Creo que será más agradable. Subiré a la habitación a buscar un abrigo.

Salí a la terraza, un poco nervioso. La seguridad de Poirot no me satisfacía del todo. Sin embargo, mientras estuviéramos en guardia nada podría sucedernos. Resolví mantenerme completamente alerta.

Transcurrieron más de cinco minutos antes de que Poirot se me uniera de nuevo. Con sus usuales precauciones contra el frío, vino embozado hasta las orejas. Se sentó a mi lado y tomó su café con una mezcla de admiración y reconocimiento a su calidad.

—Sólo el café que se consume en Inglaterra es malo —observó —. En el Continente saben lo importante que es para la digestión que el café esté bien hecho.

Al acabar de hablar, el hombre de la mesa contigua apareció súbitamente en la terraza. Sin vacilación se nos acercó y arrastró una tercera silla hasta nuestra mesa.

—Espero que no les importe que me una a ustedes —dijo en inglés.

—En absoluto, *monsieur* —respondió Poirot.

Me sentí muy intranquilo. Era verdad que nos encontrábamos en la terraza de un hotel, rodeados de gente por todas partes. Pero yo no estaba satisfecho: sentía la presencia del peligro.

Entre tanto, el Número Cuatro charlaba de un modo perfectamente natural. Parecía imposible que se tratase de alguien que no fuera un turista auténtico. Describió excursiones y viajes en automóvil, presumiendo de ser una autoridad en todo lo relacionado con los parajes de los alrededores.

Sacó una pipa de su bolsillo y empezó a encenderla. Poirot asió su pitillera de diminutos cigarrillos. Al colocar uno entre sus labios, el extranjero se inclinó con una cerilla.

—Permítame que se lo encienda.

Mientras hablaba, sin el menor aviso, se apagaron todas las luces. Se oyó un tintineo de vidrios y alguien puso bajo mi nariz algo que me sofocaba…

Capítulo XVIII

EN EL FELSENLABYRINTH

No debí de estar inconsciente más de un minuto. Recobré el conocimiento cuando sentí que me llevaban entre dos hombres que me sostenían por debajo de los brazos soportando todo mi peso. Noté que me habían amordazado. Todo estaba absolutamente oscuro, pero me di cuenta de que nos hallábamos todavía en el interior del mismo hotel. A mi alrededor pude oír a las personas gritando y preguntando en todos los idiomas conocidos qué es lo que había pasado con las luces. Mis apresadores me hicieron bajar por una escalera. Pasamos a lo largo de un pasillo del sótano y luego a través de una puerta; por fin salimos de nuevo al aire libre tras atravesar una puerta de vidrio situada en la parte trasera del hotel. Un momento después alcanzamos un pinar.

Atisbé otra figura en situación similar a la mía y me di cuenta de que también Poirot había sido víctima de aquel atrevido *coup*.

El Número Cuatro había tenido éxito por simple audacia. Había empleado, por lo que pude colegir, un anestésico instantáneo, probablemente cloruro de etilo, rompiendo una pequeña ampolla debajo de nuestra nariz. Luego, y en la confusión de la oscuridad, sus cómplices, que probablemente habían sido huéspedes y que estaban sentados en la mesa contigua, nos habían amordazado y sacado de allí.

Me es imposible describir lo que ocurrió durante la hora siguiente. Nos llevaron prácticamente a rastras a través del bosque a un paso atropellado, marchando cuesta arriba todo el tiempo. Por fin salimos a un claro en la falda de una montaña y vi justo delante de nosotros una extraña agrupación de rocas y peñascos fantásticos.

Debía de ser el Felsenlabyrinth del que Harvey había hablado. Pronto estábamos recorriendo sus recovecos serpenteantes. Aquel lugar era como un laberinto ideado por algún genio maléfico.

Al poco nos detuvimos. Una roca enorme nos impedía el paso. Uno de los hombres pareció empujar alguna cosa cuando, sin un solo ruido, la enorme masa de roca giró sobre sí misma y puso al descubierto una pequeña abertura, como la de un túnel que conducía al interior de la montaña.

Nos arrastraron hacia aquella abertura. Aunque el primer tramo del túnel era estrecho, un poco más allá se ensanchaba. Entramos a continuación en una amplia cámara excavada en la roca e iluminada con luz eléctrica. Fue entonces cuando nos quitaron las mordazas. A una indicación del Número Cuatro, que estaba de pie frente a nosotros con una expresión de triunfo y burla en su cara, nos registraron y nos quitaron todos los objetos que llevábamos en los bolsillos, incluida la pequeña pistola automática de Poirot.

Me sentí súbitamente angustiado cuando arrojaron la pistola sobre la mesa. Estábamos derrotados y sin ninguna esperanza, pues nos aventajaban en número. Había llegado nuestra última hora.

—Bienvenido al cuartel general de los Cuatro Grandes, *monsieur* Hércules Poirot —dijo el Número Cuatro en tono de burla—. Ha sido un placer inesperado encontrarle de nuevo. Pero, ¿valía la pena volver desde la tumba solamente para esto?

Poirot no contestó. No me atreví a mirarle.

—Síganme —continuó el Número Cuatro—. Su llegada va a resultar algo sorprendente para mis colegas.

Nos indicó una puerta estrecha que se abría en el muro. Pasamos a través de ella y nos encontramos en otra cámara. Al final de ella se hallaba una mesa tras la cual se habían colocado cuatro sillas. La última estaba vacía, pero había sido envuelta con la capa de un mandarín. En la segunda, fumando un puro, estaba sentado el señor Abe Ryland. Inclinada hacia atrás en una tercera silla, con sus ojos fulgurantes y su cara de monja, se hallaba *madame* Olivier. El Número Cuatro se sentó en la cuarta silla.

Así pues, nos encontrábamos en presencia de los Cuatro Grandes.

Nunca antes había sentido tan plenamente la realidad y la

presencia de Li Chang Yen como en aquel momento en que me enfrentaba a su silla vacía. A pesar de estar en la lejana China, seguía dominando y dirigiendo esta diabólica organización.

Madame Olivier profirió un ligero grito al vernos. Ryland, más dueño de sí mismo, se limitó a cambiar de comisura el puro que tenía en la boca y levantó sus cejas grisáceas.

—*Monsieur* Hércules Poirot —dijo Ryland lentamente—. Ésta es una agradable sorpresa. Nos engañó por completo. Creíamos que estaba muerto y enterrado. No importa; el plan se le ha malogrado.

Había un sonido acerado en su voz. *Madame* Olivier no decía nada, pero sus ojos fulguraban y me desagradaba la lentitud con que sonreía.

—*Madame* y *messieurs*, les deseo buenas noches —dijo Poirot sosegadamente.

Algo inesperado, algo que yo no contaba con oír en su voz, me hizo mirarle. Estaba completamente tranquilo. Sin embargo, su aspecto era un tanto especial.

Se oyó luego un rumor de ropajes detrás de nosotros y entró la condesa Vera Rossakoff.

—¡Ah! —dijo el Número Cuatro—. Nuestra valiosa y fiel lugarteniente. Aquí tenemos a un antiguo amigo suyo, mi querida señora.

La condesa se revolvió con su habitual vehemencia de movimientos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Pero si es mi hombrecito! ¡Ah! ¡Tiene las siete vidas de un gato! ¡Oh, hombrecito, hombrecito! ¿Por qué se mezcló en esto?

—*Madame* —dijo Poirot, con una inclinación—. Yo, lo mismo que el gran Napoleón, estoy del lado de los grandes batallones.

Mientras él hablaba, vi en los ojos de la condesa un súbito destello de sospecha, e inmediatamente supe la verdad que subconscientemente ya había presentido.

El hombre que se hallaba junto a mí no era Hércules Poirot.

Se le parecía extraordinariamente. Tenía la misma cabeza en forma de huevo, el mismo aire de pavoneo, y el mismo tipo delicadamente regordete. Pero su voz era distinta y los ojos, en lugar de verdes, eran oscuros, y seguramente el bigote… ¿aquel

famoso bigote…?

La voz de la condesa interrumpió mis reflexiones. Se adelantó y con voz excitada dijo:

—Les han engañado. ¡Este hombre no es Hércules Poirot!

El Número Cuatro profirió una exclamación de incredulidad, pero la condesa se inclinó hacia adelante y arrancó el bigote de Poirot. Quedó en su mano, y entonces, claro está, la verdad se puso de manifiesto. El labio superior del hombre estaba desfigurado por una pequeña cicatriz que alteraba completamente la expresión de su rostro.

—No es Hércules Poirot —dijo entre dientes el Número Cuatro —. Pero entonces, ¿quién puede ser?

—Yo lo sé —exclamé de pronto, y a continuación me interrumpí en seco, temeroso de haberlo echado todo a perder.

Pero el hombre al que todavía me referiré como a Poirot se volvió hacia mí en actitud de animarme a continuar.

—Dígalo si quiere. Ahora ya no importa. La estratagema ha tenido éxito.

—Es Achille Poirot —dije lentamente—. El hermano gemelo de Hércules Poirot.

—Imposible —terció Ryland bruscamente. Su agitación era evidente.

—El plan de Hércules ha salido maravillosamente bien —dijo Achille plácidamente.

El Número Cuatro se puso en pie de un salto, y con voz bronca y amenazadora dijo:

—¿Con que maravillosamente bien? —gruñó—. ¿Se da cuenta de que antes de que hayan transcurrido unos minutos ustedes habrán muerto…?

—Sí —dijo Achille Poirot muy serio—. Me doy cuenta de ello. Es usted quien no se da cuenta de que un hombre puede estar dispuesto a pagar el éxito con su vida. Durante la guerra hubo hombres que entregaron sus vidas por su país. Yo estoy dispuesto a entregar la mía por el mundo del mismo modo.

Fue entonces cuando pensé que aunque también estaba dispuesto a dar mi vida, hubiera preferido que se me hubiera consultado al respecto con anterioridad. Recordé las muchas veces

en que Poirot me había invitado a abandonar la empresa y me tranquilicé.

—¿Y puede saberse de qué modo se beneficiará el mundo de la entrega de su vida? —preguntó Ryland sarcásticamente.

—Veo que no se da cuenta de la verdadera esencia del plan de Hércules. Para empezar, su escondite lo conocíamos hace algunos meses, y prácticamente todos los visitantes, el personal del hotel y otras muchas personas que se hallan en los alrededores son policías u hombres del Servicio Secreto. Se ha formado un cordón alrededor de la montaña. Ustedes quizá dispongan de más de una salida, pero aun así no pueden escapar. El propio Poirot está dirigiendo las operaciones desde fuera. Mis botas fueron untadas anoche con una preparación de semillas de anís, antes de que saliese a la terraza en lugar de mi hermano. Varios sabuesos están siguiendo la pista que les conducirá infaliblemente a la roca del Felsenlabyrinth. Como ven, nos hagan lo que nos hagan a nosotros, ustedes están envueltos en una red. No pueden escapar.

De pronto *madame* Olivier se echó a reír.

—Está equivocado. Hay un modo de escapar y, lo mismo que a Sansón, nos permite al mismo tiempo destruir a nuestros amigos. ¿Qué les parece?

Ryland miraba fijamente a Achille Poirot.

—Supongamos que está mintiendo —dijo con voz ronca.

El otro se encogió de hombros.

—Dentro de una hora amanecerá. Entonces podrán comprobar por sí mismos que digo la verdad. A estas horas ya deben haber encontrado la entrada del Felsenlabyrinth.

Mientras hablaba se oyó una lejana reverberación y un hombre entró corriendo y gritando incoherentemente. Ryland se levantó de un salto y se fue. *Madame* Olivier se dirigió al extremo de la estancia y abrió una puerta de cuya existencia no me había dado cuenta. Atisbé en el interior un laboratorio perfectamente equipado que me recordó el de París. El Número Cuatro también se levantó rápidamente y se fue. Volvió con el revólver de Poirot, que entregó a la condesa.

—No hay peligro de que se escapen —dijo siniestramente—. Pero es mejor que disponga usted de esto.

A continuación salió de nuevo.

La condesa se dirigió hacia nosotros y examinó atentamente a mi compañero durante algún tiempo. De pronto se echó a reír.

—Es usted muy listo, *monsieur* Achille Poirot —dijo burlonamente.

—*Madame*, hablemos de negocios. Es una suerte que nos hayan dejado solos. ¿Cuál es su precio?

—No le entiendo. ¿A qué precio se refiere?

—*Madame*, usted puede ayudarnos a escapar. Conoce el secreto para salir de este refugio. Y yo le pregunto: ¿cuál es el precio?

Ella se rió de nuevo.

—¡Más del que podría pagar, hombrecillo! ¡Con todo el dinero del mundo no podría comprarme!

—*Madame*, no hablo de dinero. Soy un hombre inteligente. No obstante, hay una cosa indudable: *todo el mundo tiene su precio*. A cambio de la vida y la libertad, me comprometo a satisfacer su mayor deseo.

—¡De modo que es usted mago!

—Puede llamarme como quiera.

La condesa abandonó de pronto su actitud jocosa, y habló con apasionada amargura.

—¡Necio! ¡Mi mayor deseo! ¿Acaso puede vengarme de mis enemigos? ¿Puede devolverme la juventud y la belleza y un corazón alegre? ¿Puede devolver la vida a los muertos?

Achille Poirot la observaba con gran curiosidad.

—¿Cuál de las tres cosas, *madame*? Elija.

Ella se rió sarcásticamente.

—¿Me enviará quizá el Elixir de la Vida? Vamos, haré un trato con usted. Una vez tuve un hijo. Encuéntremelo… y quedará libre.

—De acuerdo, *madame*. Trato hecho. Su hijo le será devuelto. Le doy mi palabra… Le doy la palabra del propio Hércules Poirot.

De nuevo la extraña mujer se echó a reír. Esta vez de una manera prolongada e incontenible.

—Mi querido *monsieur* Poirot, me temo que le he puesto una pequeña trampa. Su promesa de encontrar a mi hijo es muy amable por su parte, pero ocurre que sé que no puede lograrlo, y así las cosas, sería un trato un tanto unilateral, ¿no le parece?

—*Madame*, le juro por lo más sagrado que le devolveré a su hijo.

—Antes le pregunté, *monsieur* Poirot, si podría devolver la vida a los muertos.

—¿Luego el niño está muerto?

—Sí.

Él dio un paso hacia adelante y tomó a la condesa por la muñeca.

—*Madame, yo*… el que habla, jura una vez más. *Devolveré la vida a su hijo*.

Ella se le quedó mirando fijamente como fascinada.

—Usted no me cree. Le demostraré que lo que digo es verdad. Deme la cartera que me quitaron.

Ella salió de la estancia y volvió con la cartera. Durante todo el tiempo mantuvo el revólver en la mano. Pensé que las posibilidades que Achille Poirot tenía de engañarla eran más bien escasas. La condesa Vera Rossakoff no era ninguna estúpida.

—Ábrala, *madame*. Levante la solapa de la izquierda. Ahora saque esa fotografía y mírela.

Extrañada, ella sacó lo que parecía ser una pequeña fotografía. Tan pronto como la vio profirió un grito y se balanceó como si se fuera a caer. A continuación, casi se abalanzó sobre mi compañero.

—¿Dónde?, ¿dónde?, dígamelo, ¿dónde?

—Recuerde el trato, *madame*.

—Sí, sí, confiaré en usted. Rápido, antes de que vuelvan.

Asiéndolo de la mano lo sacó a toda prisa y silenciosamente de la habitación. Yo les seguí. Desde la cámara exterior nos condujo al túnel por el que antes habíamos entrado; al cabo de un corto trecho, el túnel se bifurcaba. Ella tomó el camino de la derecha. Una y otra vez el pasaje se dividía, pero ella seguía conduciéndonos sin vacilar ni dudar sobre el camino que debía tomar y aumentando la velocidad de la marcha.

—Ojalá lleguemos a tiempo —dijo jadeando—. Debemos encontrarnos a cielo abierto antes de que se produzca la explosión.

Seguimos marchando. Comprendí que aquel túnel conducía directamente a través de la montaña y que tendría su salida en otro valle. El sudor corría por mi frente, pero seguí avanzando con todas mis fuerzas. A lo lejos, por fin, vi el resplandor de la luz del día.

Cada vez estábamos más cerca. El lugar estaba lleno de arbustos verdes, y nos vimos obligados a apartarlos para proseguir nuestro camino. Estábamos de nuevo al aire libre y la débil luz del amanecer lo teñía todo de un color rosado.

El cordón de que había hablado Poirot era una realidad. Apenas hubimos salido, tres hombres cayeron sobre nosotros, pero nos soltaron con un grito de asombro.

—Deprisa —gritó mi compañero—. Rápido… no hay tiempo que perder…

Pero él no estaba destinado a perecer. La tierra tembló bajo nuestros pies. Se produjo un terrorífico estallido y toda la montaña pareció disolverse. Fuimos lanzados por el aire.

Por fin recobré el conocimiento. Estaba en una cama extraña de una habitación también extraña. Alguien se hallaba sentado junto a la ventana. Se volvió y vino junto a mí.

Era Achille Poirot… o, quizá era…

Una voz irónica y bien conocida despejó todas las dudas que pudiera tener.

—Pues claro, amigo mío, soy yo. Mi hermano Achille se ha ido a casa de nuevo: a la tierra de los mitos. En ella estuvo todo el tiempo. No sólo el Número Cuatro sabe interpretar un papel. Belladona en los ojos, el sacrificio del bigote y la auténtica cicatriz de una herida que me infligí y que me causó mucho dolor hace dos meses; pero no podía arriesgarme a falsificarla ante los ojos de águila del Número Cuatro. Y el toque final, el hecho de que usted supiera y creyera que existía una persona como Achille Poirot. La ayuda que me proporcionó fue valiosísima. ¡La mitad del éxito del *coup* se le debe a usted! El *quid* del asunto era hacerles creer que Hércules Poirot se hallaba todavía en libertad dirigiendo las operaciones. Por otra parte, todo era verdad, las semillas de anís, el cordón de policías, etc.

—¿Pero por qué no envió realmente un sustituto?

—Y dejarle a usted en peligro sin estar a su lado. ¡Buena opinión le merezco! Además, siempre tuve la esperanza de que la condesa nos sacaría de allí.

—¿Cómo diablos se las arregló para convencerla? Le contó una historia poco creíble para que se la tragase… todo eso del niño

muerto.

—La condesa tiene mucha más perspicacia que usted, mi querido Hastings. Al principio le engañó mi disfraz, pero no tardó en darse cuenta. Cuando ella dijo «Es usted muy listo, *monsieur* Achille Poirot», yo sabía que había adivinado la verdad. Tenía que jugar mi gran triunfo en aquel momento.

—¿Todo aquel galimatías sobre devolver la vida a los muertos?

—Exactamente… pero, ya ve, yo dispuse del niño desde el primer momento.

—¿*Cómo*?

—¡Claro que sí! Usted ya conoce mi lema: hay que estar preparado. Tan pronto como averigüé que la condesa Rossakoff estaba mezclada con los Cuatro Grandes hice todas las averiguaciones posibles sobre sus antecedentes y me enteré de que había tenido un hijo que al parecer había muerto. Averigüé también que existían discrepancias en el caso, lo que me hizo pensar que, después de todo, podría estar vivo todavía. Al final conseguí localizar al muchacho: el pobre estaba casi muerto de hambre. Lo llevé a un lugar seguro y obtuve una fotografía de él en su nuevo alojamiento. De ese modo, cuando llegó la ocasión, tuve dispuesto mi pequeño *coup de théâtre*.

—Es usted maravilloso, Poirot. ¡Absolutamente maravilloso!

—Además, me alegró mucho el poder hacerlo. Nunca he ocultado mi admiración por la condesa. Hubiera sentido mucho que pereciera en la explosión.

—No me he atrevido todavía a preguntarle: ¿Qué ha pasado con los Cuatro Grandes?

—Ya se han recuperado todos los cadáveres. El del Número Cuatro quedó completamente irreconocible: tenía la cabeza destrozada. Hubiese preferido que no hubiera sido así. Me hubiese gustado estar *seguro*… pero no hablemos más de ello. Mire esto.

Me entregó un periódico en el que estaba marcado un párrafo. En él se informaba de la muerte por suicidio de Li Chang Yen, el organizador de la reciente y fracasada revolución.

—Mi gran oponente —dijo Poirot muy serio—. Estaba escrito que nunca nos encontraríamos en persona. Cuando recibió las noticias del desastre aquí ocurrido eligió la salida más sencilla.

Tenía una gran inteligencia, amigo mío, una gran inteligencia, pero me hubiese gustado ver la cara del hombre que era el Número Cuatro… suponiendo que, después de todo… pero me estoy poniendo demasiado romántico. Él está muerto. Sí, *mon ami*, juntos hemos hecho frente y derrotado a los Cuatro Grandes; y ahora usted regresará para unirse a su encantadora esposa y yo… yo me retiraré. El gran caso de mi vida profesional ha concluido. Cualquier otra cosa parecerá insignificante después de esto. Así pues, me retiraré. Es posible que me dedique a cultivar aguacates. ¡Incluso es posible que me case y organice mi vida de manera muy diferente!

Se rió a carcajadas ante esta idea, pero observé en él cierta turbación. La verdad es que… los hombres pequeños siempre admiran a las mujeres altas y llamativas…

—Casarme y organizar mi vida —dijo de nuevo—. ¿Quién sabe?

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Inglaterra, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, Inglaterra, 12 de enero de 1976), es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.